

Adelaida Fernández Ochoa

Afuera crece un mundo



Adelaida Fernández Ochoa

Afuera crece un mundo

Esta novela, titulada originalmente *La hoguera lame mi piel con cariño de perro*, fue ganadora del Premio Casa de las Américas 2015 "por proponer una vuelta a África como un mítico retorno, en un tránsito que desarma con lúcida refexión el conjunto de ilusiones que articulan el pensamiento esclavista".

Diseño colección: Josep Bagà Associats

Calle 73 N.º 7-60, Bogotá

ISBN 13: 978-958-42-6318-6
ISBN 10: 958-42-6319-X

Primera edición: octubre de 2017

Impreso por:

En memoria de Dolores Fernández y Zoila Martínez, en memoria de sus padres esclavizados, mis mayores.

Sundiata de Gambia

Tengo miedo del tigre muerto. Con las rayas manchadas y la lengua afuera me hace llorar otro llanto que se queda apretado en mi pecho. El sereno se bebió mis lágrimas. Camino, y caminando respiro el aliento de la fiera. Aliento de sangre que viene conmigo, se pegó a mi sudor y a mi nariz. Los gruñidos todavía aturden el bosque. La fiera se sacude las balas y todas las ramas se parten. Y huyen los guatines y las guacharacas. Viene detrás de mí, vivo y muerto. Aunque el camino es el mismo y mis pasos más largos, no llego, el tigre me pesa en la espalda, me jala hacia atrás, hacia la sala donde todos se ríen, y siento vergüenza de ese que no soy. Ya no quiero ser Juan Ángel sino Sundiata, el que aprende a ser hombre con el maestro, en lunas que son tiempo, y dolor y miedo que son camino. Y no este tigre. La cabeza rodó por la sala y yo me espanté porque no sabía que lo llevaba a cuestas, y porque todavía tenía miedo de la fiera, del último salto y la última mordida. En mi garganta. Pero todos se rieron y entonces sentí vergüenza de ese que no soy. También siento la misma vergüenza cuando la bota, el grito y la risa me hacen temblar. Pero es que la una me lastima, el otro me aturde durante días enteros. Y la risa me vuelve pulga que ni siquiera pica. Antes lloraba cuando se acercaban, sin saber la culpa pedía perdón. Cuando imploro sin saber por qué, me vuelvo tortuga, tengo un caparazón y en él escondo la cabeza. Aprieto el sombrero contra el pecho. Ahora siento que de ese modo me amarro los puños. Como siempre, me quedo ahí, de pie, sin moverme. Y el golpe ya no me hace llorar porque duele sino porque es golpe. A veces levanto los ojos, apenas los ojos, y me quedo mirando la cara que me insulta. Creo que voy a parecerme a ese que no soy. Algún día. Ya los perros ladran, entonces se despeja la noche y no veo sombras ni siento tigres. Veo el resplandor de las hogueras, y árboles. Veo a mi madre, que espera en el empedrado, ella no sale

al encuentro, le gusta mirar que llego por el camino del bosque, dice que de ese modo me ve crecer. Mi madre busca a Sinar.

Nay de Gambia

¿Qué pasa en la sierra, Sundiata? Madre, no pasa en la sierra sino en mi cabeza, fíjese: gotas de sangre escurren por mi cara. Las huelo. La sangre del tigre mordió mi nariz, la que estaba pegada del pelamen. Madre, ¿huele igual la sangre viva que la sangre muerta? ¿Qué pasa en la sierra, Sundiata? Por el monte a estas horas otros son los emisarios. Sí, madre, ¿se acuerda?, ellos tienen miedo de los cerdos. Yo, en cambio, no. Ya conozco las piaras, sé lo que van a hacer. Madre, los perros espantan la oscuridad con sus ladridos. ¿Qué olieron?, ¿la fiera? O me olieron a mí envuelto en sangre de tigre. Yo venía lejos y Lucifer fue el primero en batirme los ladridos. Luego llegaron Conga y Chico, madre. El amor de los perros es alegre. La tinaja. Paso de largo a la tinaja para beber agua y mojarme la cara. ¿Por qué tengo miedo de un tigre muerto? Madre. Voy a avivar la llama del rescoldo, hay envueltos de choclo y tasajo. Hijo.

¿Cazaron el tigre? Sí, y también murieron Truncho, Campanilla, Mataleón y Olé. El amo le pegó un tiro en la frente, pero el tigre ya estaba herido. Una bala del señor Braulio le había entrado por el ijar, y el señor José le clavó la lanza en el lomo. Olé lamía la sangre. A Olé le gusta la sangre, sangre caliente, sangre de las heridas. Madre, yo me escondí porque tenía miedo, el tigre estaba al pie del árbol, pero acechaba en todas partes, entre la maleza donde yo me escondí, yo quería volverme morera, ¿madre, puede uno volverse planta? Sí, hijo. El tigre tenía todas las rayas manchadas. ¿Hace falta un tiro en la frente para matar al tigre?

SUNDIATA DE GAMBIA

Madre sabe cortar las uñas, sacar niguas y espinas. Mis pies recogen venenos de los alacranes y pus de las espinas, los aplastan las piedras y las botas, y mi madre los cura. También los alivia de tanto que caminan. Sus manos y la comida me hacen suspirar. Madre, voy a dormirme oyendo un canto en su lengua. Acá secreta; allá hablada por la aldea. No la entiendo, pero me duermo acurrucado. Me escondo del tigre muerto. Tengo los colmillos clavados en mi pensamiento. Duermo sangrando.

Nay de Gambia

Suma doom
Kanam-isa yaay
Meew-i béy
heleleheh
Moom, isi na pur sa kóola
kóola–i pot
heleleheh
ku isi naa ci suma boopa.

(Niño mío
cara de su madre
lechita de cabra
heleleheh
trae para tu panza
la panza de la tinaja
heleleheh
que traigo en mi cabeza).

Mi Sundiata aprende miedos. Antes que el sebo esparcido por las botas, previa la limpieza con el trapo húmedo, está el miedo, ¿qué otra cosa puede representarle la pulcritud del calzado a mi Sundiata? Un doble miedo, el uno lo sabe, el otro lo sé yo, está agazapado en su mañana. Y yo lo voy a matar. Después, al cabo de las millas náuticas, veremos el cadáver de ese miedo y otras pupas que han ido tomando fisonomía con el servicio al amo menor. Por ahora, mi hijo tiene que batirse despierto con las pesadillas que lo vencen dormido. Mi hijo permanece en la hacienda grande, por disposición mía y conveniencia de todos, los réditos deberán contribuir a ciertos planes, quizá no en la dirección que tengo prevista; empiezo a tener mis dudas. El niño le sirve: se despierta temprano, prepara el café, limpia sus botas,

lo calza, maneja aguas hechas, servidas y limpias; en la caballeriza se encarga de los aparejos, cepilla el caballo, lo alimenta. Todo a horas y en aparente sumisión, tanto les teme mi Sundiata a los pies calzados. Como el garrote lo persigue, él suele pedir perdón. Yo estoy tratando de que no use esa palabra, la palabra perdón subordina, yo haré que la cambie y en su lugar diga que eso no volverá a pasar, que mientras lo diga, mire al futuro, el futuro está más allá del amo, de su mano y de su pie. Y su risa. Que lo repita: Eso no volverá a pasar. En esa frase germina la semilla de la libertad.

A primera hora mandé mensajero portador de noticias: Que Juan Ángel estaba enfermo, que tenía fiebre, que le había sacado una ponzoña del talón. En cuanto se aliviara volvería a servir al amo Efraín. Enterado el amo padre pasaría, una tarde de estas, a arreglar cuentas conmigo, a reprocharme que considere a mi hijo. Tus carantoñas lo vuelven haragán, dice. Le sirve a su hijo, digo. Servir es su función, dice. Le he dicho, sin embargo, que mi hijo deberá serme restituido en cuanto viaje el amo menor, a no ser que este se lo lleve. En caso de que esto se realice, mi Sundiata tiene instrucciones precisas: aprender y buscar su rumbo. Durmió hasta tarde. Sobre la mesa le había dejado leche y melao con pandihorno y carne seca. Yo estaba despachando la mula lechera cuando me abrazó: Madre, madre, dijo. Fuimos al potrero, estuvo ayudando a apartar el ternero para el destete. Luego, en la cocina, partió leña.

Lo habían visto rondando en las tardes, dispersando los caballos y enfureciendo los perros, dos habían desaparecido sin dejar rastro y a pocas varas de la empalizada habían encontrado blanqueados a dentelladas huesos frescos de un potro. Estaba por superarse la exigua caza de venados y loros, pellares y guacharacas, puro ejercicio de puntería, esparcimiento, nada digno de memoria. Ahora el amo no se iría sin su trofeo, en discreta exhibición llevará la piel, un hermano mío de nación la cargará, y aquel, adelante, desentendido. Luego, en su aposento de Londres ha de estar en lugar visible, un tigre no muere en vano. Por mi hijo nos enteramos de que los señores José y Braulio, apenas llegaron a la casa, desollaron el animal. Y no se necesita testigo para saber que un talabartero forrará algún baúl, pero quedará faltando y de eso, por algún medio caerá en cuenta el amo menor, faltará quien relate la hazaña.Que no se le vaya a

olvidar que todo lo registra Juan Ángel, *suma doom*. Se difundieron entonces la noticia y los rumores sobre los preparativos: José empezó a rastrearlo, le puso cebos, organizó el grupo, Braulio, su pieza clave, ya avisado, moderaría sus propias destrezas, él solo sería capaz de cazar un tigre adulto. Previno a los terrazgueros, Tiburcio fue el encargado de ponerlos al tanto y de prohibir la incursión por los bosques. Destinado ya estaba el héroe para la hazaña. En Santa Ruda, tal es mi nombre para esta hacienda, la ranchería estuvo pendiente de sus niños.

Cuando los hermanos se recogieron en sus chozas, mi hijo y yo hicimos la ronda de costumbre, los perros nos seguían a saltos, una hoguera reverberó por el poniente y el tono sostenido de Matías se dejó oír. Después, también nos recogimos en el aposento, mi hijo y su sombra, yo y mi sombra, completos los cuatro a la luz de la vela. La suya se proyecta en la pared y crece hasta el techo. Va a empezar a hablar y agacha la cabeza, yo se la levanto, le tomo la barbilla, le hago una caricia y le indico sus ojos y los míos: que no dejen de mirarse. Los suyos me alumbran el camino de vuelta. Le pregunto, aunque poco importe, quién cargó el tigre, si el caballo de Braulio o el de José. El del señor Braulio que lo merecía, madre. Pero yo no sabía que él era malo. Yo tenía miedo, madre, tenía miedo del tigre, al principio era invisible, pero estaba en todas partes, luego, herido y gruñendo, cercado por los perros sangraba echado, madre. Yo tenía tanto miedo. También tenía miedo el tigre, hijo. ¿El tigre? Los perros lo acosan, él se repliega, los cazadores lo atrincheran contra los árboles, también el tigre temblaba, miedo tenía de Campanilla y Olé. ¿Sabía que lo iban a matar? Por todos los osos y los venados y los pájaros y el jaguar y el guatín caídos, ya sabía. Él huele por qué ladran los perros en el monte. Cuando retumba la pólvora él presiente su piel curtida y templada en un bastidor. El cazador llega con su estrategia que vos ya conocés, hijo. Sí, madre: lo acosan, lo cercan; sin perderlo de vista, unos hombres cubren a los otros. Luego se turnan para disparar. ¿Y, ya sabés por qué? Sí, madre, porque pueden quedarse todas las armas descargadas, entonces la fiera ataca. O queda la piel llena de agujeros. De acertar todos el tiro, no les queda nada qué mostrar del tigre, hijo. ¡Ja!, ni tapiz de mueble ni cuero extendido en la pared ni tigre con osamenta de alambre será. Apenas cosa para contar, aunque conserve la piel, si está muy perforada, el cazador la

esconde, no le sirve como trofeo, se burlarían de él. ¿Se burlarían del cazador?, ¡qué risa, madre!, pero la frente del tigre quedó perforada y a todos les pareció bueno, en la chacra del señor José y en la hacienda se aterraron con la cabeza del tigre, pero lo que más les gustó fue el tiro, la niña María metió el dedo en el hueco. Hijo, los huecos en la cabeza le dan gloria al cazador. Ya veremos la cabeza de la fiera en una pared visible, mostrando los colmillos que no se masticaron al cazador. ¿Y por qué el señor Braulio es malo, hijo? Me dijo que era una piedra que el amo le había pedido, ¿para qué querría una piedra?, me pregunté y lo supe cuando me la entregó. Supe que no era una piedra. ¿Por qué envuelta? Aunque estaba muy pesada pensé que de ser piedra, con ese tamaño, pesaría más. Pero, madre, la llevé todavía desangrándose en mis espaldas, cuando en la sala la desenvolvió el amo, se me clavaron los colmillos en el pensamiento. También se me clavó la risa de todos.

Joaquín de Villadiego, comerciante en vinos y tafetanes holandeses, con un par de arrieros, pidió sitio en el abrevadero para sus mulas, se les dio de comer a los hombres, aguapanela con plátano, los arrieros en el corredor, él en la cocina, traía noticias, habrá en Cali una junta de cabildantes, urgen estrategias de impacto, los nulos resultados de su pronunciamiento ante el Ejecutivo sacuden los cimientos de sus paraísos, no lo dijo en esos términos el señor de Villadiego, pero así debe entenderse. Se preguntaba quién les daría alcance a los hacendados de la comarca y si habrían ya sorteado la ciénaga, ¿se encuentra entre ellos tu amo?, preguntó. Tiempos son estos en que zamarros y humores empañan la dignidad del cabildo, no tendrán tiempo los hombres de vestirse como es debido, decía. Para este encuentro tenían previstos un frugal desayuno y mucho café, pero por ser un asunto de urgencia los cabildantes tendrían que suspender la sesión, una noticia le había dado alcance en El Cerrito: el ejército del general Obando, en campaña por el suroccidente, acababa de engrosar sus filas con un contingente de cimarrones en Cartago, pasarían por esta comarca en su acción proselitista para concentrarse luego en el paso de Moravia: Manda emisario de inmediato, negra, dijo de Villadiego, para que avise a tu amo, hay que hacerle frente a ese loco de oscura procedencia y postizo linaje con su turba de sediciosos que han de estar pasando hacia la noche, verás, yo tengo que hacer unas entregas personalmente

en La Paila, ya el señor De la Pava tendrá dispuestas sus cuadrillas para enfrentar los saqueos, de buena fuente sabemos que la semana pasada llegó procedente de Santa Fe. ¡Arre, negra!, muéveteee, gritó desde el caballo, a ver si tu amo, en caso de estar en la hacienda, prepara sus cuadrillas…, que las prepare su hijo…, el capataz.

Pasada la prueba del tigre, con ser que lo acecha su cabeza cercenada con foramen, habilitado estaba mi hijo para correr el riesgo del garrote y la furia, debía volver a sus tareas, ese flanco había que cubrirlo, quizá la noticia aplacara las iras de los hombres. A todo galope partió en la Orejimocha, lo emocionó el entusiasmo de la ranchería que desplegaba sus movimientos en dos direcciones, recibir a las huestes y vigilar, sobre todo vigilar, hermanos de nación los hay de extraña índole, aunque con iguales marcas y parecida memoria se prestan de buena gana para blandir los zurriagos. Las tareas no se suspenden, se despacha leña, se prepara el queso, se recoge la cosecha, pero ancianos y niños vigilan, descubren acciones de hombres y mujeres devotos del amo o esperanzados en algún favor. De la ranchería salen personas con órdenes precisas, también tenemos nuestro toque de queda, con santo y seña, *kerabe, kera dorong, suma waa ker*, o cualquier otro. *¡Mabungú!* Es posible desplazarse monte adentro y entre haciendas y terrazgos, la percusión echa al vuelo su brújula, lengua lenguaraz la del tambor, no sabe el blanco servirse de él, sus tambores son de muy cortas palabras. Y el traidor está embolatado en la servidumbre, olvidado de la memoria. Las mujeres escamotearon su ración, destinaron plátano, carne y sal, y recogieron algunos cuartillos. Santa Ruda esperó hasta último momento una carga que llegaba del palenque Arará, serían armas adquiridas en el avance que hicieron el pasado mes los cimarrones por un par de haciendas, esperábamos rifles y machetes. Llegaron ochenta y nueve machetes y un barril pequeño de rudimentaria fabricación, que no se dieron la maña de cubrir, de manera que la humedad, durante la travesía del monte, se había filtrado y tenía inutilizada la pólvora.

En la retaguardia voy, jinete de mi mula retinta, sale a despedirme la ranchería, las mujeres me vitorean y animan, que yo siga y tenga suerte que ellas ya vendrán a buscar a Sinar conmigo, todas con harta fe, porque arriba de Dios no vive nadie; yo les hago señas para que pierdan cuidado, que no se afanen, sus

quehaceres aguardan, si no llegan yo entenderé. Voy a mi paso templado por doce años de búsqueda, he de recorrer el campo montada en mi mula, en lo alto habrá de reconocer, si no mi rostro, por lo menos mi cabeza erizada de colores. Sinar. Pero ellas insisten: Nay, tantos son los hombres y apenas dos tus ojos, nosotras vamos a suplir esa deficiencia: yo, apenas cante la marmita en el fogón, yo, no bien azote estas mudas en la piedra de la acequia, yo, cuando vaya y vuelva con la tinaja del agua, el refresco, la chicha; sin demora cuelgo esta ristra de carne de guatín, guagua, gurre; ya despacho este cuarto de tabaco, este atado de hierbas, estos familiares rezados; pongo estas hojas al sol, preparo la lejía, remiendo los zurrones; ya aplico un emplasto, purgante, infusión, toma, conjuro; en un tris tras pelo y pongo a secar el fique, las tripas, la guasca; desplumo estos patos; trenzo estas últimas varas de cabuya, paja, iraca, hoja de biao; a no más acabe de moler maíz, caña, panela, café; no bien ungida partera, nodriza, curandera o hembra marcharé al frente para ser tus ojos. Y verlo primero. Guerrero ha de ser, lavaré su cicatriz. Asaltaré el rosal de María para florecerle el agua. A Sinar.

Cuando mi Sundiata llegó con la noticia, se despacharon mensajeros hacia los terrazgos con instrucciones precisas de regresar sin demora trayendo hombres, perros, rifles y machetes que hubiera en cada chacra, las mujeres debían quedar al frente de las familias. En la ranchería, el capataz dio la orden de que mujeres y niños, y todos los mancos y cojos retiraran a medias las malezas para facilitar el ascenso a las garitas emplazadas desde la penúltima incursión cimarrona, debían, además, reforzar travesaños y afianzar plataformas. A la barraca de las herramientas fueron conducidas las familias de aquellos que estaban bajo sospecha de pertenecer a la resistencia cimarrona o de auxiliarla. Hicieron preguntas, amenazaron. El zurriago agitó sus siete colas.

La cuadrilla fue concentrada en los galpones, los hombres de confianza vigilaban los arsenales, tres arcones contenían fusiles, los machetes estaban amontonados en el piso. Todos esperaban al blanco que comandaría la operación. Setenta y tres hombres se apostarían según la estrategia que guarda en su bargueño el amo y que concibiera un capitán de tropa una noche en Santa Ruda, mientras conversaban sobre el levantamiento de los esclavos de La Bolsa y Japio. Él mismo retiró los folios, la pluma y el tintero y

desplegó sobre la mesa el esquema relacionado con las posiciones. Asignó a cada uno su respectivo pelotón. El amo menor ayudó en la distribución de los rangos, primer oficial, segundo oficial, dependiendo del talante del terrazguero; estableció el número de hombres que integrarían cada cerco, la distancia entre ellos y su ubicación. Los servidores de confianza, diestros en delatar, salieron a todo correr. Se repasaron cercos y posiciones de francotiradores y centinelas. Los señores José, Pablo Vizcaíno, Pedro de Salamanca y un par de criollos que empiezan a trabajar chacras cordillera adentro recibieron autorización para descargar sus municiones en la humanidad de los negros que hicieran el amague de evadirse. Los amos entraron en la casa y se paseaban por el patio interior, atentos a cualquier eventualidad. Las mujeres se recogieron en el oratorio, acompañadas de las hermanas que sirven dentro de la casa. En cuclillas, al lado de la puerta, esperaba mi Sundiata.

Había revuelo en el Paso del Buey, la fonda abrió sus puertas desde la madrugada, el aguardiente circulaba a raudales, había gente sentada en el andén, los borrachos asoleados hacían esfuerzos por responder a las arengas de los que esperaban el paso del ejército entre la barahúnda de bestias y un par de tenderetes. Recostada contra la tapia de la fonda, izada en caña menuda una bayeta empolvada hacía tímidos aleteos. En la explanada colindante con el río, mientras unas mujeres atizaban el fogón donde se cocinaba un caldo, otras preparaban un refresco. Todavía no llegaban las amigas que esperan a Sinar, que lo esperan para mí, que ya no lo espero. Iba en mi mula retinta, por la costumbre y el movimiento cimarrón. Como otras veces cabalgaría por el campamento, sin el corazón estrangulado, bajo un chaparrón de silbidos y de ademanes obscenos, de pronto aparece el soldado que me agarra un pie y quiere derribarme y hacer lo que pueda, yo lo azoto con el zurriago, le pateo la cara, hay chiflidos y vítores, prestancia me confiere mi mula retinta, me amparan los rumores que preceden a mi aparición: que manejo el huerto y la lechería en la hacienda Santa Ruda, que recibo los favores del amo, que contribuyo a la causa abolicionista, que la noche es un pleonasmo al lado de mi piel, tanagra de carbón, sale a decir un poeta remoto. Nay: que pobre, que un día, no muy lejano, digna de conmiseración, con los pechos secos y una idea fija, mientras teje y desbarata, ya no

cabalgará. Hay sonrisas de medio lado. Sinar.

¡Ya vienen!, gritó el que esperaba de cara al camino. Y multiplicando el mundo, todos corrieron a verlos, a encontrarlos, a darse un roce con la gloria descalza. Ya se sabe, descalza y con los dedos reventados, palpitantes las plantas, de las heridas salen piedras, se petrifica la tierra en las rajaduras de los callos. Nosotras ponemos emplastos, cargamos bateas para lavarles los pies. Después de pasar revista, esa noche, a la luz de la hoguera, arrancaría dos uñas flojas, en pies de distinto dueño, que quedaron pegadas a la madre por un hilo ya inútil y sin dolor. Uñas, podrida la una, sin males la otra, presa la primera de lesiones viejas y de niguas, les proporcionaron a los soldados el placer de ser tocados en esa parte. Y conversar. Dijeron que tropezaban a causa del cansancio. Dijeron que, de presentarse la batalla, pelearían. Le ofrendaron las uñas a la libertad. Las uñas perdidas y todas las que, a causa de las piedras y de las niguas y de la pólvora, en adelante, se cayeran. Con dedo y todo. Dijeron que no conocían a Sinar.

Todavía lejos, en el último tramo del camino, apenas se adivinaban las siluetas envueltas en una nube de polvo, después emergieron cuatro jinetes, tres vestidos de paisanos y uno de militar, detrás venía la masa aligerando el paso en pos del agua, de la tapetusa, la cura, la llanura junto al río, un caldo, unas faldas levantadas. Por la fuerza de la costumbre me fijé en los jinetes, descartado estaba el general con su charretera de galones desflecados, descartado Candelario Mezú, los otros eran muy jóvenes. Tan rucios de polvo y hambre como la infantería descalza. Sacaban garbo del caballo. Me iluminó una duda definitiva: ¿Sinar sería el mismo? ¿Y yo? El general se adelantó, recibió vítores, hizo bailar el caballo, trote corto, vueltas, relincho, y la bestia parada en las dos patas de atrás al unísono con el gran grito: ¡A las huestes, negros! ¡Viva Obando!, respondía la turba. Candelario Mezú se paseaba al lado, atento, ahora era los ojos del general, desentendido de sí. Flameaba la bayeta.

A la mesa, única en la fonda, se sentó el general a tomarse el caldo. Un criollo al frente, otro a su derecha. Con ellos Candelario Mezú. Los hombres reclutados estarán en un campo de entrenamiento a la altura de Zamorano, Candelario se ocupará de levantar las tiendas, lista tiene la cuadrilla, cimarrones viejos

llegaron antes a limpiar el terreno y a disponer el campo, recibieron la pólvora, levantaron garitas, cavaron trincheras. Uno de los criollos, de nombre Rufino Bermúdez, habla de entendimientos con Mosquera: ¿Podría pensarse, general, en una tregua?, dice. Mientras nos hacemos fuertes, dice el otro, de nombre Jacinto Carreño. Vayan sabiendo, jóvenes soldados, que el poder no negocia. Arriba todo está dispuesto, Mosquera aguarda su turno: él será presidente. Los generales Isaza y Tabares van para el mismo lado, general, de pronto si nos unimos… Nuestra bandera, la libertad, nos beneficia a todos, dice Candelario Mezú. Y el general Obando dice: Entre líderes, me refiero a los generales, no basta la causa. La causa hay que entenderla, negociarla. La causa, siendo una, tiene sus puntos divergentes. Con José Hilario López ya lo hemos hablado. Vamos por cantidad, por fuerza. Hay que ir incorporando esos ejércitos hoy desarticulados. Hemos de hablar al respecto, Bermúdez. Carreño, ¿listo el plan de asalto? Sí, general. Cucharea desentendido, le cumple a la barriga, el olor dice de un sabor a plátano, al mucílago, caldo de campaña, turbio, ¿extraña, el general, la mesa refinada? En ella aromas de especias y de hierbas diluyen las asperezas del fruto. Adoban el humo de la leña que todo lo satura. El paladar apenas la presiente. Pero el general come todo. Bebe su limonada. Eructa. Dice: La causa viene después, toma forma y sus precisas dimensiones y alcances, en atención a posiciones ganadas. Tradiciones hay que se afianzan en las leyes de Dios de tal modo que resulta imposible vulnerarlas, cada uno ha de cumplir su destino, lo dado por disposición de los designios divinos prevalece en las consciencias de los hombres. La espada define el poder y la legislación se encarga del orden, de moderar los excesos de lado y lado y prever eventos desestabilizantes. Aquí es donde encajan las cabezas preclaras. Esa será otra etapa, soldados. Carreño pide permiso para cumplir su tarea. Dice: Un par de señores, Cucalón y Saa, acudieron al llamado de los notables en Cali, han de haber viajado con sus hombres de confianza. Listas están las tropas, limpia será la incursión.

En la sierra, avisados unos y otros, habrán llamado a media docena de terrazgueros para que asistan al capataz en el trapiche y en los potreros. Aunque los hermanos saben cómo encargarse de arrear el ganado fuera de la línea de combate, entre el río y las garitas, y las mujeres tienen las tinajas llenas de agua en los

trapiches y en el galpón, los dispositivos para que una incursión cause el menor daño posible se aseguran con la vigilancia. Al frente de los grupos estarán los terrazgueros fumando y bebiendo taza tras taza de café para mantenerse despiertos. Los hermanos, en cambio, dormirán. Y, en las zonas de combate, hordas de zancudos llegarán a despabilar los cercos de hombres adormilados sobre sus rifles. La casa, intermitente entre el sueño y la vigilia, va a esperar que cante el gallo de la tranquilidad.

Las paredes ahumadas absorben la luz del par de velas. Fuera de la mesa cuadrada, a la cabecera el general Obando, todo lugar es un rincón y ahí, menos sentadas que acurrucadas, estamos, yo en un tronco de guayacán, Matilde, la hospedera, en un taburete desvencijado, ella duerme y yo velo. He de catar las aguas que desbordan las pupilas de Candelario Mezú. Apenas probó el caldo. Ha tomado un par de aguardientes y un par de brindis me ofreció por el plato que le tengo preparado. La ranchería lo espera con atollao de pato, yo le he preparado un estofado de cola nitrada que se sazonó en hierbas frescas y comino. Se lo susurré al oído, mi lengua estimuló su oreja, se bebió un bocado de mi aliento, apuramos una urgencia mutua detrás del zaguán, de vuelta al local era un hombre coronado de gloria, pidió algo de caldo, bebió del cucharón. Resuelto se sentó a la mesa donde ya estaban los capitanes de cuadrilla, hubo un silencio, reiniciaron la charla con una advertencia, tomó la palabra el general José María Obando: Capitanes, deben controlar a sus hombres, los excesos resultan inconvenientes, el enemigo se vale de las mujeres para debilitar a los hombres, un día, en circunstancias coloquiales, les echaré el cuento de Sansón; el aguardiente no le conviene al soldado, ustedes mismos, capitanes, han de ser prudentes, no vaya a ser que se acuesten en una parte y aparezcan en otra, colgados, y a usted, Candelario, le anuncio, quedará bajo el mando de Bermúdez, en él delego autoridad, ya lo he ascendido a primer capitán, y puesto que su pelotón lo integran, en grueso número, combatientes experimentados, el suyo, Candelario, de mayoría cimarrona, ha de estar bajo la tutela de aquellos. Salvo alguna contingencia, se entenderá con Bermúdez. Candelario Mezú se sirve un aguardiente, frunce el ceño, y yo lo sé, tres bocanadas de aire que resopla disipan una ira mansa. Y, nuestro hombre, pregunta Obando. En el entendimiento de que el asunto es con Bermúdez, Candelario

Mezú recoge aperos, Santa Ruda lo recibirá si el general no dispone otra cosa. Ya bebido y comido, definida la estrategia, Bermúdez pide su caballo, y el general quiere compañía para meterse en la hamaca. Exige, habla con una autoridad no necesaria por ser este un asunto del todo ajeno a la milicia, mundano. Entonces queda trocada la autoridad en desprecio: la negra de los cachumbos de colores. Ella está loca, dice Matilde. Loca perdida.

Pascual dijo llamarse el liberto que, trece días antes, había precedido a Candelario Mezú. Llegaba a cumplir órdenes expresas del héroe cimarrón. Matías lo recibió en su choza y me mandó a llamar, las credenciales incluían una carta. Él interpreta el tambor, encuentra innecesaria la escritura pues requiere de muchas condiciones, papel, pluma, un mensajero que corre riesgos, eso no le gusta, él prefiere los canales naturales, el aire y el sonido. Cuando recibe cartas me llama a mí, que leo. Candelario Mezú había impartido instrucciones muy precisas. Poca razón dio la negrería sobre qué botín podían tomar del par de haciendas distantes cuatro y siete leguas del Paso del Buey, la una colindante con Pradera, la otra en la margen occidental del Sabaletas, más salvaguardada por terrazgueros y por una ranchería, al parecer conforme o sin aspiraciones libertarias, cuál será la diferencia. Esta condición hace prever que cuentan con armas y con herramientas útiles en el campo de entrenamiento. Pascual se informó acerca de los terrazgueros y de circunstancias en la ranchería: bunde, nacimiento o muerte. Si cosechan algo y adónde va el producido. Matías lo relacionó con un par de vaqueros que gestionarían el área de operaciones en el Alto del Buey y nos informó acerca del rumor que corre en Cali. Una toma de la ciudad entre cuyas pretensiones están el terror, el asalto de las casas principales y la toma de dos iglesias, Santa Rosa y La Merced, los movimientos sacrílegos infunden todavía más temor. Miembros del cabildo, hacendados y comerciantes fueron convocados a una reunión y se despacharon mensajes para Popayán en procura de refuerzos. Mientras Pascual recogía información y Matías desplegaba la estrategia que concibiera Candelario Mezú, este combatía la incredulidad de los negros indecisos de Sopinga y Cartago que manifestaban dudas, por ser el líder un militar blanco que junto con otros militares de la misma estirpe le hacen oposición al gobierno de Márquez.

Fortalecido el contingente, entrenados los novatos en estrategia militar, pero sobre todo disipadas las dudas de hombres destacados en las rancherías gracias al discurso proselitista de Candelario Mezú, partirían a encontrarse con el general José María Obando, que bajaba con su tropa desde Boquía, adonde arrimara a entrevistarse con el contingente que se ocupa de indagar sobre la guaca de los jesuitas.

Sin hablar cabalgamos las leguas entre la fonda y el alto desde donde se divisa la ranchería: cinco chozas y una fogata. Hay movimiento. El tambor sostiene un par de acordes que, a medida que avanzamos, crecen. Entonces él pregunta por otro camino, quiere llegar de incógnito. Pero la negrería lo aguarda con calle de honor, las mujeres habrán hecho ya el atollao de pato, nada saben de lo que yo sospecho y a él le pesa. Dice que está cansado. Pero yo sé: no son las piernas que se tensan y flexionan al cabalgar, no las caderas o la entrepierna, no los brazos que tiemplan y aflojan las bridas. No los ojos de otear y discernir movimientos. No el músculo. Quiere no ser visto. Pero su presencia les pertenece, lo subordina a ellos su fama de héroe de los ejércitos que tienen como estandarte la libertad de los esclavos, él no es él sino una bandera. Que el hombre, saco de huesos y sangre revuelta no interfiera con el héroe, le digo. Que él no se debe a él sino a la alegría de los que esperan. Y que tenga presente, la alegría es un momento. Ellos lo quieren ver o palpar según su prestancia y condición. Una cierta autoridad me confiere su desánimo, espoleo mi mula retinta, me sigue, se adelanta.

Redobla el tambor. Matías quiere saber sobre noticias de ultramar, no tiene idea precisa sobre los territorios que, a semanas de navegación, componen el mundo, países que parecen marchar a otro ritmo, le han llegado noticias de una curiosa revolución, lo que lo lleva a preguntar si se trata de una revolución armada o espiritual, él, Matías, cuyo oficio es el canto, tiene al espíritu como la fuerza superior, la única, sin el espíritu las armas pueden menos. Mucho menos. ¿Puede explicarle cómo es esa revolución y si en algo nos favorece? Matías hace la pregunta que otros con las mismas impresiones no pudimos armar. Esperamos que hable Candelario Mezú. Esta es otra revolución, dice él. Industrial, la llaman. Le quita el monopolio al Estado, muchos, que no poseen esclavos, se encargan de las industrias, pero necesitan gente que las mueva, que trabaje, que

gane reales y compre las cosas que producen. No entendemos. Los esclavos trabajamos por nuestra cuenta los domingos, ganamos reales para comprar utensilios, bayeta para pantalones y faldas, tabaco, herramientas. Algunos ahorran y compran su libertad. De lunes a sábado trabajamos para el amo, pero él no nos paga. Este amo nuevo sí pagaría, dice Candelario Mezú. Pero seguirá siendo amo, dice Matías. Al chisporroteo de la hoguera le hace dúo un murmullo general que concuerda con Matías. Hay otra pregunta, dice Matías, que me da vueltas en la cabeza y cuya respuesta quizá pueda entender porque esta de la tal revolución no la entiendo. Dígame, Candelario, ¿cómo es que se prohíbe el tráfico negrero, pero se sostiene la esclavitud? No entendemos el silencio del héroe cimarrón. Obando, varias veces alzado en armas contra el gobierno, ahora del lado de los esclavos, ya ha debido comentarle a él asuntos sobre la materia, no sólo para informarlo, sino para satisfacer expectativas que, como negro, tiene. O hasta allá no llega la deferencia del militar. ¿Qué dirá su mudez? Matías, entonces, intenta una respuesta: Yo sólo sé esto: la libertad hay que hacerla… Después de que se gana, hay que hacerla.

Llego al umbral y me detengo. Candelario Mezú iluminado se hinca ante la máscara que permanece en la pared. Se hizo visible para él. Emergió de una doble bruma. La madera es su materia y al mismo tiempo su escondite. El sombrero desflecado que cuelga encima de la ruana, y un Cristo oscuro que tiene a sus pies una repisa con ramitas de ruda salvaguardan su misterio. Ellos distraen al amo cuando entra. En mi aposento reina la máscara. En cedro la fui tallando para concentrar en ella mi historia y capturar el espíritu ancestral. Y la mejor virtud. La virtud precisa. La condición del estado o de la circunstancia. Le hice cuencas, redonda la una, rasgada la otra y las dejé con las honduras del alma. Sólo cuencas. La boca es todo: un beso prominente. Un silencio anudado. Un rasgo. Dilata sus fosas nasales para inhalar y avivar nuestra fuerza. Ante el cordero, cobra su misterio, hurga en la memoria de su piel. Lo unge Dios de todos los fuegos. Entonces él presiente la historia de la aldea que es dos cosas al mismo tiempo: plural y única. *Sowei, kanaga, burkina, senufo, we, kulango, ibo, yoruba, bamileke, jowke, salampasu, akuaba. I suma waa ker*. Mía. Él toma la máscara. Aunque pequeña, se ajusta a su rostro. Entonces él se estremece. Sale de su quietud, de un salto

ingresa en la danza, expulsa demonios blancos, sus pies arrancan del suelo tonadas de balafón y tambor. Hondea, todo hombre, su vientre se contorsiona, el puño en alto bate coqueteos, sugieren las caderas, da vueltas, vueltas borrachas con los ayes de todo lo que guarda adentro. El ombligo bebe las agitaciones de su piel. Me invita. El cóncavo quiere al convexo. Encajo en su ritmo que mece y mece y mece. Luego sacude, agita, busca su camino en mis ansias. Su cuerpo, trinchera hecha de músculos y cicatrices, yace, tallo potente reinventa el goce, la vela aviva su llama y devora la negra extensión de su cuerpo, lúbrica se desparrama por sus valles y redondeces, el ritmo de su pecho al respirar dice que Dios vive, huele a su almizcle, piel eterna, incorruptible, ni muerto morirá, no se pudrirá, le basta ser así. En la pared nos unge amantes la máscara de madera que yo misma he tallado para celebrar a un Dios como él. Ese solo instante posesa de su ser me pone a salvo. Puede pasar otro cataclismo en mi vida. Quiero hablarle de la libertad. Para mí es África. Nada sabe él. Nada conoce. Ni la aldea, ni el río, ni la madre o el padre que dieron origen a sus padres, no voy a poblar su cabeza de mis sueños, sino a traducirlos a los términos que él entiende. Estoy de su lado pero en otro bando. Candelario Mezú, cuántas batallas. Tres, estuvimos en la de 1828, desde niño fui hombre de lucha y campañas en los palenques, de Sopinga a Timbiquí. Dicen que te conocen a lo largo del Dagua. Bogas y autoridades de río, Nay. El Dagua, ya lo nombro mi ruta. La única medalla de tu pecho es la pasión, Candelario Mezú. Se te conoce por tu nombre sin rango, ¿cómo te llaman los batallones? Así. El grado primero, ¿tiene condecoraciones? No, mujer, tiene nombre: soldado. Ha suspirado mientras ruñe la cola endiablada. Mientras mastica su envuelto de choclo. Mientras bebe cacao.

Tanto lo mencionaba la ranchería, que no sólo lo imaginé, sino que también lo pensé antes de conocerlo. Desplazaba mi esperanza o quizá esta ya se desvanecía por sí sola. En todo caso, pensarlo me producía mucho entusiasmo y hasta excitación. Pero yo reflexionaba de acuerdo con mi primera motivación: era posible que Candelario Mezú supiera sobre Sinar, si tantas comarcas había recorrido, si era un hombre de batallas, un líder de tantos soldados bajo su mando, debía saberlo. Sinar no podía ser otra cosa sino guerrero. Cuando me enteré de que llegaría al Palmar, de paso para Buenaventura, armé viaje. Las condiciones

no eran oportunas porque se había anunciado que los compradores de reses llegarían y que aquí mismo, en Santa Ruda, iban a sacrificarlas. En ruta para el Chocó se llevarían la carne. El señor Sahal delegaba en mí la tarea de estar al tanto de todos los movimientos a pesar de que el capataz haría la entrega de las reses y la distribución de la herramienta. Yo debía estar al tanto de la venta de sal y de cobrar el porcentaje del jornal que los hombres de la hacienda iban a recibir. También era mi función vigilar al capataz. Pero yo no podía perder la oportunidad de hablarle al líder. Dejé a una de las hermanas con instrucciones que ella cumplió al pie de la letra, así, de manera literal, pues le hice recitar cada paso y movimiento de todo lo que debía hacer y responder en caso de ser necesario. Algún evento imprevisto ella lo iba a solucionar en atención a los casos hipotéticos. Cuando me voy, ellas cubren mi retirada con gran imaginación. Me encuentro lejos si ellas así lo determinan, o cerca si me quieren en la huerta haciendo conjuros contra plagas y otras ruinas, ellas tienen el don de figurarme detrás del palo de níspero capturando los males para echarlos en la hoguera. Entonces, no me molesta nadie, el amo mayor guarda una distancia obligada, está necesitado de cualquier fuerza que le exorcice la ruina o el miedo a ella. El trapiche trabaja a media marcha: asaltos, evasiones de los esclavos y la competencia le marcan el ritmo. El viaje de su hijo a Londres empieza a consumir buena parte de su hacienda. Y un cierto hábito que ha tomado fuerza le diezma el ganado. Están, por otra parte, algunos cambios en la administración y los sobresaltos domésticos debido a la salud de María.

Sabía andar el camino entre la hacienda y Cali, podía sortear los fangales, tenía memoria de ciertos tramos en los que se avanzaba mejor entrando en el bosque, todo era cuestión de tumbar maleza, entonces emergían redes de troncos y raíces por donde caminar. Pero esta ruta clandestina imponía mayores dificultades, al principio me oprimió de tal manera que tuve la intención de desandar tres leguas de bosque cerrado y caer desfallecida en la segunda estación, una choza a mitad de camino entre Llano Grande y Cali. Me animaron los cueros que sonaban en alguna parte, me oprimía esta nueva expresión del monte. Los tambores se distribuían en estaciones. Yo hacía lo de siempre, despejar trochas sin atenerme al baquiano. El machete, romo, mastica la maleza, se incrusta en un tronco, doy con él en un

tapete de espinas, todas me las llevo clavadas en la pierna. Esta era mi cuarta visita y todavía necesitaba guía. No había venido el mismo baquiano, un muchacho muy fornido pero pequeño que se desempeñaba en el monte mejor que todos, pero que fue raptado por un minero de Popayán que lo llevó a trabajar en una de sus minas de Chocó. Este de ahora era algo antipático. Recomendó aligerar la carga, yo, mujer, ya lo era. Y suficiente, le dijo a Matías cuando definían costes y carga. Apenas ingresábamos en la ciénaga cuando me dijo: La travesía por el bosque de los cerdos no es para la mujer. Entonces, ¿viven allá hombres solos?, dije. El hombre se lleva a su hembra. No me comprometo con mujer sola, en el barrizal se pierden fuerzas, hay fieras, yo mismo tengo una. A verla. Aquí, dijo y se agarró la entrepierna. Negro vulgar, dije.

Los reales lo convencieron de que debía traerme de regreso. Y entera. Sana y salva. Matías le advirtió: Los tambores te trajeron hasta aquí, negro del palenque. Vas para allá. Y acá volvés. Hizo sonar las monedas que quedaban guardadas en su bolsa de piel de guatín. Los tres primeros viajes los había hecho buscando a Sinar. Este de ahora lo hacía para llegar a Candelario Mezú. Quizá él supiera darme razón de mi hombre perdido. Andaba por la comarca en tránsito clandestino hacia Honda. Lo anunció de vaga manera un tambor que se lo dijo a otro. Un santo y seña rodó, durante dos semanas percutió un misterio que nadie descifró a ciencia cierta, pero hubo júbilo en la ranchería pues todos coincidieron en la misma interpretación: seríamos libres. En cuanto a mi asunto personal, el hombre aclamado tendría noticias.

Las mujeres hicieron sus cantos de invocación, me aplicaron una cura con baño y sahumerios para encontrar lo buscado, me ungieron con la contra para los peligros: abrecaminos, sábila en cristales y untura con la bolsa de la nutria primeriza. Cantaron las cantadoras: Nay, ni dolor de madre ni sangre repentina o voracidad de vientre te tuerzan el camino. Aromas de palo santo, ruda, albahaca, yerba de la mejorana, que te conviertan en lo que al otro espante, fiera, madre monte o enemigo malo, llámese diablo, llámese hombre. Nay, quema de las siete yerbas y toma del palo amargo para que tu corazón vea. Sinar, cuánta cosa hice para buscarte.

Se echa a la espalda el fardo del cebo y la sal. Yo llevo el de tasajo y una bayeta. Las mulas se quedan en la posada que está

llena de moscas. El camino tiene atajos hechos sobre la marcha, según las disyuntivas que marca el lodazal, palmeras en la etapa del despunte y otras mutiladas. Sobre los muñones se puede poner un pie, hay tramos en los que uno marca un compás entre muñón y muñón. Troncos hacen de puente y con hojas, con las muchas hojas, una sobre otra, se mitiga el fango, lo que hay adentro apenas se oye y se huele. El viento trae tufaradas rancias, nuestros pasos mascan un tapete de chamizas, y barquillos de palma sobreaguan los charcos, el baquiano tantea el terreno con un perrero de guayabo, debo ir detrás y entender sus señas: que me haga a un lado, que me detenga, que pase, que yo también hurgue en el lodazal. Llevo mi fusta. Las trampas están empotradas en el barro. Plumas y esqueletos y cáscaras y hojas forman amasijos que permiten afirmar la pisada. Y sembrar trampas. Las hay que muerden, que trituran, las hay que envenenan. La humedad mezcla fermentos de fruta y mortecina. Los helechos que trepan por los tallos taponan los intersticios entre palmeras, y los bejucos tienden sus redes, disparan espinas y sogas con ponzoña. En ocultas celdas esperan las bondades: un chorro de agua fresca, un claro del bosque. El caos produce el espejismo de que soy un apéndice de un organismo plural, soy limbo entre la zarigüeya y la palmera o el bejuco, bejuco puente para los micos, plataforma de roer los avechuchos sus corozos, troncos donde crecen diminutas selvas, troncos canales para todas las aguas, frescas y pútridas, y nacientes, y llovidas que se empozan y beben la savia de los nidos. Mucho menos que eso, yo. Arriba, un enjambre de abejas zumbadoras baja hasta una flor crecida como apéndice de una palmera. Me succionan las expresiones secretas del bosque. Estoy de vuelta a un origen, de retorno al caos, próxima al designio de ser una con los micos y las chuchas, y las dantas y los cerdos y los insectos que fecundan las flores y taladran las vísceras; una con la humedad, aliento de la vida y de la muerte, una en la vida que prospera según las reglas primeras, una para habitar con apego a la feroz bondad de la selva.

El baquiano conoce negros que no comen cerdo, dice que los del Palmar los domestican, si oigo, si puedo oír, yo, negra de la hacienda y lento caminar, que nada sé del bosque y le demoro la llegada, si puedo atender a otra cosa que no sea ir detrás de él, pesada como un fardo con otro fardo a la espalda, yo, que en ese

fardo no cargo lo que llevo, sino piedras de poner sobre mi propia tumba; si oigo más allá del ruido de los cocos maduros que caen, hay gruñidos, son de placer y los canta una piara completa que se revuelca en su lodazal. Dígame, Nay de Gambia, ¿usted es de los negros que no comen cerdo y lo maldicen? Ni al amo maldigo, Jacinto. A no ser por el odio, no hay carne maldita, Jacinto. Y no te voy a contar que en Gambia era otra. Y princesa. De mí poco has de saber, Jacinto.

Una trampa muerde mi fusta, de un machetazo él fractura las quijadas. De guadua. Los obstáculos se superan, no embistió un cerdo, pescamos trampas, burlamos los cercos de palmeras, sobrevivimos a las gargantas de lodo, respiró mi piel, vi al otro lado de un cultivo de arroz un camino y al fondo la casa de palma. Palma total. A las voces que dio el baquiano respondió otra que tampoco articuló palabras, sólo era fuerte, algo ronca, voz de intemperies. Voz de cimbrar mis cavernas. Ya estaba allí Candelario Mezú, pero no lo parecía, en la baranda del palafito colgaba las tiras de cogollo de palma que Primitivo sacaba para tejer su red, en mi entender no estaba que el héroe con ese nombre hiciera tareas artesanales. Pero él venía de San José del Raposo, había sido pescador y boga de contrabandistas que, llegados por las rutas secretas del Pacífico, se embarcaban en sus canoas hasta la playa donde esperaban al barquero que los conducía por meandros y canales hasta los campamentos del comercio ilícito. Burlaban las capitanías de mar con salvoconductos emanados de la corona inglesa, o aplacaban buques y goletas con sus respuestas de artillería. Procedencia o destino, Panamá, en su paso hacia el sur se detenían a dejar africanos y armas; de regreso negociaban quinas y oro. Fue en una torrencial travesía por el Cajambre, cinco piraguas, a bordo veintisiete hermanos de nación, un arsenal de pólvora y de fusiles y quince hombres armados, que Candelario Mezú oyó nombrar, por primera vez, a José María Obando. Destinatario del armamento, acampaba el general en las estribaciones de Los Farallones de Cali en espera de los tratantes.

Lo supe por él mismo, que hablaba no como guerrero sino como boga. Él dijo: Bogas somos, todavía los remos me baten las manos, el río bombea en mis venas, me llaman las juntas del Cajambre, el Raposo, el Dagua. Ondas suaves, angosturas, lodos, deltas y torrentes, aguas cálidas unas, otras frías. Mansas,

traicioneras. Nutridas de mar y arrebatadas. Hacia el océano van y de allá se devuelven. Yo amansé esas corrientes, y ellas me revelaron sus secretos. Cuando el río habla uno se queda callado. Y se vuelve hombre de conocimiento. Lo escuché por ahí: *Al principio todo era caos, sólo había agua, donde habitaba Dios*. ¿Cuál? ¡Vaya uno a saber! Digamos que todos. Entre el mangle retrechero y la selva llorona me habitaban el río y el río-mar. El general llegó a La Cruz, ¿saben cómo me ganó su causa? Yo quería ver una esperanza para nosotros, pero no una esperanza del dolor, paciente, sino otra: una esperanza condecorada. El general hablaba cosas de disposiciones y justicia para nosotros, y yo me fui detrás, oyéndolo. Remaba, cargaba la canoa, buscaba albergue en las rancherías, me vi, como ahora, sacando fibra de palma no para tejer mi propio sombrero, sino para hacerle el chinchorro al general Obando. Claro como el agua estaba en mi cabeza que allá donde la libertad toma sus letras, sólo se entra de la mano de un blanco. Remontamos la cordillera en fila con los yanaconas que conocen los caminos invisibles. Así fue como me incorporé al ejército rebelde.

El palenque se ha congregado en la choza de Matías a escuchar las historias de Mezú, los convoca el mismísimo héroe, hoy los honra contándoles lo que se ha propagado en los palenques, su presencia les infunde una fuerza que ojalá produzca algo duradero. Aunque sea orgullo. A mí me llama la esperanza, no sé si otra o la misma, yo la sigo llamando con el nombre más dulce, la llevo como un estandarte, me permite prolongar mis pasos, salir de la hacienda, yo he anulado las distancias con la gente de la ranchería y la gente del cimarronaje gracias a mi búsqueda. No me he alejado de mí. La casa grande ha querido desviar mis ideales hacia los suyos; que yo derive alegría de sus blancas alegrías, sueños de sus realizados paraísos, que sea testigo sentimental de sus blancas vidas. Pero yo conozco mis goces propios y no quiero dejar de ser yo. Por mi esperanza vengo a ver al soldado, cuando haya agotado lo que tenga que decir, no bien tome la pausa que pide el guargüero o su apetito, a no más se repose la adoración de sí mismo, me abriré paso entre el remolino de hombres y le preguntaré por guerreros de los que tenga noticia, de pronto aparece alguna seña. Pero a la ranchería con él le basta. Sólo disienten en un punto: si puede confiarse en un blanco. Discuten los hombres viejos, apoyamos las mujeres.

Candelario Mezú no quiere discutir sino hablar de cómo la guerra se lo arrebató al agua y lo puso en el campo de batalla a luchar contra las fuerzas dictatoriales de Urdaneta en Papayal. Simpatizó con la rebelión y los movimientos clandestinos que burlaban las capitanías de río por no tener recursos ni económicos ni políticos para integrarse a la cadena de corrupción que operaba bajo el lema de comer y dejar comer, en una red de sobornos que despejaban el paso de la mercancía hasta Cali y Popayán. El general respaldaba la abolición de la esclavitud y había entregado, en un gesto de sumisa rebeldía, el rango que luego le restituyera Bolívar. Un guerrero blanco que hubiera militado en los ejércitos de la oposición podía respaldar la fuerza cimarrona en la vindicación del mayor de los derechos.

Nuestro héroe negro, había recibido el legado del amor por la libertad de un abuelo legendario que cruzara el Caribe a bordo de un bergantín, como grumete, en tránsito hacia Jamaica, en 1789. Por capricho de los vientos se desviaron hasta quedar al fragor de una artillería cruzada entre las fuerzas libertarias de Haití y una armada francesa diezmada por acción de las viandas de mulatos que pertenecían a su tripulación y simpatizaban con la causa de los esclavos. Era la fuente primera del movimiento Mackandal, un hombre que hizo la guerra con una sola mano porque el trapiche le había triturado la otra. La otra extremidad, sin embargo, no desapareció: le crecía en conocimiento de las yerbas y en autoridad, incluso con la misma anatomía. Un sabio remoto lo describe como un houngan del rito Radá, el Señor del Veneno. Y, teniendo como canal otro sabio remoto, el mismo Mackandal narrará la historia de su brazo izquierdo: *Dicen que me lo atrapó un trapiche, pero fue un amo burlado quien me lo hizo arrancar la misma tarde en que me encontró abrazado con su mujer. Desde entonces me dan por manco. ¡Mentiras! En ese mismo momento Ogún Balindjo me lo pegó al hombro. ¡Con este brazo muerto he cortado mil cabezas de blancos!* Mackandal, en efecto, perdió el brazo izquierdo dos veces. Ambas historias son ciertas, y Candelario Mezú creció escuchándolas de boca del abuelo legendario que recalara en Cartagena y luego diera origen a una estirpe que se propagó por el Atrato hacia el sur de Nueva Granada.

También nosotros somos mancos. En alguna parte de nuestro ser lo somos, y lo somos también por cuenta de las circunstancias. También es manca la carta que tengo en mi faltriquera, pero la

guardo, nada dice que no le nazca el miembro que le falta, que le nazca con otra forma. O con la misma forma. Como a Mackandal.

Se hizo visible en la batalla de Papayal, Obando le reconoció sus dotes de líder, lo nombró soldado. El triunfo se sobrepuso por encima de los compañeros caídos. Trinchera y sudario fue la cosecha de papayas que reventaban al impacto de las balas, y se estrellaban en las casacas estupefactas de los soldados y abrían rutas pecho adentro con el proyectil. Sazonaban la agonía, aplacando con salpicaduras de su pulpa la sed del moribundo y el rictus mineral de la pólvora. Impuesta la extrema unción de la papaya, algunos cadáveres tenían gesto de miel. Ya entonces pensaba Candelario Mezú en los estrechos alcances que tiene la libertad del palenque, una libertad de huida. A expensas de la manigua, con nuestras escasas manos, entonces no somos libres sino sobrevivientes. Libres somos, decía, entre semejantes que, por cuenta de la ley que nos supera y nos hace iguales entre nosotros e inferiores a ella, nos juntamos para vencer el río, el enemigo, la enfermedad. Ante los riesgos que surgen entre semejantes, ante la amenaza del que nos quiere quitar lo que nos pertenece y ponernos el pie encima, la ley se impone. A la libertad del palenque, en cambio, la estrangula la selva. La libertad se vive a plenitud entre los inventos del mundo, los barcos a vapor y la nueva industria. Y la tierra escriturada. Aplausos para Candelario Mezú, que hablaba según las aspiraciones de la ranchería. Esa vez me mordía la lengua para no decir lo que pensaba a gritos: la libertad con apoyo de leyes también es una libertad de estrechos límites y ningún alcance. Yo la tengo aquí en mi faltriquera, salvoconducto relativo. Candelario Mezú.

Esas ausencias que cubren las hermanas de nación, esas acciones que realizo en favor de cada campaña que desfila por esta comarca, me representan monsergas y algunos azotes. Tanto lo que hago como mi ausencia exasperan al señor Sahal. Tan pronto sabe que he llegado pasa por la hacienda, su caballo desbocado lo planta furibundo en mi aposento: Me tenés en boca de la gente, hasta dónde te va a llevar tu locura, negra. Me diezmás el producido con tu caridad sin fundamento, una cosa es buscar un fantasma y otra sostener sediciosos, ya te han visto montada en ese jumento dizque llevándoles mis quesos, mi tasajo, mis velas. Toda mi huerta. ¿Te gusta el rejo, no? Los despachos se

hacen todos como usted lo ha dispuesto, pero los comerciantes piden plazos para pagar, en el bargueño, señor, están las cartas y los pagos recaudados esta semana. El látigo me clava su brasa de cuero en la espalda. Él pega y monta. Y no soy yo la que berrea, sino él. La sangre toda le inflama la cara. Los ojos quieren salir a rodar. A los infiernos. ¿Me vas a decir que ese renegado y su recua de negros no comen de mi hacienda? ¡Respondé o te parto la cara! No, señor. Has de saber, negra, que el general sin casta recluta negros para jugar a la guerra. El rejo repta entre coletazos por el suelo cuando él empieza a desabrocharse. Su opinión sobre Obando no es mejor que la mía ahora que he encontrado a Candelario Mezú sin la más leve medalla, tan descalzo como la infantería recién reclutada. Pero yo no discuto sobre política, nada debe saber sobre lo que yo pienso. En los fuetazos me froto el linimento de la risa que él me da, odiando a Obando porque traiciona a su raza. Sin embargo hay indicios para que él pueda sospechar que el general no podrá sobreponer la situación del negro a sus intereses. Si notara los hombres que ocupan las posiciones de mando, información que le llega a través de la gaceta y se ventila en las tertulias asustadas de los hacendados, podría darse cuenta de que los logros de los negros se los reconocen al blanco, que el soldado cimarrón, con todo y sus méritos, está condenado a que lo maneje el criollo de la misma manera que él maneja la libertad de mi hijo. Tampoco el problema es el tasajo de menos o el trapiche saqueado. La merma en la productividad de su hacienda dice que el juego no lo hace una espada solitaria. También hay artesanos. También está su hacienda dividida, terrazgueros hay con intenciones. También está el comerciante que le vende muchas cosas y le pone el precio a su trapiche cojo. También estoy yo, que prefiero no mirarlo cuando se me abalanza. Empuja su amasijo de urgencia y rabia en mis tibiezas. Mis tibiezas, hoy sin imaginación, le arañaron el orgullo. Entonces me agarró del copete y me golpeó contra la pared. Pero pudo culminar, se desmadejó y quedó despatarrado en el suelo.

Después estuvo en su escritorio mirando los informes, haciendo cuentas, los acreedores dan plazos perentorios, pero él no puede imponerlos a sus deudores, porque el tiempo es el que pone los plazos, el ciclo natural que se toman la caña y la vaca respalda a los terrazgueros. Ellos pagarán el arriendo y un

porcentaje sobre la venta de sus productos llegado el tiempo de la cosecha. Mientras tanto, el capataz ve qué ganancias puede sonsacar de los aparceros, para su señor que espera. En alguna ocasión, el señor Misael Cucalón le propuso vender los esclavos para invertir en una empresa de exportación e importación. Serían socios. Enviarían productos agrícolas que ellos no iban a sembrar, sino a comprarles a aparceros y cimarrones. Luego los ubicarían ellos en los mercados del mundo. Y del exterior traerían mármoles y obras de arte para la construcción y el ornamento de casas principales y de iglesias. En Estados Unidos y en Europa había unos inversionistas interesados en la empresa comercial. No bien se despidieron, el uno desde su caballo y el otro desde el portal, el señor dijo: ¡Mercachifle! Misael se volvió loco, esa idea no tiene ni pies ni cabeza, cómo puede funcionar una empresa al mando de varios señores que no se conocen entre ellos. Dónde compaginan el industrial de la caña aquí y el de los mármoles en Italia. De dónde acá vender los esclavos para financiar una empresa anónima. Cómo venderlos para luego pagarles a ellos mismos por el trabajo, qué cabeza con dos dedos de frente puede contemplar esa idea. Quién sino ellos, bajo nuestro gobierno, puede con el trapiche. ¡Para eso los hizo Dios en su infinita sabiduría! Para palanca de nuestra industria.

Le serví el café y me senté en el taburete, las cartas en el regazo, por fechas las ordenaba, él escribía y yo leía sobres despachados desde Santa Fe, Cali, Jamaica, Londres y Quito. Bastaban las letras para imaginar distancias, rutas y el mundo mío. Jamaica era una puerta para salir de este continente. Jamaica llegaba en esas cartas. La conocí a través de un velo de pus. Un sol ambiguo me lastimó los ojos y mitigó el frío de mis huesos. Había movimientos que nunca antes había visto, me zangoloteaban las entrañas, dolía el hijo que tenía adentro. Dolía con escalofrío. Tenía fiebre mi hijo, que apenas empezaba a palpitar. Un par de barcos anclados despachaban canoas llenas de nosotros. Intercambiaban gritos al cruzarse, tenían los gestos del insulto. Recogidas las velas quedaban los palos de las muchas goletas y bergantines cercando el horizonte. En el muelle nos cruzamos con una fila de hermanos que se ocupaban del avituallamiento de un barco. Yo caminaba sobre el lomo inestable de una tierra que no ha dejado de ser extraña. Apuntalábamos el miedo, cuerpo contra cuerpo. Desnudos. Había mucha gente

vestida, todos los que esperaban con las faltriqueras anhelantes, y sus agentes cuyos garrotes olfateaban nuestros pasos de plomo. Y la ropa más mugrienta humillaba nuestra desnudez. Había hermanos de nación vestidos. Indiferentes. Un tambor solidario percutía en algún lugar del puerto.

Esperaba la orden de empezar a copiar, él consignaba lo mismo en dos cuadernos, uno de dejar en Santa Ruda, bajo llave, y otro de llevarse. La redacción del documento le producía frenesí, podía permanecer horas escribiendo, pero el procedimiento mecánico de copiarlo no se avenía con su dignidad. Así fue como perfeccioné los rudimentos de escritura aprendidos en Turbo con Gabriela. Copiando. Su esposa escribe, pero ella no debe enterarse de los avatares de su hacienda, entre ofertas y amenazas, estremecida. Tampoco es prudente que sus hijas lo sepan, se pueden enfermar de lástima, que es un veneno letal para su alma de padre y señor. Madre e hijas, además, sólo saben leer el breviario. Mis sentimientos, en cambio, tienen firmeza, son un escudo en el que su quiebra rebota. Mi silencio no lo aturde. Entre las cartas venía una de don Misael Cucalón, que le había vendido los últimos esclavos que llegaron de San Tomé, cristianizados y con habilidades agrícolas. Ya lo aturdían rumores de los propósitos de dicho señor porque cuando leyó el sobre lacrado, una arruga le fustigó la frente. En su mano temblaron la angustia y una corazonada. El estilete por poco lo corta. Le ofrecía compra por Santa Rosa, ponía el precio y un plazo para su respuesta. Conocía de buena fuente el monto de sus deudas y la ejecución que planeaba el secuestro de la propiedad para fecha próxima. Con la venta no sólo quedaría Santa Rosa librada del escarnio público, sino aliviada su reputación de hombre honorable, lo arroparía el decoro de las cuentas saldadas a tiempo, y con un excedente, que bien manejado en los movimientos de la usura daría para sufragar los gastos de viaje y manutención de su hijo en Londres, preservaría el abolengo de la familia. Que lo pensara.

SUNDIATA DE GAMBIA

Me gustan las historias de Matías, él también me cuenta cosas de antes y de ahora. Ayer hablamos de Candelario Mezú. Madre, ¿usted lo quiere? A Matías le gusta porque va con la tropa por los caminos y las rancherías diciendo cosas que a los amos no les gustan. Eso me da alegría. También me puso contento Candelario Mezú porque todos estaban a su alrededor, oyéndolo hablar sobre nosotros y la libertad. Madre, ¿qué es la libertad? Nadie agachaba la cabeza para hablarle a Candelario Mezú. Por todo lo que decía y lo que ha hecho tiene más mando que el capataz, pero todos lo miraban con la cara levantada. Y no mandaba aunque tenía muchas cosas para decir, cosas que nosotros no sabíamos. Y yo quería ser como él. En cambio yo no quiero ser como el amo porque si fuera como él me odiaría. Y yo no quiero odiarme, madre. Yo quiero vivir en la ranchería. Todos le preguntaban a Candelario Mezú y estoy seguro de que si yo le hubiera preguntado él me habría respondido. Porque hablaba para todos. A los amos, ¿qué les preguntamos? Les preguntamos sobre respuestas que ya sabemos, ¿cierto, madre? Yo estoy contento en la ranchería porque no lustro botas. Y Matías me regaló un cerdo. Cualquiera me habla sobre las cosas que hace y yo aprendo, todos estamos juntos el domingo, aunque los hombres se vayan a pescar y las mujeres armen tabaco, y otros arreglen los cercos, y otros vayan al mercado a vender y otros tallen madera y otros pongan techos y otros tejan redes. Cuando Matías me lleva a cortar leña, me enseña a conocerla, ¿usted sabe, madre, cosas de los árboles que hay en este monte? ¿La llama que dormita al borde del tizón arropada bajo una colcha de piedras para arder no bien la destapan? ¿Y de la que espanta los insectos? ¿Y de la que produce el mejor carbón? ¿Y de la que huele a porquería? ¿Sabe cómo se maneja el hacha? ¿Conoce los hornos donde se queman los troncos? La fumarola baila al chisporroteo de la leña, hay leñas

perfumadas y leñas putrefactas y humos ardientes para los ojos y también para la nariz. Unos humos que llegan con olor parecen envolver algo adentro de uno como un sueño perfumado, Matías me amarra un trapo húmedo alrededor de la nariz, eso me refresca, él no lo usa y los ojos se le enrojecen y las lágrimas se le quedan bailando en los párpados, madre, ¿se convierten en nube?, ¿acaso las lágrimas de Matías han formado ese círculo en sus ojos? Las mías, lágrimas de humo, caen. Ojalá caigan siempre. Son buenas porque no son llanto, ¿cierto, madre? Mientras se quema la leña, el uno vigila la dirección del viento, cierra o abre los respiraderos, los gradúa. Si sale candela por alguna boca yo le aviento tierra. A Matías, en cambio, ninguna boca le escupe candela, apenas le soplan los humos de espantar zancudos. Él hace hablar las hogueras con chamizas. Me deja oyendo los lengüereteos de la leña y sale a cazar. Ahora él sale y yo me quedo. Pero algunas veces, cuando la llama dormita en sus carbones, cerramos las bocas para que el viento no le meta su lengua voraz y salimos los dos a cazar. Ya sé rastrear las madrigueras y apostarme con la honda. Ya no me duermo, ya espero, madre. Todavía no cae la presa. Pero estoy aprendiendo que los ojos corren a la par con el guatín, y la mano adivina el punto donde va a estar la cabeza en el siguiente instante. Y dispara la cauchera. Así se mueve la puntería de Matías. Le voy a preguntar cuál es más puntería, si la de cazar el tigre o la de cazar el guatín. Ya aprendí, madre, a quitar vísceras y piel. Después todo lo quemamos para que las fieras permanezcan lejos. Las fogatas le alumbran los ojos pensativos a Matías, por la noche, cuando me cuenta cuentos. Sus dientes son la risa aunque no se ría.

Nay de Gambia

No pararon las lluvias durante los meses que estuve en Turbo, lluvias eternas, otras distintas de aquellas en Gambia con sus lunas puntuales que además pedían las acciones y los cantos de la aldea congregada. Se hacían invocar las lluvias. Aquí caracoleaban en la manigua, soplaban las nubes emergidas del mar y arrojaban gusarapos por puñados. Las lluvias perennes. Cuando Sardick salía, Gabriela quedaba libre. Negociante, contrabandista, asaltante de mujeres en los rastrojos, se ausentaba durante días. Si estaba en la casa, los tratos con los chocoes y con los honorables pícaros de las provincias lo encerraban en su bodega las horas enteras. Entonces ella también quedaba libre. Atendía los requerimientos de su marido, los pensados y los inadvertidos, a través de la servidumbre que estaba compuesta por tres mujeres y dos hombres. De manera que en sus narices, pero más en su ausencia, Gabriela me enseñó este idioma que ahora me sirve para escribir. Mis primeras palabras nacieron cuando mi hijo brotó de sus aguas bombeadas con las palpitaciones de su tesón. Había prosperado por voluntad propia y ciertas consideraciones de ella que nos destinó una pieza contigua a su aposento después de que yo intentara irme de este mundo extraño. Durante la convalecencia me hacía beber y masticar. Un puñado de pescado y bollo de maíz para su boca y otro para la mía; me hacía tragar un sorbo de chicha y luego ella bogaba. Servía para las dos en la misma cazuela. Había optado por amarrarme y yo la odié. Creo que Sardick no le reprochó que me alojara en ese aposento porque me vio atada de manos y pies y a la pata de un jergón que ella hizo armar para mí: una estructura de pesados troncos y de tablas amarrados con bejucos. Antes dormía en la enramada donde amontonaban la leña. A través de la estera, la tierra absorbía mi calor y tuve la esperanza de morir de frío, pero mi cuerpo pensaba diferente, él quería

tibieza. Se rebujaba en la leña y las chamizas caladas de intemperies como mis huesos. La acción de la tierra en sorberse mi vida era lenta, de manera que decidí tener piedad del cuerpo cobarde y con la tagua de la estera trencé una soga. A la hora escogida, las tres de la tarde, la hora mansa, las mujeres tejían canastos o despiojaban a sus hijos. Gabriela era una figura fantasmal que se sentaba a leer en el corredor. O estaba en su aposento bañándose en alhucema. Bajé a la parte escondida del palafito, encontré una viga discreta del lado del gallinero que estaba en el solar barrido, y me colgué. Vi diluirse el platanal entre rumores de mi vida. Y un grillo último prometió reventarse cuando todo acabara. Nada me transmitieron los movimientos involuntarios del cuerpo, ni el platanal borrado. A través del hilo del grillo me fui sumergiendo en mis propias aguas, complacida floté en mí y el embrión me habló con un latido desmayado. Pero ella salió de la espesura, machete en mano y una penca de heliconias, según contaba. Y cortó la soga de un machetazo.

«Gabriela» fue mi primera palabra. Estaba de pie ante su cama con dosel, el niño en mis brazos, inmaculado en su baba, palpitante el ombligo, temerosa yo de que se desbaratara el nudo de la vida. Había nacido a las seis de la mañana en medio del alboroto de los gallos que celebraban una pausa de las lluvias. Pero, sobre las copas espesas, encima de la cabaña, posadas sobre el gallinero, ellas se estaban inflando para desovar sus aguas salobres y sus gusarapos después de las nueve hasta el final de los tiempos. Todo sucedió durante la noche, el tibio líquido me desalojó de pronto, y una sensación ambigua entre pesadez y malestar se fue concentrando en los huesos de mi espalda hasta querer arrancarlos de sus ligamentos y junturas. Y mis huesos cedían, se iban descuajando, también querían desalojarme, para hundirse, cada uno, en la tierra. Acostados. Y reposar en justicia por las muchas lunas recorridas entre memorias y oprobios. Descansar. Y en vista de que la tierra no les abría sus definitivas entrañas, tuve que morder el dolor con sevicia hasta volverlo guiñapos. Luego lo solté para empujar el pujo. Entonces supe que yo era Dios, soplido o pujo son lo mismo. Supe que la acción primera es un salto de la vida al mundo. Al mundo que no es vida. Y supe que nace el feto y también nace la madre. Nuevo era el aire o nueva mi nariz. Lo llamé «hijo», mi imagen y semejanza. Y al influjo del aliento que emanaba de su llanto tuve una alegría

en este mundo ajeno.

Gabriela me había liberado de las ataduras, confiada en la atención que yo le prestaba cuando me decía cosas entre muecas y ademanes, y a veces sentimiento. Quiso saber mi nombre a fuerza de decirme el suyo: Se dice Gabriela, y me señalaba con un gesto de interrogación, pero mi hora de hablar no había llegado. En todo caso me sentaba a su lado en el balcón, y entre énfasis, falsetes y ademanes hacía su lectura que parecía canto. Cuando impartía órdenes me tenía a su lado y también cuando ejecutaba sus rutinas habladas: Este es mi peine de carey, con él peino mi cabello negro, con él y con mis dedos que lo enrollan, ahora lo sostengo con esta pinza de marfil. Pinza de marfil. Peine de carey. La alhucema me vuelve flor. Alhucema. Flor. Esta pomada de achiote en mis mejillas y este labial de cacao borran la selva de mi faz. Que me sorbe la sangre y me inyecta su miasma. Achiote. Mejillas. Labial de cacao.

¿Sabes, mujer sin nombre, que el rostro es bello si refleja humedades? Mujer sin nombre. Tú. Yo.

Como viera que yo husmeaba las hojas del libro, empezó a deletrear mostrando las sílabas con el dedo: Ca-li-la- e- Dim-na. Calila e Dimna. Leía la fábula del gato y el mur, y otras muchas, repetidas pues ese era su libro propio, el de leer y el de llevar entre las manos, el mismo de cubierta con letras doradas que velaba su sueño junto al agua muda del cristal, el que le restituía alguna cosa perdida. Lo declamaba y se vaciaba las letras en el pecho cuando se echaba a hacer la siesta en la hamaca de Sardick. Conmigo al frente se le desbordaban los entusiasmos y no sabía a quién recitar con mayor énfasis, si a Rabí o a Vendo, que así se llamaban mur y gato, ambos le valían la misma admiración, no pocas veces daba la impresión de ser ella uno de los personajes y haberse vuelto mujer.

Gato: *Amigo, ¿por qué no te apresuras en roer la red? Se me hace que como ya tú estás a salvo, entonces me abandonas. ¡No es justo! Así como yo te ayudé, tú debes ayudarme a mí. No pienses en nuestra antigua enemistad; ya me probaste y sabes que soy bueno; los buenos agradecen el bien recibido.*

Mur: *Debo pensar con cabeza fría cómo salir de este problema; el hombre sabio no se abandona a su suerte, sino que piensa cómo liberarse; si se trata de los vicios, no se aferra a ellos; y se cuida de las tribulaciones y las penas. Yo pienso y pienso, y no encuentro otra*

forma de escapar de este peligro que hacer una tregua con el gato y ganarme su aprecio. Él se encuentra en grave peligro y el único que lo puede salvar soy yo; yo me encuentro en grave peligro y el único que me puede salvar es él.

Busqué a Sinar entre los vivos y los muertos. Había tomado conocimiento de toda circunstancia que congregara hombres, y acudía: destacamentos para la venta, la guerra o la construcción venían de las haciendas Quintero y el Japio, desfilaban por la calle real, cruzaban el puente, tomaban la ruta del Dagua, iban de dos en fondo, los curiosos que les hacían calle de honor o calle de odio según la estirpe o el convencimiento de ella, les gritaban vítores o improperios, los hombres nada decían, los hombres cavilaban, al lado el alguacil, rifle al hombro y un perrero en la mano. Negros y criollos componían los ejércitos para las batallas, pero ante mis ojos sólo desfilaban los negros y de entre ellos, los de estatura, cuerpo y altivez semejantes a los de Sinar. Y sus ojos crespos.

Me inicié en la búsqueda después de una escalada que dio con la toma de Cali. Había salido, con las primeras horas, acudiendo a un llamado del señor Sahal. La familia se encontraba en la ciudad con ocasión de las fiestas de Corpus, y María había enfermado de repente. A la altura de la fonda, supe del paso de las tropas y decidí esperar que tomaran el camino del bosque. Hasta la posada llegaban noticias de incidentes y adhesiones, iban y venían emisarios, enlace entre las tropas y las mujeres que cargaban vituallas, palas y todo tipo de curas. También estaban ahí a la espera de ser ellas mismas parte de la estrategia militar. Iban un par de leguas detrás de la tropa, los generales desaprobaban la estrecha proximidad antes de la batalla. Pero, a raíz de unos casos de fiebre debieron ponerse en marcha. Y yo con ellas. La tropa se desviaba del camino real y la infantería avanzaba, en el paso del portal de Llano Grande, una legua antes de que los abrazara el bosque, se encontraron para cruzarlo, había entusiasmo, algunos hombres hábiles en trepar palmeras bajaban cocos, los soldados bebían su agua dulzona como la leche de la teta, se bañaban en ella, devoraban la pulpa, un general de apellido Carreño advertía los peligros, profería amenazas: Ninguna voracidad es recomendable, lo saben, la excesiva ingesta de coco resulta del todo perniciosa, produce ahitera también en los negros; más de un sorbo queda prohibido, se recomienda una sola mordida. Se

les advierte: los diarreicos quedarán a merced de las fieras. Lo saben los hombres, de manera que alistan su ferocidad para hacerles frente a las piaras de cerdos, a las dantas bravas, a los jaguares, hormigas, arañas, alacranes y ranas venenosas. En caso de tener que sentarse, a causa de los cocos, lo harán con machete o con pistola en mano. Superada alguna contingencia digestiva, prosiguen. Estirado el cogote, hombres y bestias sobreaguan los barrizales, los cascos se atascan, las botas son de plomo. Alucinados entre enjambres de mosquitos quieren rendirse, los andurriales los jalan de las casacas, quieren sus vidas harapientas, les prometen un vientre de estopa, una eternidad de blanca pulpa y dulces aguas. En tanto los que saben de vaquería arman estrategias contra las hordas de cerdos salvajes.

Cali tiembla y la toma prospera. Debido a los quebrantos de salud que padece María, la familia asiste a dos tomas de la ciudad y yo aprendo a ser enterradora. Reunidos los hombres en la oficina, postradas las mujeres en el oratorio, despavoridos todos, incluso nosotros, en movimiento, de la cocina a las estancias, ya con aguas, ya con palanganas, entre miedo y regocijo, atendíamos y solucionábamos emociones y sus efectos. Capataces y hombres de armas se apostaban en los tejados y en las torres de las iglesias. Y mientras se despacharon emisarios y a todo galope llegaron refuerzos de Popayán, la escalada dejaba un reguero de cadáveres en las calles. Y faltaron brazos para enterrarlos. Entonces tuve mi ocasión, me allegué al campo, pala en mano, so pretexto de la salud de María y de hacer la caridad, también en nombre de la enferma, y no sin antes solicitar el permiso para la acción que, dicho sea de paso, les valía indulgencias al amo y a su familia. La autorización fue concedida y yo desterrada de la casa durante nueve días con sus noches posteriores al acto de caridad. Debía sanarme de la pudrición en las aguas del río Meléndez. Y hacerme sahumerios en las horas nonas. Y dormir en jergón de iraca, en una choza que para el efecto se construyó a la orilla del río. Sin ninguna objeción y con gran regocijo salí con la pala al hombro. Ayudé a enterrar cadáveres y, por mi cuenta, al amparo de las horas nocturnas, pero sobre todo gracias al espanto que los muertos obran en la gente, también los desenterré. Los esfuerzos más penosos los sufría la imaginación, que desbrozaba el rostro de hinchazones y heridas y picotazos y barro y podredumbre para sacar en limpio la fisonomía. También los rostros vivos

empezaron a demandarme esfuerzos al cabo de muchas búsquedas. Por mi cara reflejada en el espejo caí en cuenta de los estragos que obra la mutilación: mi padre, las varias madres que él me diera, la aldea, la sentina y el océano, esta tierra extraña, la servidumbre, la pérdida de todo y de Sinar que pudo suplirlo, están encajados en mi rostro. Al imaginar la manera como habría operado en Sinar la esclavitud, no lo pude reconocer, esclavo había sido de mi padre, guerrero de los Kombu Manez, que incendiaran su aldea y lo tomaran como botín de guerra, y al momento de atisbar la libertad mediante su enlace conmigo, princesa, otra vez caído en las fauces de la esclavitud, ¿qué habría quedado de él? De pronto la cicatriz. Quizá estuviera yo en su mirada. ¿Ahora tendría que buscarme a mí misma?, ¿buscarme en él, que estaba perdido?

Le dicen Balta como a mí Feliciana y va a volver, ya está inventariada, aunque liberta es su condición, pieza de Indias sigue siendo su categoría. Fui a esperar que pasara por la calle de la Flor de Batatilla, para envidiarla. ¿Sabrá ella que un halo la quiere levantar del suelo y que en su ser ya no se perciben ecos sino presencias? ¡Balta!, la llamé, mirándola desde mis cadenas y ella me hizo adiós con la mano; los torrentes de río, las brisas y jarcias y luego el regocijo de tierra desbordada no dejan oír. Por esa gran suerte es que a Balta la única forma de comunicación que le cabe es la seña. ¡Adiós, Balta! Acuérdate de mí cuando estés en el paraíso. Recuérdame para que yo no muera. Ahora lo sé, ese gesto de la mano también significa que espere. La botica era una última estación en La Flor de Batatilla. Del brazo llevaba a la señora Parsons, en cuyas manos estaba inscrita Balta desde que llegó a servirla en Juntas del Yurumanguí. Ahora, siendo que la dicha dama no sólo está desvaída por las fiebres del trópico, sino muda, se le endereza a Balta su destino. Míster Parsons, temeroso de que su señora se pierda en el silencio, liquidó posesiones: en el canalón aurífero de Yurumanguí vendió los esclavos que pudo aprehender y le abrió venta a sus muy mentadas casas, una en Cali y otra en Popayán. Quiso que fueran amigos los felices compradores, ojalá ingleses, de manera que visitó a los compatriotas primero, entre ellos al señor Sahal, que lamentó que esa oferta llegara justo cuando acababa de invertir en un negocio de exportación con Misael Cucalón. En cambio le ofreció agilizar los trámites relacionados con salvoconductos e

impuestos, y le extendió sendas cartas para sortear avatares durante la navegación fluvial, sus recientes viajes lo tienen al tanto de las modificaciones que operan con cada alguacil de río y circunstancia. Entre las pertenencias declaradas está mi hermana de nación que dijeron necesitar durante el viaje trasatlántico, pues sabe menos la señora Parsons de sí misma que lo que sabe Balta, que la atiende y la acarrea y se comunica con ella a pesar de la mudez. Llegados a Londres, sin embargo, Balta será libre, en un sanatorio ella no cabrá, el panorama tampoco lo permite, míster Parsons no será en Inglaterra amo de negros sino máster de criados, todos de la campiña inglesa, ya ha cruzado cartas con un grupo llamado Clapham, a favor de su nombre, William Parsons. Con recursos girados aseguró dos cosas: la membresía y, en un buque humanitario que la organización fletaría con hermanos de regreso a África, un cupo para Balta.

He dado vueltas alrededor del globo y aprovechando la ocasión le he pedido al amo que me indique dónde queda esa comarca adonde va míster Parsons. Él señala. London, es lo que hay escrito. ¿Y África?, pregunto. Él señala. ¿Y esta tierra donde ahora estoy? Él señala. Sé que me mira mientras yo hago cálculos sobre lejanías y posibilidades, quizá inventariada como pertenencia pueda viajar en un barco, y si no bajo el rótulo de menaje, sí al servicio de un capitán, una vez lo intuí, y encontrando un capitán de palabra sé que podré. Debo estar pensándolo a gritos porque el señor Sahal dice: África queda lejos, ¿sabés, negra? Y sin embargo van y vienen, amo. Para vos queda lejos, fuera de tu alcance. Tu lugar está aquí en esta casa y en la hacienda, y en tu catre conmigo. No, amo. Mi lugar me espera. Además, acuérdese de que yo soy mía. Y mío es mi hijo. Si el caso se llegara a dar, que no lo creo ya que es del todo imposible, de volver, encontrarías otro pueblo, en Gambia reina Inglaterra, ahora lleva de regreso negros para que sean sus vasallos. ¿Sabés, negra, qué hacen los vasallos? Acá reinan ustedes que son muchos, amo; allá nosotros somos muchos, Inglaterra reina en el fuerte James. No te hagás ilusiones, negra. La aldea será la misma. Si en el mismo punto no surgieron del barro las casas, otrora vueltas cenizas, las voces entre griots van a indicarme rutas hacia mi gente. Un día, todos hablarán inglés, negra. Nuestra memoria estará por encima de esa lengua que usted dice, ella no puede encadenar las imágenes, ni la tierra, ni

el maní, ni las cabras, ni las redondas casas de barro, ni la molienda de millo, ni las lunas, y tampoco podrá amarrar a Kdongo que conoció a Zape, que conoció a Matamba que conoció a Kinte que conoció a Acué que conoció a Casanga que conoció a Balanta que conoció a Kesuno.

En mi sueño crepitó el techo de paja, y Sinar me cargó, fardo exhausto, sobre sus hombros, mis ojos se alzaron queriendo mirar lo que a mi dicha no le cabía. Una pesadilla. La aldea se desgajaba en llamas, una gran masa de candela nutrida de estopas y leña y chamizas se propagaba del cobertizo a la bodega. Hombres y mujeres trataban de sofocar el fuego con baldados de la ceniza que decantaba en los barriles. En nueve semanas pasarían los nómadas senegaleses y tuaregs del desierto trayendo nueces de Nigeria, barras de sal, conchas de moluscos, vinos y abalorios en trueque por nuestro índigo y nuestro jabón. Y nuestra miel. Una ráfaga de viento avivaba las paredes erizadas en brasas con cúpulas de candela. Del interior de las chozas salía resoplando el incendio y esparcía pavesas encendidas hacia los arbustos. Las mujeres corrían, multiplicados los brazos para cargar a todos sus hijos. Y a los hombres les lanzaban redes. Un cerco de hermanos que amenazaban con teas y armas nos impidió adentrarnos en el bosque, del caos hicimos trinchera mientras amanecía, mitigamos el incendio de nuestros cuerpos con las telas recién teñidas que habíamos puesto a secar en las ramas. Respiramos humedad de añil. Y la humareda nos sembró lágrimas de ceniza. Una claridad gris reveló la resistencia de los morteros volcados, por el suelo esparcido el cuscús. Nosotros velando los escombros humeantes. No hubo alborada de pájaros, no. Sino chisporroteo de las semillas secas que terminaban de consumirse en la bodega. Semillas. Añil. Por las bocas de las tinajas todavía borbotaba el aceite de coco. Los niños no tenían hambre, ni la gente lágrimas.

Ahora me unía otra vez a Sinar en el mismo abrazo, abrazo jadeante, olorosos los dos a nuestras vellosidades chamuscadas. Otra vez y que así sea, otra vez. El incendio inducía el sueño y este derivaba hacia el recuerdo del abrazo inmortal. El relente nocturno se colaba por las rendijas impregnado de la quemazón. Entonces presentí los retortijones de la caña, el crepitar de las hojas. Se me apretujan en el pecho imágenes de Suma Sundiata a esa hora ¿en el establo?, ¿lustrando las botas?, ¿preparando el

café?, ¿vaciando la palangana? Correr, correr a buscarlo, él es mi seno y mi regazo. Abrí la ventanita mientras me amarraba la falda, entre una nube resplandecía el incendio, la ranchería empezaba a movilizarse, el viento amenazaba a Santa Ruda con saetas de fuego, y una algarabía tomaba fuerza en el gallinero y en el corral. Los animales de monte ya habían hecho sus leguas despavoridos, bajaban en estampida, en brasas los ojos para alumbrar la fuga. El incendio se agigantaba, lo sabe la ranchería, en vuelo ningún pájaro supera a la candela. Se movilizaron todos a bloquearle el avance con baldados de agua. Matías los animaba con el tambor y daba voces sobre la índole del incendio, un incendio borracho, fuego prendido y fiestero, decía, ya se sorbió la caña, ahora viene por nosotros, corran, vacíen el río, este pellejo no aguanta más candela, salven la comida, mojen los techos y las paredes, pónganle un cerco de fango al incendio ebrio, que se quede bailando en la sierra. Pobre ranchería la de allá.

A lo largo de infinitas lunas aprendí a leer esta carta de manumisión y ya me la sé de memoria, incluso he ido muy al fondo y allá donde las palabras eran compacto pedernal encuentro subterráneos con manantiales y fango. Fango revuelto con estrellas. La escuché, los ojos desorbitados que por conocer a medias las letras lo único que pudieron hacer fue mirar cómo la carta agitaba sus alas en manos de Gabriela. Nunca ninguna fábula le sonó más bonita, ni la del gato y el mur, como esa de nuestra manumisión. Mientras sir Sardick y el amo escupían el tabaco y trenzaban sus fumarolas en la bodega que tenía un mirador hacia el río, yo le hacía repetir a Gabriela la lectura. Y ella aprovechaba para que yo practicara mi aprendizaje, la «c» con la «a», «ca», más la «r», «car»; la «t» con la «a», «ta». ¡Carta! Esa palabra conjuró los defectos de las letras, la «c» ya no fue más una boca abierta y contenida, ni la «r» un gorjeo sin plumas; y entendí que la «a» despojaba a la «t» de un infame taco de mudez. La «a» se me reveló como el primer signo y la primera palabra, portadora de sentimientos y deseos, ella contenía primigenios secretos, y había dado solución a todos los sonidos. Estuve de acuerdo con un pensamiento que vino de los siglos: *Con la letra «a» ante los ojos la voz ya quiere cantar*. Cantar todas las fábulas. Y de memoria aprendí para siempre el fragmento más sabio que ella contiene: Haga Nay de Gambia todo cuanto una persona libre y

no sujeta a servidumbre pudiere hacer usando en todo de su libre y espontánea voluntad.

Aunque la carta decía darme lo que me había pertenecido a lo largo de mis dieciocho lluvias, siempre coronada, hija de Magmahú, capitán de los Kombu-Manez, ella representaba la palabra de alguien que daba fe de que yo era mía. Mi cuerpo y sus partes, y mi voluntad. Pero aún no podía leerla. Sabía deletrear mi nombre y el de mi hijo y el de Gabriela, y otras palabras. Las primeras, las de sílabas repetidas, ya me salían sin esfuerzo, Gabriela me las hacía escribir en una pizarra. Sin embargo, para mí eran ajenas a las que aprendía a hablar, estaba lejos la palabra dicha de la escrita: «Cacao con envuelto de choclo», decía Gabriela, para el caso, el ademán era breve. Y mi barriga estaba de acuerdo. Amé el cacao. Y por eso pude pronunciar la palabra que lo nombra. También dije «envuelto de choclo», con tal claridad que Gabriela me abrazó. En cambio «mamá», «papá», «coco», «dado», que eran las primeras palabras escritas, tenían sus limitaciones, iban despacio. Esas palabras me devolvían a mi infancia cuando con una ramita hacía figuras en la tierra. Me preguntaba si las letras que enseñaba el maestro a los niños varones de la aldea eran iguales, más afines con el juego que con los misterios, pero siendo que contenían las claves del Corán, debían ser palabras serias. De ahí que ellos se volvieran hombres. Hombres que tenían una lengua propia. Esa escritura que aprendían los niños quizá no empezara con «mamá», «papá», «coco» y «dado» porque en mi aldea las cosas de Alá se descifraban a través de esas letras, y las cosas del mundo con la palabra del griot.

Tuve la vaga idea de que estas eran equiparables a cualquier otro signo natural o creado de común acuerdo, y que tenían la capacidad de reflejar el mundo con su infierno, y también el cielo. Y esas que nos nombraban a Sundiata, a Gabriela y a mí, se aproximaban a mis afectos. De manera que aprendía algunas sílabas y combinaciones y otras las postergaba: «bri», «bra», «bre», «bro», «bru» fue mucho más fácil que cualquier otra combinación de tres letras. Pero ahora, cuando mi hijo y yo éramos materia expresa de un acuerdo que nos liberaba empecé a encontrar el espíritu de la escritura. Esa carta contenía las justas palabras y era depositaria de lo que yo debía saber tanto en ese momento como en el futuro. La escribió el señor Ibrahim Sahal y me la

entregó María, que entonces no respondía a ese nombre, sino a un balbuceo que Gabriela entendió pero yo no recuerdo. Había respondido el hombre a mis ruegos y a un par de circunstancias. Él era incapaz de proseguir su viaje sin la ayuda de una niñera que hablara, no el idioma de la niña, sino el de la comarca. De Jamaica a Nueva Granada, el señor Sahal había alquilado los servicios de una hermana de nación que traían para la venta. Aunque ella supo desempeñarse, le hablaba a la niña en un idioma de los nuestros. De manera que, cuando fondeó el barco, el amo abordó la chalupa de los pasajeros, y la nana el batel del contrabando. La niña llegó ausente. No sé por qué, a pesar de su cara sin picaduras y el traje de tafetán azul concordante con el sombrero de brocado y los chapines de tafilete, yo la vi coronada con una sombra de harapos. No eran los zancudos ni el calor, ni la torpeza del padre, ni un aire parecido a ese de lejanías que me devolvía mi imagen del espejo. Al rosado abolengo de ambos lo rondaba un graznido. Supe que algo podía suplir yo cuando Gabriela me tomó de la mano y me llevó al aposento para decirme que me iba de su lado, que se quedaría sola sin nada que hacer. Acababan de comprarnos a mi hijo y a mí. ¿Nuestro dueño?, un señor norteamericano, amigo de Sardick. Ellos juntos eran distintos de nosotras pues tal como hacían los hombres de mi aldea, hablaban en un idioma que nosotras no entendíamos. Lo que más me duele, dijo Gabriela, es que en ese país lejano vas a trabajar encadenada en una plantación y nunca saldrás de ahí porque los otros lugares, el río, los bosques, las rancherías, están cundidos de cazadores de esclavos con perros que los destrozan. Y, el hombre de la niña, ¿también es de donde tú dices? No, él es de este país. ¿Aquí también voy a trabajar encadenada en una plantación?, ¿hay cazadores con perros? Aquí hay una ventaja que se llama Ley de Vientres y consiste en que tu hijo será libre cuando cumpla dieciocho años.

Estaba abstraído en el mar, la niña de la mano, la brisa le secaba su cara empañada de mocos y de lágrimas. Me hice visible de rodillas: *Yo sé que en ese país adonde me llevan mi hijo será esclavo: si no quieres que lo ahogue esta noche, cómprame; yo me consagraré a servir y a querer a tu hija*. Mi condición de esclava duró un instante y quince lluvias. Trescientos castellanos de oro me crearon el espejismo de mi hijo libre. Los hombres discutieron el monto a lo largo de una partida de cartas, el norteamericano le

hablaba de las ventajas que representaba el niño, muleque, lo llamaba. El señor Sahal regateó poco y no sólo ganó la partida, sino que humilló al contrincante redactando esta carta de libertad:

«Turbo, Bocas del Atrato, provincia de Antioquia, a siete de julio de 1829, yo, Ibrahim Sahal otorgo esta carta de horro y libertad, en forma, a una pieza de esclavos llamada Nay de Gambia, y desde hoy en adelante me desapodero, desisto, quito, retiro, renuncio, cedo y me aparto del derecho de acción, posesión, usufructo, propiedad de dominio y señorío que a dicha esclava tenía adquirido. Su todo y su parte a su nombre lo cedo; renuncio y traspaso a favor de la liberta, dándole el poder irrevocable en su favor y causa propia como se requiere y es necesario para que trate y contrate, compre y venda, comparezca en juicio, otorgue escrituras y testamentos, memorias, codicilos y poderes y haga todo cuanto una persona libre y no sujeta a servidumbre pudiere hacer usando en todo de su libre y espontánea voluntad. Y me obligo, como otorgante, a que en todos los tiempos le será cierta, segura, firme y valedera esta escritura de libertad, la que de su parte ni de sus herederos reclamarán ni contradirán en manera alguna; y, caso que lo intenten, por el mismo hecho no serán oídos en juicio, ni fuera de él como lo es quien intenta acción o derecho que no le pertenezca. Por sentadas se dan, en presencia de los testigos sir William Sardick y su dignísima esposa, la señora Gabriela Pérez, cláusulas, vínculos y solemnidades que para la validación de dicha carta se requieren. A cuyo cumplimiento y firmeza me obligo. Y estando presente la citada Nay de Gambia, habiendo oído el tenor y forma de esta escritura de libertad en su favor, dijo que en nombre suyo y el de su hijo, por mí nombrado Juan Ángel de Gambia, la aceptaba y la aceptó. Firmaron el que restituyó y la que recibió».

Llegadas las mercancías que esperara en la casa de Sardick durante un par de semanas, nos embarcamos en aguas del Atrato. Gabriela era otro mundo que yo perdía. La seña del adiós nos mantuvo abrazadas hasta que ella y su pañuelo de alhucemas se desvanecieron en el muelle y yo me quedé en la popa agitando mi cariño. Pronto los caseríos fueron más apartados los unos de los otros, las canoas tomaban otra dirección para adentrarse por los esteros o recalar en las orillas, el champán ingresaba solo en una

selva alucinada que crecía ante nuestros ojos. La niña advirtió ramas que se descolgaban de las copas inclinadas sobre el río, y quería permanecer cargada sobre la borda viéndoles florecer sus venenos encarnados. Los esfuerzos del padre por atraerla hacia el camarote con maromeros y golosinas resultaban inútiles, no bien probaba el dulce y apenas con tres vueltas del muñeco alrededor del trapecio, tornaba a llorar. La tercera noche, después de una tarde en que miró las flores a través de un velo que se le colgó del sombrero para protegerla de las nubes de insectos desatados por unos resuellos estruendosos de la selva, sufrió un desmayo, después tuvo fiebre y perdió el ánimo por completo. El diagnóstico del médico de a bordo fue desalentador pues la niña en lugar de mejorar con la sangría se debilitó más. Entonces yo me esforcé para que no se muriera, la resucité con emplastos de matarratón, bebidas de las siete yerbas, y masajes de reanimación con ungüento de nutria. Yo misma preparaba sus alimentos. Durante las horas quietas me sentaba contra el castillo de proa, mi niño en su arnés colgado de mi pecho, cubierto con una gasa, regalo de Gabriela, para protegerlo de las dentelladas del clima. Y que las bocanadas de moscas que eructaban los cocodrilos no vinieran a desovar en su piel. Me perdía en el crecimiento descomunal de la selva, y el miasma verde se adhería a mi garganta. El señor Ibrahim, fermentadas sus delicadezas con el mismo agobio selvático, llegaba a sentarse a mi lado. Entonces las raíces surcaban el río y nos estrangulaban el uno contra el otro. Me manifesté útil y despabilada. Disipadas las fiebres, pero sin recuperar fuerzas, la niña permanecía acostada, fijos los ojos en un punto que yo llené con un muñeco descolgado del caballete del mosquitero, lo dejaba oscilando en su resorte. Le cantaba una canción:

Moom, dem na
Hmmm, hmmm, hmmm
Dem gaal gi ci janxa ji
Firi yaaga ci cat gi
Moom, dem na
Hmmm, hmmm, hmmm
Dem gaal gi ci janxa ji
Firi xeeñ ci cat gi
Dem gaal gi ci janxa ji

Gor firi pur gaal -i janxa
Hmmm, hmmm, hmmm
Gu dem, dem, dem.

(Que se va, se va, se va.
El barco se va con la niña, las flores se quedan en la orilla
Que se va, se va, se va.
El barco se va con la niña, las flores perfuman en la orilla
El barco se va con la niña.
Que corten las flores para el barco de la niña.
Que se va, se va, se va).

Luego acompañaba al padre, y en los puertos me desentendía de los sargazos de río y los tábanos de las riveras, para estar pendiente de los trueques que hacía el amo en las capitanías. Iba cambiando telas y abalorios por oro, y sucedía que horas después de zarpar llegaban al champán bogas con pequeñas lascas escondidas entre el cabello. Entonces para el despacho de la mercancía, el señor Sahal ya me sabía útil, yo medía y cortaba varas de género, enhebraba cuentas y envolvía espejos en hojas de celofán. Al llegar a Tutunendo invirtió en piezas de orfebrería y, sabedor de que yo manejaba la escayola, por la noche en el camarote me hacía trazar en una pizarra los signos que él me indicaba mientras medía a ojo la filigrana y pesaba las joyas. Después empacaba mercancía para la venta al detal.

María, por tercera vez mi salvadora, antes atolondrada por la orfandad, hoy diezmada por el amor, enfermó y el doctor Cabal recomendó su traslado a Cali. Por estos días pernocta en la ciudad un médico y naturalista que se repone de una travesía agotadora por Los Andes, probada es su ciencia en el manejo de quebrantos desconocidos. El doctor Cabal extenderá una carta refiriéndole los pormenores de la salud de la niña, y su diagnóstico de años, empozado en las sangrías, en los emplastos con remedio de la reina, que huele a tabaco, y toma de gotas importadas. La familia prepara el traslado de la enferma con el ajuar de la postración. Se han seleccionado hombres de fuerza e ingenio, que en los fangales improvisen rieles para las ruedas del carruaje y las desatasquen procurando en toda acción que María se estropee lo menos posible. Yo vuelo de Santa Ruda a la sierra en mi mula

retinta y ofrezco mis medicinas. Las abluciones y frotamientos todavía la sedan como en el champán. Entro a su aposento con mis redomas humeantes, expulso los humores febriles y en su cara dormida se posa un sueño de hierbas. A veces habla: Feliciana, ¿dónde está tu hijo? Con el amo que está cazando en los bosques de Morga. ¿No es peligroso por estos días? Ni por estos días ni nunca. Miento. Ella sabe poco sobre agitaciones y atentados a pesar de los miedos sufridos con ocasión de las revueltas. Tampoco alcanza a saber que es oficio del niño Efraín retar el peligro, los desmayos lo aburren, flores, encajes, grajos inofensivos le menoscaban los reflejos varoniles, de manera que se va detrás del tigre. Cántame en esa lengua pagana que tú sabes. ¿No dice cosas malas? Dice cosas de agua, ¿no la oye cómo corre? ¿Me voy a morir? Los ángeles no se mueren. Sonríe. Ella no sabe que los ángeles no son de este mundo y que a ella le despuntan unas alas muy diferentes de la esperanza.

Se rumoraba que Candelario Mezú reaparecería en las huestes del general Obando acantonadas en Cali. Seis meses atrás, en Juntas del Dagua, los bogas encargados de transportar las municiones que Mezú recibiera en Buenaventura de un barco en tránsito hacia Perú lo depositaron debilitado por las fiebres en una chalupa que se internó por Loro Azul. Pasadas las semanas surgieron dos rumores: que había sucumbido al paludismo en un resguardo y que los emberas lo habían sepultado con todos los honores y rituales de la tradición indígena; y que estaba preparando una flotilla de barcos artillados para bloquear el ingreso de suministros al país. Obando, elegido por Los Supremos, comandante general, preparaba el derrocamiento del presidente Márquez. Por su acto heroico en aguas del Pacífico, Candelario Mezú sería el segundo almirante negro en veinte años, igual de glorioso, pero más afortunado que el almirante José Prudencio Padilla pues, a diferencia de este, nuestro actual héroe no había sido grumete ni había vaciado letrinas en los barcos. Y un ajusticiamiento bajo la figura de la sedición era improbable, Los Supremos vencerían. Lloré su muerte y su gloria pues ambas condiciones me lo arrebataban. Pero celebré las tardías medallas que en su condición de almirante debían haberle impuesto, al igual que una casaca militar a su medida y con charreteras de galones no deshilachados. Nada distinto de buscar a Sinar entre los guerreros yo le había pedido. Y estaba segura de que, de

haberlo encontrado, con todo y nuestra sublime intimidad, Candelario Mezú me lo traería. Aún en condición de lejanía en las alturas, si llegara a encontrarlo, él se iba a encargar de devolvérmelo.

Los tiempos son propicios, pólvora en los espíritus, hierve Cali, trombas de jinetes y de infantería arrinconan las bestias de carga en los caminos, portadores de mensajes o pertrechos llegan del Dagua o bajan de Los Farallones y con ellos, paisanos vestidos de ruana. Arriman a las fondas. Algunos se incorporan a las filas. Otros esperan una ocasión o la tejen con los rumores, entonces las gentes se quedan atrincheradas en sus casas. No quieren aprenderse sus caras. A veces nos encontramos con ahorcados. Obando llega a inflamar la tropa, a su hamaca colgada entre un palo de guayaba y un almendro, en la casa de la calle del Monje donde lo hospedaron, le llegó el olor de la sangre reposada, y él trae la suya borbotando, quiere una cabeza, al general lo preceden historias de parajes umbríos y hombres embozados, ojos de esos que ven lo invisible dicen de una figura tutelar, sombra de su sombra, de la que no se sabe si llega a perforar el cerco de sus medallas o el cerco de las medallas de otro. La tropa da voces triunfalistas apoyadas en los refuerzos que llegan de Tolima. Candelario Mezú detecta voces ambiguas en el contraflujo de rumores, Mosquera se ha infiltrado en las huestes, se lo ha dicho un pálpito, él le promete traerle a rastras un par de pruebas, de seguro, mulatos. Le propone a Obando un plan paralelo al ya trazado que simule la dispersión de las tropas, le presenta un mapa de rutas y posiciones y la forma de convocar al campo de batalla. Pide autorización para movilizar su escuadrón de postas que intercepten los mensajes, Mosquera sabe servirse de una prole mulata que conoce los códigos palenqueros, en los miles de acres que constituyen sus posesiones territoriales y en los feudos de su parentela, hijos manumisos por la fuerza del útero de sus madres nutren la leyenda del amo padre, se unen a sus huestes y le revelan las fortalezas cimarronas. Obando dispone su plan de ataque, él no advierte amenaza alguna, le inventa al enemigo una debilidad: ser una espada oficialista dando bandazos en el cerco de Los Supremos tendido desde Timbío hasta Antioquia y Mariquita, y no mira en otra dirección porque quiere a Mosquera vencido, pues con la espada de su lengua le decapitó la honra cientos de veces por espacio de una década. Lo cargó con un

muerto, el Mariscal Antonio José de Sucre. A sabiendas de que el atentado tenía carácter de jugada colectiva le puso nombre: el suyo. De manera que el Mariscal le tiene putrefactas las espaldas y él se las va a lavar con la sangre del infame. En una de varias confidencias que les hizo a sus capitanes de cuadrilla, afirmó que las luchas patriotas tienen sus mártires, unos caídos y otros en pie de lucha. El mariscal pertenece a los primeros, lo cual es normal. Y eso lo saben todos Los Supremos. Reúne a sus hombres, imparte instrucciones: Los contingentes de Mezú y de Quijano avanzan; Restrepo y Cabrera cubren flancos, los francotiradores son asunto de Muñiz, definida queda la guardia para el toldo de municiones y pertrechos y que se retire personal de refuerzo del campamento y se incorpore a las filas, esto se despacha en el primer choque. Mis emisarios me avisan que contamos con tres jornadas de ventaja, la marcha desde los cuarteles del enemigo no demandan menos. Con todo respeto, general, una tropa limpia nos garantiza un avance seguro, deme un hombre que me releve en un par de funciones mientras yo termino de investigar mi contingente. A ver, negro, me vas a dejar la tropa al garete, si tenés miedo no es sino que digás. Para cuando Candelario Mezú penetra la red de espionaje, ya el enemigo había mojado la pólvora y envenenado las lonjas nitradas, donación del comercio que simpatizaba con la causa, también había impregnado la panela de una sustancia que aunque enrareció el sabor no alarmó a nadie, la dulzura se aviene con todos los amargores, pero que intoxicó a algunos hombres. Mosquera atacaba desde adentro. Cuando se presentaron los primeros caídos por efectos de la intoxicación, tres contingentes incursionaban por los flancos débiles y planteaban, en La Chanca, una batalla contra hombres diezmados. Los espías de Mosquera, su parda estirpe, favorecida con terrazgos y canalones por las que le pagaban al padre, en onzas de oro, un alquiler, fortalecieron un corredor por donde circularon no sólo información, sino también gente, entre proveedores y soldados que se infiltraron en las tropas de Obando.

Ambos ejércitos arrasan con la siesta y su sol, y los comercios y los cultivos y las gallinas. Los enfermos deben posponer su gravedad, y capas de ceniza absorben los humores de los muertos dentro de las casas. La pólvora ensangrentada se enquista en la garganta y los fusiles perforan los espíritus. Yo, reconocida soldadera en busca de dos guerreros, salgo con mi pala por el

campo haciendo la caridad, me encuentro con otras como yo, acarreamos los cuerpos en angarillas, uno encima de otro hasta las fosas colectivas. Hincamos una cruz, luego, en el río, les ofrendamos nuestros humores a los muertos estupefactos que empiezan a ser comidos por los peces. Después del baño lunar, nos hacemos el sahumerio de las siete hierbas, oliendo a muerto no se entra en las casas principales, entonces yo ingreso nueve noches en soledad a la orilla del río Meléndez, por la salud de María. Llego bien entrado el toque de queda.

Nadie da razón de los capitanes de Obando, los palenques se organizan para reforzar cuadrillas de asalto a la caravana oficial que marcha hacia Bogotá, en misión de gobierno, a darle informes al presidente Márquez sobre Los Supremos vencidos. Perdida la batalla de La Chanca, se supo que el general Obando huía hacia el sur. Pero nadie dice si Candelario Mezú iba con él o si se encuentra articulando la dinámica de los palenques. Salgo a la plaza en busca de un mensaje que haya dejado para mí, espero a un hermano que no llega, he de disponer en días venideros un viaje a la ranchería del Palmar, sé que no está muerto, pero quizá se encuentre desorientado, otra explicación no tiene su silencio, estoy segura de su cariño. De pronto me desvío hacia pensamientos lúgubres, me pregunto si cambiaron sus sentimientos por voluntad propia o de otra persona con asuntos más nobles que el de buscar un guerrero africano, contribuir con la causa y enterrar a los muertos de la guerra. Y quererlo. Debe saber Candelario Mezú que también infrinjo el toque de queda buscándolo a él. Estoy segura de que nuestras diferencias en materia de libertad no van más allá del momento en que hablamos y tampoco perforan nuestra amistad. Candelario Mezú da la vida por la libertad de papel. Para mí la libertad es volver a África. La libertad de la causa abolicionista me importa poco porque ella no será distinta de la que llevo en mi faltriquera. Mi hijo no sería libre por la Ley de Vientres, sino porque mi condición de esclava duró un momento. En la nao fui cautiva y también lo fui en la casa de Gabriela mientras estuve en venta. El estadounidense al cual me vendió Sardick estuvo en condición de propietario mientras yo logré que me comprara el señor Ibrahim y este, apenas hubo entregado los trecientos castellanos de oro que le exigiera el comerciante, redactó esta carta de libertad. Sin embargo, mi hijo actúa como esclavo y eso moldea su

pensamiento. Miente y tiembla. Las botas le ocupan sus horas de aprender y se siente orgulloso cuando el amo menor las calza. Anda con la bayeta de limpiar y una cantimplora con agua que prefiere no beber previniendo una embarrada de las botas que lo patean. El amo menor no le presta atención al suelo que pisa. O quizá sí. Esa dedicación le merece unas risas que él no sabe cómo recibir, entonces también se ríe y los otros entienden que renuncia a su dignidad. Y se ríen más. ¿Cómo logro liberar a mi Sundiata? Con palabras hay un límite, a menudo estas pueden resultar demoledoras, incitar a los golpes contra el mundo que no siente y todo lo puede. Las manos que sostienen la bayeta y la cantimplora están vacías. Ahora empieza a entusiasmarse por los cerdos, y quizá sueñe con una piara y una choza en el palenque, lo cual no es digno de mi hijo, nada hace un príncipe encerrado entre la selva y el tramo de río donde va a pescar mientras afuera crece un mundo distinto con muchos caminos. Yo se lo dije a Candelario Mezú: que le hago podas en el espíritu a mi hijo, le debilito esas raíces que lo quieren atar a esta tierra ajena y a unos hermanos dolientes sembrados de líquenes y de algas y de ecos. Tenerlo al servicio de la hacienda lo mantiene en el mundo real, el que nos niega todo. Incluso esta separación que le duele cada vez que viene a verme a Santa Ruda, lo gana para nuestra causa que es la libertad, pero no esa libertad de ley, ley de hombres. Doce lluvias me han bastado para saber que no está hecha a la medida de mis aspiraciones, sino que guarda proporción con sus intereses, esa que yo cargo en mi faltriquera me sirve como salvoconducto ante gentes que podrían romperla, mi carta de manumisión es un puñado de tinta tan emborronada como ese espejismo llamado Ley de Vientres que ahorca antes que proteger a mi Sundiata. También a ella le cabe mi disentimiento, a ver, le he dicho al que sea, a Candelario Mezú, al señor Ibrahim, a algún oyente de la ranchería: Que mi hijo será libre a los dieciocho años, cuando le haya pagado al amo con trabajo los costes de su crianza, dice la letra impostora. Mentira, él será libre cuando no sepa cómo serlo. La ley, por otra parte, no hace la libertad sino a la inversa. Y ese producto llamado ley, que tan pronto encuentra fisonomía como desaparece, tiene tantos precursores. Esos mismos que ahora operan: pólvora y poder. Y aquí coincido con Candelario Mezú, nunca he pensado lo contrario. También por eso entierro los muertos de la guerra. Pero mi reino no es de este

mundo, mundo raro, mundo de cadenas, inframundo, inmundo. Mi única libertad es el retorno. Si la esclavitud se fue construyendo de África a Nueva Granada, la libertad se recuperará yendo de regreso. Pero no sé cómo volverla física, apenas por Balta supe que puede ser. Siempre estuve de vuelta con suspiros y recuerdos. Durante las primeras lluvias, cuando el amo menor tenía oídos le pedí que tan pronto se hiciera hombre nos llevara de regreso a mi hijo y a mí. Después se esfumó la esperanza. A veces me pregunto si tratando de inculcarle ese mundo a mi hijo estoy formando un hombre triste.

SUNDIATA DE GAMBIA

Me gusta el monte. Llevo un machete para cortar lianas, desarmar trampas, descabezar culebras, dice mi madre que sobreaguan el fango, y yo voy hundido hasta las rodillas, pero la única que vi estaba quieta, enroscada en su rama. Y no soy capaz de descabezar culebras dormidas. Por iniciativa propia, voy dejando marcas con el machete, este camino abierto lo abro más, también por arriba a todo lo que me da el salto. ¿Hijo, estás jugando? Sí, madre. Tenues corrientes de la brisa del río culebrean por entre los claros del monte y me soplan la salida. Voy a la par con mi madre. Ella también lleva un machete y un fardo atado a la espalda como dice ella que me cargaba. Sé que lleva velas, yo mismo amasé el sebo. Y mi madre preparó envueltos. Yo raspé la panela. Y cortamos unas lonjas nitradas. Y me mandó a soasar las hojas para hacer sus envoltorios. Dos veces entramos al bosque y volvimos a salir, mi madre buscaba unas señales. Árboles y troncos y un espantapájaros extraño. Midió pasos, buscó una acequia. Nos internamos por entre las palmeras. Ha llamado a gritos, pero nadie le responde. Yo encontré una cruz de palma amarrada a un tronco y mi madre sonrió por primera vez, ya casi llegaríamos. Pero no llegamos. No le pregunto a ella sino a mí mismo sobre las señales que ella busca, creo que está perdida, pero no le digo nada porque yo sé dónde está el río. Yo lo llevo amarrado a mi oído. Tampoco le pregunto si tiene miedo. Hay preguntas que no le hago a mi madre. Yo adivino las respuestas, a veces atino, otras no. Estoy seguro de que mi madre se va a encontrar con Candelario Mezú. Qué bueno porque yo creí que estaba muerto. Tuve miedo de encontrarlo colgado de un árbol, y me prometí bajarlo de allá y enterrarlo yo mismo. Mi madre me ha enseñado a enterrar los muertos, pero ella no lo sabe. También me prometí no contárselo a ella. El monte se está cerrando por arriba: las palmeras se

juntan y les crecen lianas para abrazarse y calentarse entre ellas. Hay estampidas y gruñidos, la selva suena más por la noche. ¿O es el miedo? Ella me mira. Yo le pregunto: ¿Volvemos, madre? Va siendo mejor, hijo, con el chal nos tapamos, de haberlo pensado mejor, le habría echado mano a la ruana. ¿Está oyendo, madre? ¿Qué? Ladra un perro. ¿No es un cerdo? No, madre. No oigo nada. Está más cerca. Le mandé a avisar a Matías que vendríamos, quién sabe qué pasaría, si no llegó el mensajero que llevaba la mercancía, unas herramientas y no sé qué más. Comida. Sí, hijo. A pesar de que está oscuro doy con el camino, los boquetes abiertos tienen una claridad, no sé si se cuela por arriba o si está en mi cabeza, en todo caso no es de la ranchería porque la luz de la ranchería es fulgor de las hogueras y esta es un celaje blanquecino. Aguzo el oído, el río está profundo, apagado entre tanto rumor que se despierta por la noche. Vuelve a ladrar el perro, entonces, grito: ¡Mbungúuuuu! ¡Mbungúuuuu!, responden.

La hoguera lame mi piel con cariño de perro. Mi madre y yo bebimos agua, mucha agua, y nos hicimos curaciones, también con agua, tenemos rasguños y quemazones que apenas sentíamos mientras buscábamos el palenque. Nos trajeron una tinaja con infusión de muchas yerbas. Las mujeres nos sacaron espinas. Casi completamos las veinticuatro horas de camino. La ranchería no nos esperaba, temen por el mensajero, claman que esté esperando en la casa de algún amigo, por estos días muchos hombres caen presos y dicen que todos los negros parecen soldados de Obando. Los llevan a trabajar en la construcción de caminos. Otros aparecen colgados. Otros, no se sabe. Pero Aquileo no pertenece a ningún ejército, él se mueve por la selva y lleva y trae lo que le pidan: mercancías y razones.

Nosotros salimos de Cali, de regreso a Santa Ruda y esto era verdad y era mentira. Estaremos un par de días, dice mi madre, en El Palmar, después vamos a Santa Ruda. Mi madre va buscando noticias de Candelario Mezú. Creo que ya no busca a Sinar, mi padre. Hablan. Yo me quedo al pie de la batea que está llena de carne y mazorcas y plátano, aprovecho que soy invisible, sólo me mira una muchacha y sonríe cuando agarro una manotada de comida. Los ojos de los hombres persiguen a mi madre, caminan detrás de ella, suben, bajan. Pero ella no siente esos ojos que se le clavan en el cuerpo. Ella habló con las

mujeres. Luego les puso atención a la charla de los hombres, ellos comentan sobre la batalla perdida y mi madre pregunta por Candelario Mezú. Ella no cree lo que le dicen. Cuando mi madre dijo lo que dijo, la ranchería toda se calló. Hasta la hoguera encogió su lengua cariñosa. Los hombres hablaron al mismo tiempo, ellos gritan aunque estén de acuerdo, ellos piensan igual sobre los criollos, pero no sobre la libertad, unos dicen que hay que conseguirla, otros dicen que ya la tienen. Yo veo que están de acuerdo en el amor por la libertad. Mi madre piensa distinto de todos y yo empiezo a entenderla. Para mí la libertad es cuando estoy con mi madre o cuando vengo al Palmar, o cuando voy al monte con Matías, entonces yo la siento dentro de mí. La libertad es no tener miedo. Lo que no entiendo es por qué tienen que escribirla en los papeles si esa que guarda mi madre, ella dice que no sirve. Para qué la guarda si no sirve. Ya voy entendiendo que una cosa puede ser al mismo tiempo otra, como la muchacha de los ojos grandes que me ve sacar manotadas de comida, ella tiene risa para reír y hablar. Yo no sabía que la risa hablara. Me pregunto si es cosa sólo de la muchacha. Lo que ella me dice con su risa yo lo siento aquí abajo. Y en el pecho.

NAY DE GAMBIA

Las mujeres que siguen en la reunión se entretienen aliñando la carne para los embutidos, las otras se fueron al río, otras fuman recostadas en las barandas de los palafitos, todas me hablaron de Sinar, de su ausencia: Si no ha venido no es porque el mundo sea grande, Nay, sino porque es malvado, no por el peso de las cadenas habría de quedarse en la plantación o en la mina, que si por fugarse le cortaron los dedos, el talón o el pie completo, es seguro que le nacen otros para correr a buscarte; si se quedó Domingo, Cristóbal, Pablo o Juan mejor que no lo encuentres porque no podrás quererlo con lástima; si no te buscó por las artes de la guerra, del babalao, del tabaco o el familiar, si ese guerrero que fue ya no es, algo cambió en él, o algo debieron matarle, el alma. Sabemos de hermanos que se quedan sin el alma, encadenados para siempre, que ese no sea el destino de tu guerrero, mejor la muerte; Nay, nosotras ya hemos mirado la expresión de todos los ahorcados, la catadura de los caídos, hemos indagado en las cenizas del tabaco y en los tizones del rescoldo, pendientes estuvimos de los tambores y los desembarques, y el tránsito de minero a agricultor, a alarife, a artesano; de esclavo a cimarrón; buscamos en las alcobas felices de negras y de blancas, en las cicatrices de los bogas, en las historias de los lenguaraces, en las mil barrigas del océano, en las agallas del Dagua, el Cauca, el Magdalena y el Atrato, y no hallamos a Sinar; buscamos en tu corazón, Nay, en los sedimentos de tus suspiros y en los ecos de tus pasos. ¿Dónde está Sinar?

Hablan los hombres, compiten por el que más sabe sobre los héroes, los propios y los adoptados. Las hazañas de Candelario Mezú en La Chanca, aunque cortas por caprichos del general, resultan memorables por cuanto fue él quien cubrió la retirada de Obando y dispuso los movimientos necesarios para protegerlo, detectó el flanco débil del enemigo y coordinó un último ataque

que culminó sin bajas y despejó las condiciones para la dispersión de un pelotón que arrasó con lo que de rescatable había en los despojos del enemigo. Entre simpatizantes y detractores se le conoce como hombre de muchas orejas y múltiples ojos que provee, por las vías del asalto, las vituallas que la tropa necesita. Y por su acción, ni una brizna del botín se desvía.

Propagada en gestos queda la impresión de las mujeres, pero los hombres no la ven, o se hacen los de la vista gorda. Con que sepamos nosotras basta: lo que sugiere su verbo reposado, la invitación del músculo en toda la extensión de su cuerpo, firme, caliente; un gesto de su boca, un ángulo de su mirada. Candelario Mezú.

En el palenque hay quienes tienen la preocupación de lo que se haya perdido con el exilio de Obando. Si bien a las tropas las cohesiona Candelario Mezú, es un general blanco y con honores el que guía en asuntos de legalidad y relación entre sectores de la sociedad y entre esta y otras naciones. Aunque se dice que no es instruido, en letras él lleva ventaja sobre nuestros hombres, él sabe cómo meterse entre las líneas de la justicia que está escrita y mueve el mundo. La otra, ley y justicia vital, poco puede hacer a nuestro favor en materia de reconocimiento y derechos, apenas nos afina los instintos que nos permiten vivir y adaptarnos a leyes imperfectas, incapaces de servir por igual a personas con intereses diferentes. Con la mayor firmeza del pulso, el movimiento hará enmiendas y otras purgas, y en alianza Jesús, Alá y Odumare les permitirán gozar de todas las vidas que se necesitan hasta el advenimiento de leyes que no sólo trasciendan fronteras y logren la anuencia de otros gobiernos, sino que permitan vivir bien aquí. Yo, en cambio, conforme con un periodo de vida corriente, de a lo sumo cien años, lo que quiero lo quiero ya, y como yo lo pienso; formo parte de aquellos que se adelantan a la ley, aquellos que le permiten tomar forma. Los precursores de lo que debe ser. La manifestación y alcance de las expresiones de la ley se discuten, cada uno aporta su esfuerzo y define expresiones y cortedades de las disposiciones, la de movilizarse, la de comprar y vender, la de cultivar, la ley que nos mutila, la Ley de Vientres, la de cambio de dueño, la de la propiedad. Se preguntan si este recodo en el bosque de palmeras será materia de agrimensor y escribano a favor de los que aquí viven. Tratan de entender que todas las disposiciones sean

subordinadas y que, no obstante, suplanten a la ley primera: la ley de ser libres. La mayoría se sintoniza con las batallas, los asaltos, la huida, otro camino no lleva a tanta gente a ese estado ideal por lo justo. Lo que sí se discute es la mediación de un blanco. Para unos las vindicaciones tendrían derroteros dictados por su casta, lo que modificaría en muy poco lo que ya hay, para otros lo importante es que después de proclamada y reposando al lado de las leyes que gobiernan el país, se vaya trazando la fisonomía de la borrosa libertad. Pero, tanto los que a regañadientes aceptan la mediación de Obando, como aquellos que creen en él, le tienen una desconfiada fe. No se nos olvida que a su fuerza la carcomen un hombre con poder y un fantasma. Perseguido por Mosquera y por el Mariscal de Ayacucho, no sobrevivirá al asedio de dos mundos, el de los muertos es el más implacable; nuestra gente hizo lo que pudo, lo salvó de la horca, en cierto modo, le pagó sus nobles empeños, lo hemos rescatado, no sabemos si para nuestra causa o la suya, me pregunto si lo que nos deja va a prosperar junto con su nombre en nuestra memoria. Correspondimos, en todo caso, hablado ya estaba el boga que lo recibió en las orillas del Cauca, todavía transpirando su retirada sin bandera, y lo embarcó en la chalupa oculto entre un cargamento de carne y sal, con dirección al sur; de los nuestros fue el baquiano que lo llevó por la cordillera y luego por la selva del Caquetá hasta el río; allí lo dejó en manos del secreto contingente que lo impulsó en su salto hacia Lima, adonde le dará alcance el verbo de Mosquera en demanda de su extradición. Se rumora que su destino final será Chile. ¿Está con él Candelario Mezú? Dios no lo quiera que nuestro héroe vaya a parar a un país del sur. ¿Entonces, dónde está Candelario Mezú? No se sabe. ¿No se sabe?, ¿no saben ustedes?, he venido porque yo estoy convencida de que ustedes sí saben, por qué negarlo cuando él es de todos los que estamos aquí congregados, él se debe a nuestra lealtad, si él ha sido nuestro héroe nosotros hemos sido su alimento, digo. Nay, dice Matías, todos sabemos que, de encontrar a Candelario Mezú, lo van a colgar de todos los árboles, de la plaza y de las esquinas, en el atrio de San Francisco, y en San Juan de Dios lo van a colgar. Y en la explanada de Santa Rosa y en la colina de San Antonio también lo verán colgado. Como Benkos Biohó. ¿Y quién es Benkos Biohó? El que siempre será. Héroe y colgado en cada uno de nosotros. Para el pueblo, la

Chanca se ganó sin triunfo porque se quedaron sin la cabeza de nuestro héroe y Obando se les voló. De manera que es mejor no saber de Candelario Mezú, ni si está vivo o si está muerto. Lo mejor que nos puede pasar a nosotros es creer que está vivo, pero no saber dónde está, ¿entiende, hermana Nay?

Santa Ruda yacía mientras él cabeceaba en el barandal, a un lado, el libro caído, uno de tantos que lee y yo hojeo cuando él se va. Me produce curiosidad su fisonomía y una cierta placidez en medio de la ruina, pienso que le viene de los libros, ellos le controlan sus demonios. Dormido parece que continuara leyendo. Al despertar recuperará la soberbia porque no estaba yo para recibirlo con las cuentas del diezmado hato. Llegamos a prender el fogón, a barrer el piso y el espacio, adosados a las paredes y chilingueando de las vigas hay caparazones de insectos y gusanos sorbidos por las arañas. Con el tercer hervor del chocolate se despierta, ya están fritas las masas de choclo, la comida lo apacigua. De negrura, cachumbos, talle y sonrisa está hecho el aire, estaba muerto y acaba de vivir, él me respira con los brazos abiertos. Me da un abrazo de manos tendidas. Eso que le impide desbordarse en alegría me da ventajas. La comida está lista y él debe prepararse para sentarse a la mesa. Preparo el aguamanil, dispongo cuanto necesita para lavarse. La higiene y los movimientos domésticos que están a su servicio llegan a mediar, entonces se reposa el sentimiento. Haciendo mis tareas con puntual desempeño recupero mi centro, muevo las ruedas de la casa. Si la levanto de sus cenizas merezco un enojo manso. Cuando comemos juntos, él come en la cocina, jamás me siento a su mesa, él se sienta a la mía que está en la cocina. Se dirige a mi hijo: Has faltado a tus deberes. Efraín se ha quedado sin su mozo de cámara, nadie como vos le lustra las botas, su paladar está habituado a tu café y su yegua a tus cuidados. En la salida que pudo hacer a Morga, pasada esta refriega de negros al mando del renegado Obando, ha podido procurarse un poco de distracción y ha sido Isidro el que se encargó de asistirlo. No ha sido su culpa, digo yo, como madre libre que soy le he pedido a mi hijo, también libre, que me acompañe a la correría que usted ya conoce. Al respecto hablaremos no bien tu hijo me haya pedido perdón. Perdón, amo, dice mi Sundiata. Podés retirarte, dice el señor Ibrahim. Salta mi hijo, huye de las advertencias por la ventana. La ranchería lo espera para que les hable de La Chanca y

del Palmar.

No puede evitar respirarme. Soy su aire. O lo son mis senos. O lo es mi boca. O lo es la vida cuando yo lo miro. Sabes que Santa Rosa te necesita, ¿no, negra? Yo la sigo ordeñando. Estuve viendo las cuentas, ¿dónde está el dinero de las últimas reses vendidas? Lo tengo en parte segura, de ahí ha de pagársele a don Misael Cucalón el préstamo que le hizo a usted en enero. Usted, sin embargo, es quien decide. Quedaría un remanente para sufragar gastos de aquí y de la casa grande. Aunque estoy poniendo en duda tu cordura, podés disponer como lo has pensado… ¿No me preguntás por qué estoy dudando de tu buen juicio? ¿Por qué está dudando de mi buen juicio si todavía ordeño a Santa Ruda y el huerto produce? Enlodás el buen nombre de mi casa, resulta que ahora sos la concubina de un forajido. Ni siquiera lo soy de usted viviendo en una casa suya y a pesar de todo lo vivido, ¿sabe por qué? Porque no me abarca. Estas trece lluvias han sido un momento. Y, hasta el día de hoy, momento ha sido mi amistad con Candelario Mezú. Te prefiero persiguiendo un fantasma que envilecida. Cualquiera que sea mi condición, señor, usted nada pierde. Altanera has sido siempre, pero ahora estás dañando mi nombre. ¿Su nombre? Ya no sos lo que aparentabas ante los de afuera, una mujer que buscaba a su esposo y padre de su hijo, eso constituía tu dignidad, y tu cruz era llevarla hasta el final de tu vida o de tu aparente cordura. He fallado en pedirte cosas que sólo puede dar una mujer de alcurnia, nada con esa clase llega de Guinea. Pudiste, sin embargo, mostrar agradecimiento, si lo puede un perro por qué no vos que en algo te asemejás a esa mujer de virtudes. Desplegué toda la envergadura de mi bondad pagando por tu libertad y permitiéndote buscar a un hombre, y enterrar muertos. Y jamás me opuse a que escribieras. Esas eran tus libertades, ¿acaso no lo viste?, ¿tenía que explicártelo?, ¿tan estrecha es tu capacidad de comprender? Fuiste más allá de lo permitido a una mujer que habita una casa con nombre. Casi reinabas en Santa Rosa, ¿acaso no entendiste que administrarla era y sigue siendo una posición importante? ¿Por qué tenías que correr detrás de un sedicioso? ¿Vas a imitar a la quiteña desvergonzada? Todavía no he corrido detrás de nadie y no conozco a la quiteña. Negra, tené en cuenta esto: Si vos te vas de mi casa, te mato para siempre. Oílo bien: ¡te mato para eterna memoria!

Santa Ruda se alimentaba de la lechería, los hatos sostenían el pulso de la casa, en los corredores se represaban los garrafones a la espera de las mulas lecheras, y en la cocina las mujeres se atareaban en revolver, colar y exprimir la cuajada. Se fumaban los tedios de la salmuera. Luego despachaban los quesos por encargo. El suero lo repartían entre las gallinas y los perros y las recetas precarias de sus propias cocinas. Las gasas permanentes en los tendederos eran la imagen festiva de la lechería y vaya a saber uno por qué la boñiga perlaba la imaginación con mantequillas, cortados y otras ricuras. Con voraces sorbos de leche. Con la primera hambre saciada. Una láctea prosperidad circulaba por aposentos y corredores. Salía y retornaba en los pesos que pagaban el comercio y las casas principales del poblado. Y en las monedas que pagaban terrazgueros y caminantes. Una gran ubre coronaba a Santa Ruda. Y el huerto estaba al servicio de la leche: poleo, manzanilla, mejorana y ruda. Aromaban en ramilletes prendidos a los postes. Conjuraban el asedio de las moscas. Remediaban agruras en el aire causadas por las miserias de la leche. En la cocina doméstica ella emprendía su curso de seducción del paladar, maridajes de la leche y la panela; leche y huevos; leche y arroz; leche y coco; leche y aguardiente. Leche y el huerto. Las mujeres de la casa grande preservaban su blancura, y las mujeres de la ranchería nuestra negrura porque al escondido también nos hacíamos abluciones de leche tibia. Por el lado de ellas, que no lo supiera Dios; y por el nuestro, que no lo supieran ellas. Leche y sus espumas, sus grumos, sus aguas, leche untuosa. Leche y sus milagros. Con temperatura de madre cura los insomnios. Con poleo, siempre tibia, sana el pecho. Todavía quedan vacas en Santa Ruda: la Perla y la Tacha.

SUNDIATA DE GAMBIA

En la cocina, entre los atados de leña y el taburete donde se sienta a desgranar mazorcas, encuentro, atados con una cinta, el cuaderno de mi madre y mis palotes, y hacen más bulto mis letras que las suyas, pero es que las mías están en hojas sueltas, las suyas están cosidas. Guarda mis letras que son recuerdo y las suyas que son su alma. Las tiene prensadas en la misma cubierta de cuero con broche y aun así las ata con una cinta. Abro su cuaderno, leo unas líneas y siento vergüenza, ¡espío a mi madre! No quiero repetir lo que leo, no quiero saberlo, quisiera mirar sin leer, esa caligrafía linda como ella. Mi madre no traza letras, sino que las teje, parecen unas joyas de tinta, yo quiero tener muchas tiras de sus palabras escritas para forrar las paredes de mi aposento cuando lo tenga. Y que sean de colores. Qué tal letras verdes, rojas y amarillas, algunas con una alegría tonta que salga de su corazón, otras con sus historias, la de tío león y tío conejo; la del gato y el mur; su nombre y el mío; el nombre que ella ama y yo entiendo: Sundiata. El otro que me dicen o me gritan: Juan Ángel. El suyo: Nay de Gambia. Y su estirpe: Magmahú, padre, guerrero Ashanti y exiliado. El rey Say Tuto Kuamina le retiró su confianza cuando, por traición de capitanes subalternos, se debilitaron las tropas y este tuvo que celebrar un tratado con los ingleses. ¿A quién pueden amenazar historias como esa? En su cuaderno y en mis letras, esas mismas historias dirían otra cosa. Pero en la pared, pintadas las letras, tejidas por mi madre, puede trocarse la lectura en contemplación de unas joyas de tinta. Pero las palabras unidas, prensadas en cubierta y atadas con la cinta verde son secreto. Tampoco a mí me gustaría que leyeran lo que escribo. Aun cuando son cosas conocidas, también soy yo. Además, si supieran que escribo me castigarían o se burlarían de mí; si leyeran mis letras sabrían que soy otro, que cuando voy a cazar guatines con Matías soy grande, y a un negro grande le va

peor. Apenas a mi madre le he contado que muchas cosas las guardo en mi cabeza y luego, al mediodía, detrás del establo las escribo, lo sabe porque le digo cosas que a ella le gusta oír: que practico lo que me enseñó mientras cocinaba, mientras lavaba en la acequia, mientras ordeñaba, mientras regaba el huerto. Antes, cuando me tenía a su lado.

Hoy escribo aquí mismo que estuve en Santa Ruda tres días con mi madre. El Moro se reventó durante la travesía entre cabriolas, idas y vueltas y desplazamientos inútiles que hizo el amo. Además, estuvo de bruces enterrado en el lodazal. Entonces le curé las mataduras, fui por el herrero, lo tuve pastando a sus anchas, le di su forraje, mullí sus pajas, y ahora dormita parado. Y yo me siento a escribir que al parecer estuve de holgazán. Pero mi madre no se partirá la espalda porque le abastecí de leña la bodega. Y se quedó orgullosa, las manos en la cintura, viéndome partir. De haber volteado a mirar me habría hecho una seña que entendemos los dos: que su faltriquera está abultada gracias a mi ingenio. Nunca antes se habían vendido mejor las yerbas, yo mismo armé los atados y cargué la bestia, a la carga le entreveré velas de sebo, y arranqué muy temprano. Arrimé a las casas principales antes de ir al mercado donde se reúnen todos los que venden el producido de los huertos. Sé que los reales sirven y que yo hago grandes cosas con los cuartillos: compro voladores, le llevo confites a Andrea, pago en la carpa para ver lo que traen los gitanos. Sin embargo, me pregunto para qué mi madre necesita muchos reales, por qué los cambia por oro. ¿Querrá una casa, en el pueblo, para los dos? Mi madre nunca me ha hablado de un sueño parecido, por el pueblo sólo pasa cuando va al mercado por especias o a esperar a Lorenzo del Raposo. Creo que mi madre no se piensa en otro lugar que no sea Santa Ruda. Corrijo: mi madre se piensa en África. Pero África está lejos. Si el propósito de su oro no es la casa con el aposento que yo quiero adornar con sus letras, entonces, ¿cuál será?

Dejé pastando a La Tapuncha y me eché debajo de un chambimbe, eso sí es holgazanear. Pero cuando un par de arrieros me avisaron que la familia estaba llegando al empedrado, salí a todo galope. María tenía la cara pálida y los ojos alegres. Sacaba la cabeza por la ventanilla, les decía adiós a los árboles, el viento le jalaba las trenzas. Que metiera la cabeza, le decía el ama, que de pronto una piedra, de tantas que despiden los cascos, rebotaba

y la descalabraba. Pero María ya no tiene sangre. Ella mantiene como envuelta en blancuras, bata blanca, blanca palidez, palabras blancas, blanco aliento, adioses blancos. Se agitaba cuando Efraín desaparecía entre el bosque, sería que su corazón quería volarse detrás porque ella lo apretaba contra el pecho. Llevaba un vestido blanco. El de la niña Emma y aun el de Andrea eran floreados, de muselina el de Andrea y seda el de la niña Emma. El Moro venía sudando, trastabillaba, habían tenido que remolcarlo por los fangales. María alentaba las piruetas de Efraín, entonces él corría, se perdía entre el monte. A la altura del cocotal resultó buscando una presa, pero las fieras, dice Matías, huyen ante el ruido del carruaje, las bestias y los hombres espoleándolas, después del paso por el bosque de palmeras. Sólo pudo cazar una hembra de guatín embarazada, se la entregó a Pablo. Todos dijeron que estaba gorda. La servidumbre comentaba cómo después de vadear el Cauca, Efraín se lanzó a la travesía y no quería la asistencia de ningún mozo, y las mujeres los mandaban a seguirlo. Por eso hoy duerme hasta el mediodía, el Moro duerme parado, la casa reposa y María flota en los sopores de su mal.

NAY DE GAMBIA

Un aguacero arrasó temprano con la jornada de mercado, desmanteló los toldos de los que creyeron que se trataba del paso de una nube. Yo alcancé a cargar la mula con el melao y los quesos que no se vendieron. Estuve en el alero esperando. Prefiero negociar de paso. Un par de veces lo he abordado en la calle. Intercambian su oro y mis reales nuestras furtivas manos, y le ofrezco guarapo. Esta vez supe que iba de paso para Santa Fe y que saldría en la madrugada. De manera que tendría que llegar a la fonda. Aseguré la carga y después entré. Acostumbro llevarle queso a la hospedera y cruzar con ella un par de palabras: el perfume de los madroños y la mancha que no sale con nada como el mucílago del plátano; la carestía de la sal y el gusano cogollero que este año acabó con el tabaco de Palmira, los estragos de la legía y la textura perlada del jabón de la tierra; los emplastos para el bocio y el vitiligo morado. Y así vamos construyendo cercanía: Imagino que no lo ha encontrado. No. Es mucho tiempo, son muchos años. Una vida. ¿Cuántas vidas tiene usted, Nay? No sé. A veces me pregunto si será el mismo, más viejo sí, pero no sé si será el mismo. Vea pues, y yo que tenía la idea de que lo podía reconocer, hasta ahora caigo en cuenta de que Sinar ya no es como el Sinar imaginado. Suelta Pacha una risotada. Dice: Bueno, y si ya lo buscó en esta comarca por qué no se aventura en otra. Encendió un tabaco, lo chupó, aspiró, hizo volutas redondas. Canto de humo. Humo que muerde. Fume tres veces, dijo. Fumé. Luego lo tomó, le dio vueltas, dijo: Veo agua, mucha agua. Una veta encendida la recorre, un coro de bocas se la bebe. Brújula en polvo tiene en sus manos. Veo hombres, veleros, distintos ellos y una misma condición: hombre definitivo. No le entiendo ni mu. Vea pues, y todo eso se lo digo porque usted ya lo sabe. ¿Qué sé? Usted, dígaselo a usted misma porque, la verdad, Nay de Gambia, a mí no me importa.

Mordiendo el tabaco se paró a atender a Lorenzo del Raposo, el que llega más a vender que a comprar, que paga en moneda el hospedaje, la carne de res y la sal y el servicio de las mujeres que curan la carne mientras él realiza sus transacciones en una mesa, al lado de la ventana que da al patio. Venía con el jefe de distrito, el uno pidió caldo y el otro un aguardiente. Hace unas muecas, sacude la candela disuelta en babas el jefe. Mide con un golpe de ojo lo que luego se guarda en el bolsillo. Después revuelve en el taburete su gran barriga, dice: Chocó despacha mulas en veinte días. ¿Cuándo van a mandar las de ustedes? Nunca, señoría, apenas somos mazamorreros, responde Lorenzo. Hombre, Lorenzo, la casa de la moneda no discrimina, tan oro es el del minero como el del mazamorrero. Pero el del minero lo llevan las mulas, y para el oro del mazamorrero media uña basta, señoría. Vea, Lorenzo del Raposo, esto se está poniendo fregado, cada vez se pone más difícil la protección, el gobierno está mandando veedores, los cercos se estrechan y uno, como autoridad, atendiendo frentes, dándole el lado al trabajador para que mejore su infraestructura se expone bastante… Son tiempos difíciles, Lorenzo. Usted diga no más, a ver si se puede para la próxima, señoría. Lo malo, Lorenzo, es que las disposiciones ya están en curso, qué tal una ñapa. ¿Cuánto? Vamos a conocer lo que usted llama media uña. Ahí porque usted es un hombre de palabra, y le digo, señoría, que ni Popayán ni Santa Fe van a amonedar ni medio gramo de nuestro producido. Y le cuento esto otro: nosotros estamos trabajando canalones agotados.

De camino a la puerta, el jefe de distrito pagó el aguardiente y se despidió de nosotras tocándose el ala del sombrero, Pacha se rio entre dientes, yo no supe cómo recibir el gesto. Lamenté haberlo mirado, aunque nuestra desentendida presencia tenía sus razones: el negocio y los quehaceres. Mientras ellos hablaban yo le ayudaba a Pacha a desgranar maíz. Ella se paró un par de veces a vender velas y aguardiente. Sé que en la fonda nadie es culpable de lo que oye, sobre todo si se trata de la dueña y de una mujer que la acompaña, yo, además, tengo la ventaja de buscar a Sinar, soy la enterradora de soldados, la nana de los niños de la hacienda, siempre lechera y un poco tocada por persistir en una búsqueda, al parecer, inútil. Mi físico y apariencia, en algún momento, dulcifican el ánimo del que pasa. Sin embargo, también el mío es un momento difícil. Me ofrecí a retirar los

platos y llevarle el café a Lorenzo. Y Pacha entendió. Me saludó como a un conocido, pero con una pregunta perturbadora: Y cómo va su proyecto. ¿Cuál proyecto? No sé, señora, pero se me ocurre decirle esto: *No hay montaña, por escarpada que sea, que una mula cargada de oro no pueda escalar.* Eso decía allá en San Francisco Javier del Raposo, el cura. Lo había leído él en no sé qué libro.

¿Cuánto le despacho hoy? Siete gramos, respondí y le entregué los reales. Abrió su carriel, gastado el cuero y remendado con hilo de talabartería. Extrajo la exacta medida y pesó las lascas en su balanza de joyero. Verifiqué y envolví, en una punta de mi bayeta, el oro. Después entró Matías. Se palmotearon los hombres.

Ya iba por Madroñal cuando Matías me alcanzó: Nay de Gambia, no corra, que soy yo. Si no huyo de los cristianos, Matías, sino de las fieras. ¿Cómo estuvo la venta? De venida dejé quesos al fiado en parte segura. Y no me devolví a la fonda porque lo hice a usted en buena charla con Lorenzo del Raposo. Ganas de quedarme no me faltaron, pero al pueblo bajé por los tabacos para el velorio. En el estanquillo supe que estaba en la fonda Lorenzo, mi amigo de siempre. Le cuento Nay que, trabajando, tanto para don Bartolomé de Otálora, como para este mismo señor y para nosotros mismos cuando nos alquilábamos, recorrimos toda la provincia y hasta más allá, del San Juan al Naya. Nos partimos el lomo en el delta del Mayorquín, en el Raposo, el Yurumanguí y el Cajambre con todos sus amagamientos, brazos, aventaderos, llanos y sobrellanos y acequias tributarias, entre posesiones legales y terrenos abonados, aun sin comprobar que no habían sido explotadas. Con paciencia y visión Lorenzo se hizo a su placer en un brazo del Dagua, cerca de Juntas. Con familiares y otros que se les fueron uniendo conformaron una sociedad de propietarios que se llama Negros Libres. El negocio fue así: reunieron un lance de oro entre todos y compraron la carta de horro y libertad y le ofrecieron compra por una mina que ahora llaman La Encantada, toda ella con sus herramientas y cultivos. Me cuentan, no lo supe por mí mismo porque de allá me sacó el amo antes de que me tulleran las fiebres y me trajo para una de sus haciendas en el Valle del Cauca, hace ya varios años, me cuentan y a Lorenzo se le ve, que el placer tiene, ahora, once mil piezas de plátano, una fragua,

caña de azúcar y un trapiche. Pero volviendo al cuento, que ya llega adonde usted espera y que se ha hecho largo nada más que por cuenta del camino y de este silencio en el monte que lo único que quiere decir, Nay de Gambia, es que acechan las fieras, volviendo al cuento, Otálora era un huracán y nosotros unas bestias explorando canalones y haciendo jornadas por agua y monte desde Buenaventura o Cali por ocho y hasta quince días con las provisiones para las cuadrillas. Fue en esas travesías donde nos cruzamos con Candelario Mezú, boga. Boga de contrabandistas que comerciaban el oro desde Buenaventura hasta Panamá y Kingston. Y luego con ingleses y holandeses. Él tenía su idea de la política, que se maneja en todos esos comercios, pero la orientó hacia la campaña, tan pronto de la libertad, tan pronto no se sabe de qué. A él lo obsesiona eso que llaman la abolición. Esa sí que necesita oro... Pero Candelario Mezú, yo creo, quería conocer la milicia y la estrategia política desde dentro. Ahora juntará las dos ciencias. Frené mi yegua, me le planté al frente. ¿Usted me quiere decir algo, Matías? ¡Ah!, sí me estaba poniendo cuidado. ¿Qué me está diciendo, Matías? Está en el San Juan, desde ahí coordina negocios con goletas y fragatas que navegan el Pacífico y con chalupas y acémilas que buscan el Atrato. Ya faltaba poco para llegar a la ranchería, Matías hizo un par de comentarios más, ajenos a la novedad. Los cascos de su táparo y mi yegua empezaron a moler sus palabras.

Cuando muere un hermano hay jolgorio. Él se libera y nosotros nos alegramos, se reúnen con su vida perdida, la gente y la tierra. Fundido en comunión, de la postrera cópula brotan la savia y sus venenos; el hermano se expande por encima de sus dichas y miserias, nos lo cuenta el último sorbo de aire, el previo momento que se refleja en sus ojos líquidos. Cuántos semblantes de la agonía he visto. Celebro las dichas que se quedan pegadas al rostro, que persisten a pesar de la palidez o la hinchazón, a pesar de las llagas y el barro. Porque supieron, con la última imagen, lo mismo que yo supe cuando floté en mis aguas. Conozco la alegría de morir. Pero ninguno con su mejor físico como Ismael que, de vivo, era muy limitado de gesto y de palabra. Puesto que nunca tomaba la iniciativa de hablar, con el sí y el no todo lo resolvía. Usaba el apelativo reglamentario y la palabra cavernosa. Nadie sabía su origen, ni siquiera su mujer, pero por unas marcas tribales que emergieron de entre las arrugas, templadas ahora con

ocasión de la muerte, supimos que era de Casanga. El rostro despejado sugirió menos edad de la que aparentaba, sugirió que las arrugas no eran de vejez, sino un gesto clavado que jamás una risa pudo disolver; sugirió que estaba muy a gusto en su mortaja. Incluso sus rasgos armonizaron. Nunca estuvo tan bello como muerto. Y nosotros, más que darle el último adiós, celebramos con los únicos gestos posibles: semblanzas de esta vida. Nuestros cuerpos discurren por los bamboleos de la existencia, el tambor marca el compás, la vela chisporrotea, y al pasar por el rostro le decimos a Ismael las varias despedidas, muy afligido el adiós de Yolanda, la mujer embera que lo conoció en Juntas del Dagua, decidió seguirlo a ver si la notaba y se quedó a vivir con él en la ranchería. Ella suspende la danza, le hacemos su espacio en el centro, el lumbalú tiene que continuar su paso encadenado, sus euritmias atlánticas y el tributo. También Matías se detiene, toma la palabra, no sé si para consuelo de la viuda o como vocero de todos, le dice al difunto que él nos lleva la delantera, pero que nos veremos, cada a uno a su tiempo en un mejor mundo. Yo le digo, sólo a Ismael, que yo lo reconoceré por su gesto plácido, que no se vaya a esforzar en identificarme porque entonces seré otra; que yo tocaré su hombro; que esta carne marcada tiene algo por hacer antes de mi momento, que llegará a mis cien años, cuando yo misma deposite mis huesos y tendones en la tierra que mejor me florezca, la única, la mía.

Sundiata de Gambia

Mi madre fue en persona por mí, pero ni yo mismo lo supe porque llegó con los sahumerios y las aguas para María. De pronto la veían soplando carbones y sacudiendo con atados de hierbas los rincones del aposento, poniendo a airear sus camisolas y moviendo los muebles como si todavía viviera en la hacienda. Entonces María se acercaba a decirle unas palabras y se recogía las trenzas para que mi madre le aplicara los ungüentos que la aliviaban aunque no estuviera enferma. A veces también llegaban el ama o la niña Emma con el cuello o alguna otra cosa que les dolía y mi madre les aplicaba sus remedios. Ese día, el dolor les torturaba la cabeza, según dijeron, con palpitaciones la niña Emma y con martillazos el ama. La cura para ellas fueron emplastos y vapores de ruda y albahaca, ambas se quedaron recostadas en el diván del costurero y mi madre volvió al aposento de María. Yo esperaba en el zaguán deseando con todas mis fuerzas que el amo pequeño permaneciera en la casa, encerrado con su padre, que no quisiera salir a sus visitas o de cacería, que no decidiera ir a cabalgar, para yo quedarme ahí acurrucado sintiendo a mi madre cerca, no importaba que ella estuviera en el aposento de María, cantando. Si ya le había aplicado los ungüentos y las aguas y el sahumerio, y el remedio para el ama y la niña Emma, y había ido y vuelto de la cocina al costurero, había macerado yerbas y soplado carbones y conversado con las mujeres y le había dicho a Andrea un par de cosas tan raras que ella se quedó con los ojos clavados, sólo podía pasar que María ya estaba despierta y le había pedido a mi madre que le cantara en su lengua. Le cantaba pasito sus cantos mecedores que yo siempre quiero para mí. Los oí pegado a la puerta:

Woy ma ne tey la deemba bi jéeg

Woy ma wóy –i dekka bi
Tob –i béy yi
Kak kak –i gënna yi
Woy ma wóy –i buloo raacu ci der bi
Lem ci tun' yi
Woy ma ne nelewoon naa
Woy ma ne tey la deemba bi jéeg
Woy ma ne nelewoon naa
Woy ma ne tey la deemba bi jéeg.

(Cántame que hoy ya es ayer
Cántame cantos de la aldea, del balar de las cabras, del tac, tac, del mortero.
Cántame de la miel en los labios, cántame del añil
Del añil tendido en la piel.
Cántame que dormí, que hoy ya es ayer.
Cántame que dormí.
Cántame que hoy ya es ayer).

Madre, ¿cómo es que uno sabe sin saber? Yo estaba en el zaguán, cruce de sus pasos entre aposentos. Camino de todos. Y yo ahí, de cuclillas, viendo lo que usted hacía, viendo que luego llegó con el guarapo. El tilín tilín de los cristales cayó en cascada sobre mi sed. Hubo regocijo de los amos, usted aparecía de pronto con un refresco para sus guargüeros empedrados de palabras y de números. Al pasar, dejó el rastro de una novedad. Mejor dicho, madre, ya estaba marcado desde el principio con su llegada erguida y ese aire suyo, madre. Es un gesto que la eleva, la alza del suelo. Con los mismos vahídos de ahora y esta aterrada fascinación, lo supe. De los torrentes y las travesías y los puertos y las arboladuras donde quiero vivir. Y las olas. De todo eso supe, sin saber, ahí de cuclillas en el zaguán. El amo menor salió en busca del capataz, pero fue para dejarlos solos, qué cosas hablaron no le pregunto, sólo sé de un manotazo en el escritorio, y que en la madrugada, cuando Santa Ruda todavía dormía, llegó el amo a todo galope. Usted fue a descorrer la tranca, no volvió al aposento.

Fue una de las pocas veces que usted entró a la enramada donde yo dormía. Estuvo de codos en la ventanita mirando los

caballos ya recogidos en el establo. Me preguntó si me gustaban más los caballos que la caza. Le dije que me quedaba pensando en la quietud del caballo, que en la oscuridad sus ojos cavilan en lugar de mirar y de pronto la testa se vuelve triste. No le respondí qué me gustaba más porque temí agraviar a los caballos. Le digo ahora: me gustan los caballos y me gustaba ir al monte con Matías. No me molestaba ser carbonero. Porque yo era más carbonero que cazador, ¿se acuerda, madre? Por la noche, en el establo, los orines se impregnaban en la paja y también en mi estera, y me dormía oyendo los amarrados trotes de los cascos, los repentinos estremecimientos de las colas, las colas velan mientras el caballo duerme, madre. Vaharadas de zancudos meados llegaban zumbando a través de las rendijas. Entonces usted me dijo: Recogé tus cosas que salimos para Santa Ruda. Y, ¿sabe, madre?: Yo agarré este cuaderno, mi cauchera y la camisa de ir a la carpa de los gitanos, la de regalarle los dulces a Andrea, la de ir a ver los voladores. Esta de agitar en el mástil de buenaventura.

NAY DE GAMBIA

El trote desbocado de su alazán me despertó en la madrugada y antes de que cruzara el cerco, descorrí la tranca y volé para la cocina a prender el fogón para colarle un café. Llegó desabrochado y sin mediar improperios volcó en mí su desesperación. Como en la tarde, por aquella violenta reacción en su oficina, yo presintiera su visita, ya estaba preparada en cuerpo y mente. De manera que, atrincherada contra el muro, mordí el placer, y con su desahogo borbotando en mis tibiezas me sentí infinita. Si no quieres besarme, finge, dijo. Y lo besé sin fingir. Mientras se tomaba el café seguía explorando debajo de mi falda. Hurga, aprieta, luego regala mordiscos, me recorre su lengua. Soy líquida y lo estrangulo en mis remolinos. Luego, también él es mi almeja de beber. Permanecimos sentados el uno frente al otro, el crepitar del fogón arrullaba mi levedad. Y quizá la de él. Otra taza de café lo fue despabilando, habló por fin: Repite lo que me dijiste en la oficina, negra. Voy a buscarlo lejos. A cuál de los dos. Al de siempre. Me estás mintiendo, Nay de Gambia, vas detrás de ese sedicioso. Voy detrás de mi sueño, allá me lleva él… Alguno de los dos. Sin embargo, usted podría, ninguno como usted con ese poder: el Atrato, las Antillas, el océano… Y luego Gambia. ¡Estás loca, negra! Ninguno con ese poder. Sabes que estoy quebrado. No le pido los costes del viaje. ¿Qué me pides? Respaldo, el amparo de sus letras en las capitanías de río, en puerto: Cartagena, Kingston, Cabo Verde, no sé. Sir Sardick. Usted todavía se comunica con él, y él con su hermano, el navegante. Quizá con una carta y alguna presunta misión puedan respetar un trato y llevarme a África. Sé que hacen entre dos y tres viajes al año, que comercian con gente, marfil y pieles. ¡Fantasías las que te has armado, negra! Sé que usted tiene poder. Sé que en el camino he de encontrar mucho obstáculo que usted puede conjurar de un plumazo. ¿Con que era eso? ¿Qué?

¡Gambia!, harto pretencioso, y te lo digo no por la valía de esa tierra de negros, sino porque tú perteneces a dos castas subordinadas, castas de corto vuelo: eres negra y eres mujer. ¡Enterradora! Estás tan lejos de Gambia, ya la perdiste, hace tiempo la perdiste. ¡Pobre negra! Te lo digo una vez más: aquí está tu único lugar en el mundo, lugar que, además, es mío. De todas maneras, ya te dije y lo repito: si te vas, te mato para siempre. Te mato para eterna memoria. Lo miré como sólo yo sabía y le dije la única respuesta posible: Bien muerta seré.

María, de nuevo, mi ángel. Esa misma noche enfermó. Tuvo una crisis que hizo cimbrar los cimientos de la casa, en estampida salieron mensajeros en busca del doctor Cabal, que había decidido instalarse en Cali, de paso arrimaron a Santa Ruda con órdenes perentorias de que me despacharan de inmediato para la hacienda, uno de ellos debía escoltarme hasta Cabuyal, desde donde podría continuar mi camino hasta la hacienda sin peligro de fieras o de asaltantes de los caminos, me dijeron que María me había llamado y había dicho un par de cosas extrañas antes de enmudecer, que la familia confiaba en que yo la reanimaría y podría retener el hilo de su vida las veinticuatro horas que demoraba la llegada del doctor. Contaban con que él estuviera en la ciudad, y con rosarios, imploraron a San Isidro labrador que hiciera buen tiempo. Los hombres iban decididos a superar piaras, fangales y trampas en el bosque de palmeras, durante la noche. Se había caído en el jardín y se había luxado el dedo índice de su mano izquierda, y con sus espinas las rosas le habían arañado los brazos y la cara. Ya Candelario Mina, vaquero y sobandero, le había entablillado el dedo y las mujeres le habían aplicado bicarbonato y alhucema en las heridas. Pero faltaba resucitarla, que sus ojos abiertos, miraran; que su boca pasara bocado, un sorbo de agua o que musitara algo, con un «ay» se conformaban, pero estaba ahí yacente, débil el pulso, y sin dar señales de dolor ni de una mínima voluntad. Cuando entré al aposento, Efraín retiró sus trémulos dedos que, al parecer, sobaban el dedo entablillado de María, angustiado me dijo que no respondía a sus palabras. Entendió que debía retirarse cuando yo entré con los lienzos y las redomas. Una leve sonrisa me hizo saber que los masajes con el ungüento de nutria la reconfortaban, cerró los ojos y no fue para dormir sino para sentir, entonces dijo: Ya, nana, he vuelto, ya me acordé de que tengo pies y manos y

cuello y hombros y espalda. Me acordé de que tengo cuerpo. A pesar de que el dedo duele, no sabía del cuerpo, ¿entiendes, nana? ¡Pobre niña mía! Canta, nana, cántame en tu lengua pagana esa canción que me gusta, ¿qué dice? Cosas de agua:

Moom, dem na
Hmmm, hmmm, hmmm Dem gaal gi ci janxa ji
Firi yaaga ci cat gi
Moom, dem na
Hmmm, hmmm, hmmm
Dem gaal gi ci janxa ji
Firi xeeñ ci cat gi
Dem gaal gi ci janxa ji
Gor firi pur gaal -i janxa
Hmmm, hmmm, hmmm
Gu dem, dem, dem.

(Que se va, se va, se va.
El barco se va con la niña, las flores se quedan en la orilla
Que se va, se va, se va.
El barco se va con la niña, las flores perfuman en la orilla
El barco se va con la niña.
Que las corten para el barco de la niña.
Que se va, se va, se va).

El doctor Cabal llegó dos días después, quiso saber acerca de los manejos que se habían hecho y, enterado de los remedios que yo le aplicaba determinó que, puesto que María no mejoraba, esos menjurjes no le servían. Su diagnóstico, sin embargo, fue desalentador, la familia agradeció su sinceridad, puso a María en manos de Dios y le suplicó al doctor que permaneciera en la hacienda poniendo su ciencia al servicio de la niña, todos tenían fe. La hacienda toda alteró sus dinámicas, el amo debió agilizar la negociación de Santa Ruda, logró salvar el trapiche, vendió la cuadrilla de esclavos a un tratante que se los llevó para Lima, se ocupó de los negocios, de la situación en la casa y de la tristeza de Efraín. Las mujeres duplicaron sus sesiones de oración y ofrendas. Movimientos de la servidumbre: sábanas, camisones, sangrías, lavativas, redomas y morteros, y un trajín de mensajeros con pedidos que hacía el doctor para preparar sus remedios.

También prescribía masajes que él mismo aplicaba. Aunque la servidumbre le proporcionaba a él atenciones en las largas horas que permanecía observando las reacciones de la enferma, él salía del aposento agotado, arremangadas las mangas de la camisa, sudoroso a fumarse un cigarro. Exánime quedaba María. El amo se sentaba a su lado, también fumaba. Cambiaban de tema. Hablaban de sus viajes.

La inminencia de la muerte de la cual le habló en su oficina lo puso a oscilar entre la docilidad y el abatimiento. Lo vi estático, los ojos fijos en la desesperanza una tarde que entré a llevarles los refrescos y a ventilar la oficina viciada con el humo del tabaco y el olor de las colillas húmedas en el cenicero. Mientras yo barría el aire con ramas de mejorana, ellos hablaban del asunto en lenguaje cifrado. El señor Ibrahim retomó la idea de llevarla a Boston, idea que antes había desechado porque temía que María no sobreviviera a las incomodidades del viaje. Pero el doctor Cabal, que en días anteriores lo había propuesto señalando, además, que un equipo médico ya estaba enterado pues había sostenido correspondencia con ellos en relación al caso, ahora no dio esperanzas, el estado de la enferma era crítico. En adelante, las mujeres rezaban y el señor Ibrahim aligeraba su espíritu con actitudes mansas. Un par de veces me habló. Preguntó si los quebrantos de salud de la niña durante las travesías por el Caribe y el Atrato serían señales tempranas de lo que sobrevendría. Ignoro si también se lo había preguntado al doctor. Yo, por mi parte, lo consolé diciéndole que él no era doctor, pero él insistía en rememorar los quebrantos de salud que había sufrido la niña, hablaba de las señas superlativas que le hacía la esclava cuando él entraba al camarote y María yacía ausente, pálida, débil. Eran síntomas tempranos que no supimos interpretar, ¿cierto, negra?, insistía. No, señor Ibrahim, era que la niña no se avenía con las corrientes oceánicas, ni con los rápidos, ni con el miasma selvático.

Todo giraba en torno a María y yo estuve a la altura, a pesar de que el doctor Cabal prohibió que yo interviniera en el manejo de la enferma. Permanecí en la casa durante un par de semanas y luego volví a Santa Ruda a recoger y a despachar para la hacienda o para la casa de Cali algunos de los enseres que no entraban en la negociación. Él no apareció por esos días, quizá evitara ver a Santa Ruda desmantelada. Quizá también pensara

que el cariño que yo le profesaba a María me haría pensar otra cosa, desistir de la loca idea, pero no sabía que ese cariño no superaba el que siento por mi hijo y por mí. Nunca renuncié a nosotros. Además, preferí no asistir al desenlace que sería fatal.

Los limitados privilegios que él me otorgó lo hicieron merecedor de una carta con detalles sobre lazos y otros misterios, que fue fluyendo sin estrategia, pero que luego, a bordo de la chalupa llegó a parecerme providencial pues me hice a la ilusión de que amarraba su ira, neutralizaba alguna idea de perseguirme. Él cuenta con sus sabuesos que le alimentan un orgullo que en casos como este puede ser desmesurado, cierto carácter bondadoso nunca llegará a moderar sus convicciones, que van muy en contravía de las mías. Ubiqué el recurso que lo vuelve dócil y se lo dije: Empiezo por las palabras que usted mejor sabe entender, las escritas. Si bien estas no vienen encuadernadas ni son inagotables, pueden, de alguna manera, aproximarse a las que se fuma y se bebe en su estudio, a las que lo elevan tan por encima de las cotidianidades y lo clavan a un paraíso, sintonizándolo en un dueto de canto espiritual con otro amante remoto de las palabras que dirá: *Son tan hermosas que las quiero poner todas en mi poema… Las agarro al vuelo, cuando van zumbando, y las atrapo, las limpio, las pelo, me preparo frente al plato, las siento cristalinas, vibrantes, ebúrneas, vegetales, aceitosas, como frutas, como algas, como ágatas, como aceitunas… Y entonces las revuelvo, las agito, me las bebo, me las zampo, las trituro, las emperejilo, las liberto…* Yo las cociné en sentimientos encontrados, hacia usted. Léame en la hamaca, la del corredor que da al huerto y se mece en los aires dulces de los madroños, tantas veces nos hizo coincidir la hamaca, así se fueron construyendo su tolerancia y mi confianza en mí. Y se disipaban nuestras soledades. Pendiendo de algún clavo quedaban su linaje y las rarezas de este lado del mundo que tienen en usted una fiel expresión. Algunas veces, como la primera en el champán, ¿se acuerda?, la niña dormía sus fiebres, se buscaron mi gratitud y sus ganas, atrincheradas contra la cabina de mando, ajeno el mundo de a bordo, luego oímos chapoteos en el agua. Nos espiaba un manatí. Algunas veces hicimos el amor con sentimiento. Nunca le hablé de sentimientos, esta es la ocasión, los míos hacia usted apagaron el candil cuando dormía, acomodaron el mosquitero, revisaron las grietas de los alacranes y llenaron su hamaca con todas las cosas

posibles. Los suspiros eran ciertos. Por favor le ruego, léame, bien sea en estas líneas o en las imágenes que concurran a su mente, léame en la ausencia o en el sentimiento que le valga mi partida, léame en los ecos de mis actos o en la carimba de mi fuego en su piel. Pero léame siempre con su sangre reposada en la hamaca. Una vez más le doy mi gratitud por la carta de horro. Porque le dio firmeza a mi palabra al hacerme escribana. Gracias por la pluma y todas las palabras que me enseñó; ahí le dejo el frasco con mi tinta propia, zumo de naranja con hollín de las cacerolas, es la tinta que preparamos las mujeres de mi aldea para el maestro, ¿sabe?, en mi comarca las mujeres no escriben, aquí me maravilló ver que algunas leen. Y más maravilloso todavía ha sido que yo escriba.

Sundiata de Gambia

Aferrada al travesaño de la chalupa, mi madre ha cabeceado un instante que tiene la duración de un parpadeo, la llamé para despertarla, pero abrió sus ojos antes de mi grito. Ya sé todo lo que cabe en los ojos de mi madre. ¡Mi dicha! Ella la ve antes que yo y la mantiene ahí, navegando en sus pupilas. Lo sé ahora que la estoy viviendo. La alegría está también en el peligro, y yo no lo sabía. El Dagua nos trae de caída en caída, se estrella contra unas piedras enormes, estalla en punta y nubes y rugidos, unos remolinos se abren para tragarnos, los bogas clavan las pértigas con una fuerza de hierro que parece doblarse, yo con el pie toco un remo, no sé si estaba asegurado y se acaba de zafar, no sé si es que quiero ayudar y por eso lo echo de ver, pero lo agarro y espero un tramo de aguas tranquilas para preguntarle al boga si puedo remar. El boga de adelante es el que manda, al de atrás no lo veo, el río no me deja mirar, el río que a ratos parece una fiesta, una fiesta alborotada, otras parece un potro bravo o un toro de Morga, este río que también parece el agua final no me deja mirar al boga que está a nuestras espaldas. Parece que no hay cómo seguir una ruta en medio de un río de aguas encontradas, todas con una fuerza rugiente, armando murallas, murallas encima de las altas rocas, pero el boga encuentra pasadizos, caemos en picada, yo mismo no me creo que vamos por el aire. A mi madre le cuento por la noche, como si ella no lo hubiera vivido, y ella se sorprende. Nos reímos los dos.

Adivino que el boga busca la orilla y pienso que puedo clavar el remo al mismo ritmo que él, lo pienso, pero no lo creo. Me pregunto si ese Sundiata que no soy, podría. Pero entonces nos adentramos en la orilla, sigue una huella larga que hay en el fango, entiendo que llegamos, le pregunto al boga adónde hemos llegado. Al Saltico, dice. Le pregunto si aquí también cambiamos de chalupa, pero él no responde. Le pregunto si puedo ayudar. A

ver si puede el muchacho, dice. Yo llamo a mi fuerza de hombre, la llamo desde adentro y ella me calienta los brazos. Es cuando miro a mi madre, la llamo, pero ella abre sus ojos antes. Y entonces veo todos los barcos, y los caseríos y la alta selva, las nubes de agua, de insectos y de pájaros, las risotadas de los micos y no sé qué cosas más veo en sus ojos.

Nay de Gambia

La negociación con los bogas se hace difícil, a pesar de que en el Cauca pactamos, por intermedio de hermanos del Palmar, unos costes que abarcaban las varias jornadas. Ellos quieren devolverse de Santa Cruz, alegan dificultades con las piraguas, la que tienen disponible, recién calafateada, espera gente con equipaje, un cura y un extranjero, que duplican el precio. Además, las autoridades de río tienen ya noticia de la fecha, condición y otras precisiones acerca de tales viajeros. Mi hijo y yo hemos pasado como parientes de los bogas. Viajamos a un caserío cercano a La Soledad, ellos nos han hecho un espacio en la chalupa, los víveres y los insumos para el mantenimiento de las chalupas, en esta ocasión, no hacen mucha carga. Es lo que informan a los alguaciles de río. En esta circunstancia yo reconocí un guiño de Dios. Y correspondí como se debe, llevo un envoltorio con un par de prendas, tasajo, un cuchillo y el cuaderno. En su carriel mi hijo lleva lo suyo y un manojo de hierbas secas y rezadas que sirven para todo: la diarrea, la fiebre, las ponzoñas y los males puestos.

Los costes se distribuyeron según los itinerarios, en cada arribo, ellos me pierden de vista, mi hijo vigila, busco una trocha por donde todos vayan allá, atrás. Llevo los reales como todas nosotras cuando viajamos, en el corpiño, envueltos en un pañuelo. De esa manera, serán escasos o suficientes, nunca muchos. Llevo, en el mismo envoltorio, media uña de oro, en caso de asalto dará la idea de que junto con la moneda es nuestro único capital. Más no buscarán porque, además, ninguna otra cosa aparenta una mujer negra con su hijo viajando entre caseríos. Pero esta mañana, después de una noche inundada y llena de sapos que llegaban a escampar en la estera, el boga mayor habló pegado al bohío: La piragua se devuelve. ¿Con quiénes?, me pregunté. Su brazo iracundo nos alcanzó, me dije.

Fue pasajero su dolor o más fuerte su ira, expliqué. María mejoró, supuse. Nos van a detener, temí. ¿Qué quiere usted decir?, pregunté.

Aplacé el miedo durante el par de horas que demoré tratando de convencer a los hombres de continuar el viaje. Empecé sumándole cuartillos al precio inicial pues mi condición de vulnerabilidad no me permite actos soberbios, es preferible arriesgar estas leguas de libertad que la vida o mi gran sueño. Ya soy presa de la idea de que las autoridades nos dan alcance, de que quizá se haya el señor Ibrahim servido del correo entre postas, sí, ya lo dirá una remota voz, *con la palabra traición se puede escribir la historia de todas nuestras desgracias*. Es preferible correr el riesgo que mostrarles mi pretina de oro. De manera que me he tomado el tiempo necesario para convencerlos de que esquilman a satisfacción mi limitado presupuesto. Vuelvo de allá, atrás, con un monto cercano al doble del precio pactado.

En aguas rápidas, sin rocas ni cascadas, ni siquiera remolinos, parece que ya hubiéramos descendido la cordillera. Los bogas remaron sin descanso, temían que la pleamar nos sorprendiera antes de llegar a la próxima estación y yo le rogaba a Dios estar en tierra cuando las corrientes empezaran a correr en sentido contrario. Una embarcación ha zarpado de un caserío que humea, a esta distancia es su fogón lo que da cuenta de él. Aparece otra detrás, son más grandes que nuestra piragua. Se escuchan gritos, clamo que no anuncien peligro, espero que sean las voces de comunicarse entre bogas. Nuestro boga mayor acelera, el otro, que se demoraba con la pértiga, toma el remo. Y le ganan a la corriente. Han dicho algo que sólo ellos saben y yo interpreto como que los van a alcanzar. Se llaman Pascual y Nacho, el uno dice: Es una cargazón. ¿Para venta o trabajo?, pregunta el otro. Vaya uno a saber. Ya, acercándonos, vemos que las dos embarcaciones son una, pero no tenemos tiempo de alarmarnos. Pascual y Nacho gritan todas las voces de los navegantes a una tripulación que no los oye. Agitan los brazos, luego levantan los remos, pero no los ven. Llegados al punto quedamos con las bordas enfrentadas y entonces Pascual y Nacho vuelven a intentar señales y voces. Suma Sundiata y yo tratamos de pegarle a la borda, pero la pértiga pega en un madero inmaterial. Sin poder engancharlos con ninguna de nuestras señales, los cuatro nos quedamos mirando. Un atado de hombres amarrados por la

misma suerte tienen vencidas las espaldas, tienen picoteada el alma de sus ojos, tienen la piel en andrajos. Emiten un silencio estridente. Las cabezas, a voluntad de su peso, se descuelgan. Los atan sogas vivas que van ruñéndoles la piel del cuello y las muñecas, nubes de insectos salen de las bocas de los cocodrilos y llegan silbando a poner huevos en las llagas. Zumban y llegan los gusarapos de todos los pantanos. Los envuelven como un sudario. De pronto se levanta un resucitado, la capa de insectos se deshace en hilachas, y el hombre comienza a beberse los efluvios de la selva, bebe y no termina de beber, cambia humedades por sus babas, y también se bebe a sí mismo, mete un dedo en su llaga del cuello, recoge su cálida humedad sanguinolenta y la bebe, en el cuenco de sus manos recoge sus aguas escurridas y sus aguas expulsadas y bebe, escarba en sus ojos con el dedo índice, y lo chupa. No termina de sorber sus aguas salobres ni las aguas con sabor a manatí ni las aguas con almizcles del cocodrilo, ni el miasma. Todas las aguas abren cauce en su humanidad. Y él empieza a ahogarse.

Entonces los compañeros le quitan el dedo de la boca, le soplan sus aires desmayados, una mano cuerda lo retiene, le hacen vomitar la agonía, lo retornan al vaivén de la embarcación que tiene una cabina armada con hojas de palma y una bandera. Un guardián vestido, que tanto puede ser capataz como alguacil, apunta con su rifle la acción de los hombres que le quitaron al otro su dedo, que le lavaron las babas, que le apagaron con sus lenguas el fuego de las heridas, que le prestaron sus pulmones y lo tornaron al vaivén del agua.

Luego, de entre la cabina, sale el cazador con su fusil y dispara: tenía el mal de la rabia, dice. Retumba la selva y estalla en una estampida de hojas y de gritos. Luego se acerca a la proa, retira al boga y empieza a disparar al son de vítores que él mismo se grita. Se desfonda el miasma. Queda un foramen. Y varios cuerpos se desgajan de la selva y se precipitan y, junto con el hombre caído, flotan emanando sus heridas. Arriba chillan los micos, graznan los pájaros. A través del foramen se respira un cielo cuajado de lloviznas. Un ave desnuda aterriza en el cobertizo donde está izada una bandera, bate sus muñones desplumados antes de clavar el pico en las hojas de palma. Vuelve en sí cada uno de nosotros, y caemos en cuenta de que estamos en aguas muertas, nuestra piragua yace anclada, vemos que la otra

embarcación se mueve, pero no avanza, nos invade el terror porque lo mismo nos sucede a nosotros, se desesperan los bogas y empiezan a remar. Y el agua recibe la fuerza, pero no reacciona. Mi Sundiata agarra la pértiga y trata de empujar. Permanecemos en el mismo punto. Pero entonces estalla una nueva andanada de descargas. Y otra estampida de la selva que revienta en vísceras y hojas retumba en el agua, y brota un resuello del río, y una gran onda impulsa la piragua hacia aguas vivas. Ninguno de nosotros comenta el asunto, ni piensa en el hambre o el cansancio, ni en los insectos. Tampoco dónde pasar la noche. Hay que remar.

Quedé suspendida en el asombro, sin pensamientos, en mi mente sólo cabía la imagen del mar. Aplazadas las necesidades del cuerpo, permanecimos embelesados, sin decir nada, cuando una mano zarandeó a mi hijo y otra me zarandeó a mí. Un tercer hombre empuñaba un fuete y se preparaba para fustigarnos con otro igual de violento: la lengua. No preguntó nuestros nombres, ni nuestra procedencia, parentesco ni destino. Me preguntó qué hacía en Buenaventura, de dónde traía esta cara de orate, debía acompañarlos junto con el mozo que, en lugar de imitarme con ese gesto extraviado, debía estar trabajando: ¿Este, negra, es un vagabundo de los caminos? Es mi hijo. Eso no le quita lo vago. Sabe trabajar, es mozo de caballeriza y también es cazador. También soy carbonero. ¡Cállate, negro, no se te ha ordenado hablar! Mi hijo también es carbonero. No se te ha visto en el mercado, ni como hembra de nadie ni como esclava de ningún amo, que todos los conocemos y ninguno ha comprado piezas de indias por estos días. ¿A quién, pues, perteneces, negra? Soy mía.

La casa del gobernador, firme sobre sus pilotes, con elaboradas ventanas y puerta con fallebas y candado, estaba cerrada, de manera que esperamos, dos de ellos sentados en las gradas y nosotros de pie. El otro salió a avisarle al gobernador. Aplazados quedaron expectativa y recuerdos ante la imagen del mar. Me invadió el miedo. Habían sido cruciales las horas que perdí convenciendo a Pascual y a Nacho. Los maldije. ¿Cómo podía ser tan largo el brazo del señor Ibrahim? ¿Todavía no lo fracturaba la quiebra? ¿Cuánto había pagado por mi captura? ¿Con tanto odio me amaba? ¿Nada le había dicho mi carta? ¿Qué sería, ahora, de nosotros? Ya habían sugerido los gendarmes un cargo contra mi hijo: vagancia. Concomitante con lo que ellos dispusieran: asalto o sedición. En su morral llevaba las yerbas

curativas amarradas con fibras de tres colores, trenzadas, lo cual bien podía valerle para que lo acusaran de prácticas contra la religión católica. Vago, asaltante y brujo. ¡Pobre hijito mío! Asumiría yo todos los cargos, clamaría por pagarlos con mi vida con tal de que dejaran a mi Sundiata en paz. En cuanto a mí, si infligirme un castigo benevolente quisiera el señor Sahal, quizá solicitara, en tamaños folios, la pena de veinte azotes y devolución de su servidora, pero si su deseo era extremar la pena bien podía acusarme de obstrucción a las ejecuciones. Tenía en su haber todo un historial, el testimonio de su honorable palabra, y clérigos, cabildantes y servidores como testigos de que yo enterraba los muertos de los rebeldes, pero, sobre todo, de que protegía a un sedicioso cuya cabeza pedían la justicia y el orden: así no sólo le rendía un muy buen tributo al gobierno y se reiteraba como hombre cumplidor de los mandatos y enemigo de las fuerzas insurrectas, sino que me castigaba por huir y por amar a Candelario Mezú.

SUNDIATA DE GAMBIA

Madre, llegaron los barcos, vi los hombres vencidos descendiendo, hay grupos que saltan al mismo tiempo y caen de pie, hay hombres que se dejan arrastrar y quieren quedarse hundidos bebiéndose las lágrimas del agua, pero a los que quieren salir no los dejan, los jalan, colgadas las lenguas, madre, ¿dónde dejaron los huesos? Del agua salen escurriendo unos zurrones con apariencia borrosa de que fueron ellos. Hombres. Madre, yo no quiero nunca ser un borrón de mí. ¿Madre, usted reconocería la sombra de Sinar? Venga, madre, mire. Los escolta el mismo fusil, es tan extenso que ensarta a cada hombre, atraviesa el muelle, sube el palafito y viene y se encaja en mis costillas. ¿Vio, madre, que el fuete tiene las colas llenas de nudos? Nudos sangrantes. ¡Madre, no mire!, ¡los fuetes se están devorando a nuestros hermanos!

Por fin llega el gobernador, queda en suspenso el odio o la rabia o la maldad. Respiran los hombres. Se parece a otros como él, ¿cómo es, madre, que ellos son idénticos a pesar de sus narices, bocas, barrigas, edades, sexo y genio distintos? Muchas personas distintas y una verdadera. El amo Ibrahim, su mujer y sus hijos, el cura, los cabildantes, el doctor Cabal, el señor Villadiego, el cazador. Todos ellos como el gobernador. Llega bajo un dosel de palma, lo portan dos mujeres, otra lleva el abanico, también de palma, y otra los sigue con un cántaro en la cabeza, detrás va el alguacil. Se encuentra con el cazador que estaba matando micos y acaba de pisar tierra sin antes tocar las dos aguas, que dicen ser río y mar, porque bajó de la piragua horqueteado en el boga. El boga en el agua, el cazador en el boga, el fusil en el cazador. Revisan tamaños folios, dividen a los hombres en dos grupos. El gobernador, su dosel, abanico, folios, servidores y hombres encadenados vienen hacia acá. ¿Es nuestro turno ahora? ¿Hay peligro de que nos amarren al grupo de

hombres vencidos? Me da miedo de lo que le puedan hacer a usted, madre ¿cómo la cuido? Ese Sundiata que llevo dentro me dice que con la vida, unos ojos de candela, mi puño de roca y unos rugidos como el de las aguas rugiendo. La defiendo como usted a mí: sin miedo. ¿Qué digo, madre, si me preguntan para dónde vamos? ¿Esa respuesta imposible? Tanto la quiere usted que yo también la quiero: África.

NAY DE GAMBIA

De manera, negra, que andas vagando por los caminos. No vago, señor, vamos, mi hijo y yo… de viaje. ¡Señor Gobernador, dirás, negra! Señor Gobernador, vamos de viaje. De dónde vienes. Venimos del Palmar, en la provincia del Cauca. Y, ¿cuál es el motivo del viaje? Buscar en esta provincia al padre de mi hijo. Para mí que te has fugado de alguna hacienda, o se fugó tu macho. No tienes aspecto de negra de los palenques. Señor, yo no me he fugado. ¡Señor Gobernador! Señor Gobernador, no me he fugado, soy libre.

Juro que, por primera vez, aleteó en mi faltriquera la carta de horro, se inflamaron sus letras, yo las vi revestirse de autoridad, pero el gobernador fingió ver sólo letras. ¿Cómo dices que te llamas? Nay, Nay de Gambia. Ese nombre no quiere decir nada. Es mi nombre y el nombre con el que me llamó el señor Ibrahim Sahal, cuya firma allí aparece. He oído mencionar al caballero. ¿Qué hay en su hacienda: trapiches, ganado? Así es, respondí. Juzgué conveniente reforzar ese poder mencionando otras posesiones existentes aunque menguadas: Tabaco y caballos, dije. ¡Ah, importante, importante!, dijo y agregó: ¡A ver, qué hacemos con esta liberta! Para dónde te mando, negra, ya veré si cocinas en los campamentos del ferrocarril que ya trae el general Mosquera, o si te vas para Chagres, digo, con los que van para esa prisión, ¿sabes?, al servicio de la tripulación. El mozo me sirve a mí. ¿Tienes nombre, mocito? Juan Ángel, se llama Juan Ángel. De Gambia. ¡Déjalo que hable! Señor Gobernador, me llamo Juan Ángel. ¿Qué sabes hacer, mocito? Sé manejar caballos, también soy cazador y carbonero. ¡Ah!, me sirve, me sirve.

No lo había sufrido todo, también mordieron mis tobillos los grilletes que le pusieron a mi hijo. Protesté: ¡Es libre! No es cuestión de libertad, dijo el gobernador. No ha cometido ningún delito, alegué. Se trata de prevención, dijo. Mañana veremos,

agregó. Por haber quedado yo en posesión de mis pasos, tuve confianza. Y la carta, de vuelta en mi faltriquera, me hizo promesas. Fui y me acurruqué, con nuestros bártulos, en un rincón de la barraca, del lado libre de la reja. La cálida humedad se adhirió a mis pestañas, me tumbó sobre el petate raído. Había un rumor salobre en el ambiente y huellas de lodo en mi memoria. Ya estaba entrada la noche cuando al gobernador le dio hambre. Había ido y vuelto de su aposento. Olía a colonia y a sebo. Se paseó por la barraca. Estos negros quedan a buen recaudo tras las rejas, entre grilletes, te relevo por esta noche, vete a dormir, le dijo al alguacil de adentro. Mandó al de la ronda por comida caliente, pescado frito y plátano. Caliente, dijo. Recién fritos, ¿entiendes? Sí, señor gobernador. Dame las llaves.

Soltó a mi Sundiata. Mocito, vamos, llévame la lámpara. Transpiraba lujuria, conozco ese resuello, la lujuria pone la lengua pastosa. Y se adhiere a las palabras, no importa cuáles. Llevaba las llaves colgadas de la correa. Yo fingí dormir. Mi Sundiata iba adelante con la vela. Lo internó en los matorrales. Y yo pude irme detrás porque conozco los pasos de las fieras, la levedad de sus cuatro patas, sé imitar la exhalación de las colas que se zambullen en la manigua, remedo coletazos en los charcos. Y mudez de las agallas. Su pastosa palabra lo amenazó: Si gritas mato a tu mamá. Dame la lámpara. Quítate el pantalón. Voltéate. ¿Qué me va a hacer? Algo que me gusta y te va a gustar. Él se bajó el pantalón. Lo dejé tocar, babear, y mientras él se desesperaba buscando el modo de llegar a mi hijo que lo superaba en más de diez pulgadas, yo calculé bien la estocada en el cuello. Luego lo sostuve de pie contra el árbol mientras mi Sundiata le quitaba las llaves. Mi cuchillo pasó a revolver sus vísceras. ¡Corré, llevales las llaves a los presos!, grité. Pero mi Sundiata ya estaba de vuelta con nuestros bártulos. Apaciguó mi mano. Por el monte se dispersaban las sombras libres. Ahora me pregunto cómo en ese trance supe, sin reflexionar, servir a los presos y servirme de ellos.

SUNDIATA DE GAMBIA

Oí a mi madre insultando en su lengua, temblando me di vuelta y temblando la lámpara alumbró los ojos más grandes que las órbitas, la lengua tragada y las venas escupiendo sangre. Escupitajos a chorros ensuciaban el rostro de mi madre. Un taco obstruyó mi garganta, un grito demasiado grande, una bola de miedo porque nos vi, a mí y a mi madre corriendo, perseguidos y colgados. Y no salía mi voz. Cuando ella me dijo que le quitara las llaves al gobernador yo pude reaccionar, su voz me mueve, también me hace crecer, en un instante me convertí en otro. Voy a quedarme así, grande, de repente. ¿Lo notará mi madre?, se lo voy a preguntar cuando lleguemos a un caserío. No me vieron la cara, con los dedos busqué el ojo del candado, una tras otra metí las temblorosas llaves, di al cabo de eternos intentos, un rumor de presos me preguntaba algo que no sé decir, y yo les dije cualquier cosa. De regreso, todavía lo sostenía mi madre, atrincherado contra el árbol. Creo que no estaba segura de que estuviera muerto. El camino hacia el agua se hizo muy largo, pero los ojos de todas las velas estaban apagados y la brisa se llevaba el olor de la sangre a los manglares.

NAY DE GAMBIA

Sundiata me pidió con una firme ternura que esperara en la playa y se fue para la fonda del puerto a buscar a Pascual y a Nacho. Estaban bebiendo aguardiente. Volvió con Nacho, ebrio pero de pie. Ha sucedido algo malo en la barraca de los presos, dije. ¿Qué? ¿Me concierne? Tenemos que huir mi hijo y yo. ¿Qué pasó? Algo malo, no sé, algunos presos huyeron, también nosotros. Llevanos lejos, perdenos entre los manglares. El que nada debe, nada teme, o me equivoco, dijo. Todos los negros somos culpables. Vos lo sabés tanto como todos. Ni vos ni yo conocemos el delito, pero somos culpables, dije. A ver, ña Nay, no quiera enredarme, allá ustedes y lo que quiera que hayan hecho, a mí déjenme en mi fonda, dijo. Puedo pagarte, algo me queda, Nacho, estas lascas de oro y estos reales. ¿Cuánto? Te doy una parte ahora y otra cuando lleguemos a nuestro destino, sabés que quiero llegar al San Juan, pero antes, huir. Deme a ver, voy por la piragua. Te doy la paga cuando estemos en la piragua. Soy boga, no ladrón. Los interno en Playa Cangrejos y allá me esperan sin moverse. ¿Cómo dieron conmigo? La suerte, le dije. Pero no le dije cuál suerte.

Ya lo sabía, pero ahora es una realidad: no me detendré. Me mueve un ímpetu distinto, porque no busco. Huyo. El sentimiento del criminal me inflama, borbota en mis venas, no de arrepentimiento, sino para que me salve, hay una soga persiguiéndome, soga vengativa, no justa. Sólo yo entiendo mi justicia. De manera que tengo que huir. La muerte sangrienta lo ha cubierto todo, la ley acude a los berridos de la sangre, la del muerto y la que mancha mis manos. Y nos huele: sospechosos, sospechosos los presos, sospechoso mi hijo, pero, sobre todo, yo, madre. Lo pienso por ser la autora del crimen, no por otra cosa, tanto pueden sospechar de mí como de cualquier otro, los alguaciles que conocían sus gustos y perversiones: niños

indefensos. También entre los presos había muchachos, menos saludables, menos bellos. Pero muchachos y tan inermes. Pido a Dios que los bendiga con piel de jaguar, colmillos y garras, los unja de fauces feroces, los dote con veneno de cascabel y furia de mico, que los bautice con letal baba de rana. Para que nadie se atreva. También a nosotros.

En este recoveco, dentro de los manglares donde zumban y nos chupan jaurías de insectos enormes, hemos recalado al cabo de una jornada que se prolongó por doce horas. Mi hijo y yo nutríamos la hoguera mientras llorábamos ardientes lágrimas de humo y se taponaban de ceniza nuestros pulmones. Alternamos ahogo y picaduras. Trinos, parloteos y aguas cómplices arman un dosel de seguridad. De pronto, respiro. Nacho se zambulle y emerge con manotadas de comida, camarones, dice que se llaman. No hemos comido de eso, digo. ¿A qué saben?, pregunta mi Sundiata. A mar, dice Nacho. ¿Cómo se comen?, pregunto. Como se pueda, responde Nacho. Cómo se puede si estamos en el agua, ¿crudos?, ¿vamos a llegar a alguna parte? Pero Nacho nada responde, o responde con los remos, y una energía renovada que impulsa la chalupa por donde se desparrama el cauce. Nos acoge la hoguera de un rancho. El dueño nos permite asar los camarones, comerlos, charlados, con él, permanecer. Guinda una hamaca. Me la ofrece. Mi hijo y Nacho se recuestan en la plataforma. Nacho y el hombre fuman. Una siesta corta les va a hacer mucho bien, dice el hombre. Yo podría dormir hasta mañana, dice mi Sundiata. Y yo beber, dice Nacho. Es mejor que sigan, andan buscando a quién colgar, dice el hombre.

SUNDIATA DE GAMBIA

A mi madre la favorece que tiene la espalda muy recta y apenas dice lo necesario, ahora y siempre, desde que empezaron las jornadas de este viaje. Ya Nacho la conoce, que cuando las aguas se encabritan, que cuando un gran tronco nos embiste o de pronto la corriente expulsa restos o cadáveres enteros, cuando árboles y matorrales ahogan los cauces, o el mangle nos pone zancadilla, cuando la corriente del río corre en sentido contrario, mi madre es una princesa en la canoa. Yo trato de seguir el ejemplo de mi madre, de ser yo, que Nacho me sienta igual, de pronto más comedido no por el afán de huir, sino porque le falta el otro boga, y le dije: Quiero ser su ayudante. Silencio. Quiero aprender a remar. Silencio. Remontar las aguas bravas, los torrentes. Silencio. Si encalla la piragua, yo le ayudo. Silencio. Luego Nacho cantó:

Se nos junde ya la luna;
Remá, remá.
¿Qué hará mi negra tan sola?
Llorá, llorá…

No sé por qué pienso que el canto de Nacho me responde, me dice: Yo no hago sino remar, soy el señor del río, muchas cosas se quedan regadas a mi paso, unas flotan, otras se ahogan. Descubro que hay muchas maneras de responder. Y de hablar. En las aguas tranquilas, sin escollos ni fieras pero sí con retazos de luz y rumores de la selva, todos tranquilos, también la llovizna, el aire de melcocha con aguijones calientes se me prende de la piel, me ciñe la camisa y el pantalón, yo agarro manotadas de agua y me lo quito, volteo y le pido a mi madre su pomada de azafrán. Avivo la hoguera. Que me envuelva el aire, pero sin ponzoñas. Mi madre sabe sacar los aguijones, tengo muchos en mi cara y en mi

cuello, sus uñas los pescan y sus dedos sanan, la pomada es una creencia de mi madre, que también tengo yo. Ahora no dejo que mis ojos se cierren porque quiero mirarla: Estos gusarapos parecen pájaros, ¿los conocía usted, madre? Sí, en mi viaje por el Atrato, hace ya quince lluvias. Mire, madre, esta picadura que tengo en el pie. ¿Por qué no me la habías mostrado, hijo?…, hace tanto que no te cuido los pies. Yo ya me los puedo cuidar, madre. Me saco las espinas y la sangre mala. Esta picadura se ha vuelto llaga. Voy a apretar un poco. Sí, madre, no voy a gritar. Cuando bajemos en el próximo caserío voy a hacerte una buena ablución y te pongo un emplasto de yerbas. También en los pies tenés que sobarte pomada. Un chocó, en Turbo, fue el que me enseñó a prepararla. Yo quiero aprender a hacerla…, yo quiero saberlo todo… Mire, madre, un cocodrilo. ¿Dónde? Allá, en ese banco de arena. Ya lo estás aprendiendo todo, hijo. A remar. A curar. A conocer los ríos. Los caminos. Los atajos… Entonces caigo en cuenta yo, y creo que también mi madre, de que Nacho está en silencio y la canoa también, ha dejado de batir sus remos, boga y canoa parecen un jaguar en lance de cacería con sus oídos. Entonces yo agarro un trino al vuelo y le respondo, y el trino me habla y yo le vuelvo a responder. Y él vuelve a decir y yo también. Son iguales, estoy segura de que estás confundiendo al pájaro, dice mi madre. Se ríe. Yo me acerco, le digo al oído: Madre, no tengo miedo. Y ella responde: Yo tampoco tengo miedo, hijo.

NAY DE GAMBIA

Después de navegar entre manglares y desembocar en aguas difíciles con bancos de arena y gargantas de lodo y corrientes bravas que tan pronto van como vienen, llegamos a un río tranquilo que hasta prometía algún palafito adonde arrimar para curarle el pie a mi Sundiata y comer. Algunos tienen terrazas con matas de plátano y maíz. Hay una hoguera, se espantan los gusarapos y huelen los asados. El cuerpo pedía el reposo de la hoguera. Ni siquiera un petate o la hamaca. Necesitábamos una hoguera, su calor, su humo, los pavores de su caldero, un fuego que animara los espíritus de las yerbas. Y los inspiradores de esa hoguera, hermanos amables con quienes charlar. La canoa hacía aguas, ahora estábamos dedicados mi Sundiata y yo a sacar agua. También lo hacía Nacho con el pie. Nuestra hoguera se apagó. Pero en la orilla resplandeció una choza. Alguien se asomó por su ventanita y gritó. Nacho respondió. El otro volvió a decir. También Nacho. Pero seguimos de largo. Y nosotros, olvidando que estábamos huyendo, nos preguntamos cuándo íbamos a parar.

Ya no nos preguntábamos nada, de no ser por los afanes que imponía el río habríamos permanecido ajenos a todo durante una eternidad, como el que apenas respira porque nada espera. Pero el río se encontró con un arroyo, se encabritó la corriente porque se enfrentaban dos ríos, se produjo un vértigo, Nacho maniobró para sostener la piragua bocarriba, un embate nos alzó en vilo, quedamos, la respiración suspendida, en el aire, como pájaros, y la caída fue estruendosa, caímos hondo, sumergidos entre espumas que cuando se disiparon le dieron paso a una imagen espléndida. Creí que se trataba del mar. Faltaba la otra orilla. En ese momento quedaba muy definida, en mi parecer, la felicidad que conlleva el riesgo. Le di gracias por nuestras vidas y nuestra libertad a Nacho. De buena gana iba a vaciar mi pretina de oro

para él. Y quise abrazarlo cuando cantó:

…Me coge tu noche escura,
San Juan, San Juan.
Escura como mi negra…
San Juan, San Juan, San Juaaaan.

La humareda anunció el primer caserío de una jornada sin resuello, pero la descarté cuando percibí un muelle. Esperé un viraje certero del boga, en nuestra travesía desde Buenaventura habíamos evadido un par de autoridades de río, pero esta vez, Nacho hizo señales, dio voces. Sorprendida le pregunté: ¿Autoridades de río? Autoridades, sí, respondió. ¿Por qué, Nacho? No se le puede pedir más a la chalupa. ¿Serán esos alguaciles? Vaya uno a saber. ¿Y si nos están esperando? Me respondieron los remos. Y yo, con titubeos en mi pensamiento, empecé a preparar mis palabras, se me hacía muy difícil discernir entre las que podía decir y las que debía callar. Todas mis respuestas, porque imaginé preguntas de esas que acusan, que no tienen la intención de saber sobre el interrogado sino de condenarlo, las imaginé y todas mis respuestas me delataban. A las voces de Nacho respondían, cavernosas, prolongadas, otras palabras, discernibles sólo entre ellos, como el lenguaje de los hombres en mi aldea, como el lenguaje que hablaban Sardick y el señor Sahal. Entonces alguien empezó a volear un pañuelo, busqué destinatarios para esa bienvenida, no los vi, volví a buscar, quizá por el aturdimiento estaba ciega, suspendida la visión de otras canoas y otra gente. Pero no, el pañuelo batía su fiesta colorada para nosotros, prófugos de culpas ajenas, despejaba los horizontes, ofrecía todo desde el muelle, y yo lo presentí, nos apretamos las manos mi Sundiata y yo. ¡Es Candelario Mezú! No, hijo. ¡Sí, madre, es Candelario Mezú! No, hijo. ¿Será acaso algún pariente suyo, Nacho? Parientes yo no tengo por acá. ¿Amigo? Yo no sé usted, al fin, de dónde venga; pero de donde yo soy los hombres no se saludan con esos aspavientos, pero si parece un mico el hombre ese. Cuando por fin se toparon nuestros ojos, nos hicimos promesas que ahora cumplimos en el petate.

Nos recogemos en este aposento de la barraca, está en el ala derecha y tiene vista al río, hay una tinaja con agua y un baúl,

encima discurre la lámpara de pantalla roja, a las siete nos suben la batea con pescado frito y plátano, del caballete pende el mosquitero de vuelo muy amplio, y el petate recorre toda la extensión de nuestra fiesta arrebatada. Desfallecemos juntos. Afuera se revientan los sapos, y este es el único nido de mi vida, aquí he vuelto a tener noticias de mi cuerpo, ¡ah!, tan atento a mis latidos, todo lo presiente, todo lo sabe, surge de la pasión con preguntas sobre mí, y su vigor me abraza, me acaricia, me socava con la tortura más dulce. Hasta ahora recuerdo este fuego de burbujas que revientan en mi pecho. ¡Ah!, la mejor fruta no es vegetal, sino su boca, y no quiero dormirme porque este es mi sueño, cuando cabeceo me jalo yo misma hacia este paraíso, sólo quiero reposar en los soles galopados de su piel. Mirarlo, mirarlo. Me bebo su risa, su risa cascada de muelas felices. Su presencia me salva de todos los tormentos. Luego se levanta, abre la ventana, asegura la gasa en el bastidor, trae la bandeja: A ver, mi Nay, comamos, después de toda batalla hay que reponerse. Me gusta sorberme los ojos del pescado. Te los regalo todos, Candelario. ¿Es un trato? Sí. Lo miro y lo miro. Me gusta su manera reposada de comer, bebe y saborea su licor y yo quiero sorbérmelo a él, sal y melaza. Luego me recojo en su pecho, pecho muralla, pecho bongó: Me gusta oír cómo sonás, amarrame Candelario, no me dejés ir.

Te cuento, mi Nay de Gambia, cómo percutió el tambor tu llegada, porque él llegó primero, a veces le pisabas los talones, pero la percusión vuela, mi Nay. Yo dije: viene a buscarme. ¡Ah!, no sabía que eras presumido. Sí, y tenía listo este petate para tus muslos apretados. El tambor avisa: este viene, va o pasa. Acerca de vos, quitó aquí, aumentó allá, porque era tu cómplice el tambor. De haberlo sabido, habría sufrido menos. Verás: izaste la bandera de los conventos en el Valle del Patía y te fuiste hasta El Caribe, pasando por Quilichao, Palmira, Cartago, Salamina y Medellín. No entiendo nada, explicame lo de la bandera. La declaratoria de guerra se dio en el Valle del Patía y se hizo porque el presidente Márquez ordenó cerrar unos conventos. Yo te conocí enterrando soldados de esa guerra… buscando a Sinar, ¿no? ¿Cómo va la guerra? Hay conversaciones, batallas perdidas, ya sabés…, algunos operamos desde la clandestinidad. Pero mirá, mi Nay, yo decía para mis adentros: ella es capaz de ir hasta el fin del mundo. Y otros también deben saberlo, por eso el tambor te

puso en boca de los palenques y caseríos. Con decirte que te pusieron charreteras y medallas. Con razón nadie me reconoció al pasar, ni hermano ni extraño. ¡Ah! Es que nadie me buscaba de faldón y blusa de bayeta sin más señas, apenas mis aretes colorados, y ese envoltorio que ves, en el regazo o en la cabeza según si voy en chalupa o si camino. Fijate, mi Nay, que la gente no está tan lejos cuando imagina. ¡Charreteras!, ¡medallas! Decime, ¿se las han puesto a alguna mujer? De pronto las charreteras se las puso la mujer que ahora recuerdo, porque, si mal no entendí, se disfrazaba. Lo que sí sé es que tenía su título: Libertadora del Libertador. Contame. Te contaba que la gente no está tan lejos cuando imagina porque yo te recuerdo montada en tu mula, ibas peinada con cachumbos de colores. Llevabas machete. Sí, para trozar las ramas de los atajos. Pero contame de esa otra mujer. ¿Te dije que me volvieron loco tus muslos? Y tu boca. Toda vos… Buscabas a Sinar. ¿Todavía lo buscás? Eso digo a veces: que lo busco. Te juro que yo he preguntado por él, yo mismo lo he buscado: un soldado con cicatriz de bala en cualquiera de los dos brazos porque no recuerdo en cuál fue la herida. Y cuando encuentro la cicatriz pregunto: ¿Usted se llama o se llamó Sinar?

Para que juntos pensáramos mejor, dejó Candelario las acciones más recientes de esa mujer que el tambor creó a partir de mí. En principio no creyó, pero tampoco se atrevió a descartar que Nay de Gambia hubiera dado muerte al gobernador de Buenaventura. Una mujer que desdeñaba, incluso con puntapiés, el asedio de soldados borrachos mientras ella recorría el campamento en su mula buscando a su hombre; y, esa misma mujer buscándolo a él, a Candelario Mezú, bien podía, en defensa propia, matar. Según mis cálculos, dijo, por los días en que dieron muerte a ese monigote que llamaban gobernador, vos estabas en Buenaventura. Bien sabés que sí. Bueno, han pasado diez días. Me dicen que ya está nombrado el reemplazo… Hay despliegue de tropas que despacharon desde Cali, y no demoran los refuerzos que llegan de Popayán. Es que además se perdió la inversión de un terrateniente llamado Julio Arboleda. Le tocó devolver los reales que ya había recibido por la venta de los esclavos. ¿Sabés, Candelario, si hay ahorcados? Ni ahorcados, ni detenidos. Pero hay movimiento. Y mucha diligencia entre las autoridades de río. Lo que en palabra precisa se llama rapiña. Lo que quiero decir,

Nay de Gambia, es que toda esta barahúnda la podemos manejar a nuestro favor si, de pronto, tuviste que ver en el asunto. Candelario Mezú, ante todo te digo que en vos confío. No sé por qué callé, quizá me olvidé de todo… no quiero recordar que maté, aquí me siento a salvo…, todavía no te he contado muchas cosas, ni qué espero de vos. Salí a buscarte y te encontré. ¿Puedo contarte lo demás? Adelante, mi Nay.

Ya sé que nada desdice al tambor y que el rumor tiene la determinación del río, debía continuar siendo esa Nay inventada, seguirle la corriente a la idea que me endilgaba andanzas de guerra. Acordamos que, en mi mula retinta recorría las huestes sin menoscabo de mi humanidad porque tenía la gracia de ser capitana de un capitán cimarrón de nombre Candelario Mezú, que lideraba la facción más aguerrida, aunque anónima, de Los Supremos, pero que buscaba a Sinar y que al fin lo encontré en un contingente de los esclavos que Arboleda pretendía embarcar, bajo los sigilos del contrabando, para el Perú. Con mi banda de sediciosos, di muerte al gobernador de Buenaventura, liberé los esclavos y encontré a mi hombre. Luego, es decir, en estos días que corren, establecido el menoscabo del cuerpo y la mente de Sinar, me devolví al Cauca en busca de un caserío donde albergarlo para luego sumarme a las tropas de mi Capitán que prepara una incursión en algún lugar de la comarca.

SUNDIATA DE GAMBIA

Cuando mi madre me ordenó permanecer en el palafito, yo le recordé que sé andar en el monte. Ella dijo que mi pie necesitaba reposo y evitar ponzoñas, pringamozas y trampas. Apenas llegamos me lavó y me puso los emplastos una y otra vez, y aunque sé que ese remedio me cura, casi me alarmó tanta repetición. O quizá es que antes no tenía tiempo mi madre. Por primera vez la he visto pasar largo rato sentada, a mi lado. Baja y aviva la hoguera que espanta las serpientes. Luego viene, me revisa el pie. La veo pensando con mucha insistencia, a veces siento que las palabras quieren dejarse oír, pero ella las muerde. Trato de adivinar sus sentimientos, ¿miedo?, ¿planes? O algo relacionado con el gobernador. Yo no mentí cuando en la barca le dije que no tenía miedo y sé que ella tampoco mintió. El gobernador no se atraviesa en ninguna de nuestras conversaciones y tampoco en mi pensamiento. Ese es otro paso que me acerca a Sundiata y me aleja de Juan Ángel: que la sangre no se me quedó pegada en la nariz. Imagino que a ella le pasa lo mismo porque es valiente, sin embargo, yo necesitaba decirle unas palabras que de alguna forma pudieran ajustarse a las cosas que tiene en la cabeza. Madre, yo por usted habría hecho lo mismo. ¿Le he dicho, madre, que la quiero con toda mi alma? Gracias, hijo. Puede estar tranquila, no voy a salir. Gracias, hijo.

Y, la verdad, ella no sabe que he resuelto dejar esperando a esta selva y este río, porque el día apenas me alcanza para mirar a la mujer que cuida los pájaros, permanece colgando y descolgando jaulas, recibiendo aves vivas, despachando aves muertas, yo me siento de cuclillas, como pájaro, con los ojos de las águilas, la picoteo. Pienso que todo alrededor tiene el color de la llovizna, pero el cobertizo permanece iluminado con esa mujer emplumada, llena de aleteos de colores y trinos y graznidos, mujer papagayo, ella alimenta las aves y las refresca, les cura los

buches asustados y ellas brotan de sus manos otra vez, la pajarera enciende el día o mis ojos, ella pone su pico de pájaro para convencer a los pájaros de que se queden tranquilos mientras se los llevan y a mí me viene una risa que saborea su pico delicioso: Silbame a mí, silbame a mí. Quizá ella lo note porque me pide que aprenda a construir jaulas. También me pide que le ayude a recibir pájaros, llegan muchos, manotadas porque no demora el paquebote. Y las tejedoras de jaulas no dan abasto. Muchachos como yo los traen vivos o muertos, en este caserío los pájaros muertos siguen iluminando porque antes de que se les destroce el colorido, un naturalista los vuelve inmortales.

NAY DE GAMBIA

El caserío ha cobrado nuevas dimensiones, de repente se volvió grande y ruidoso, apareció gente, se abrieron trochas y entre las muchas canoas que llegaron hubo una con toldo. Candelario Mezú sacó su cuaderno de palotes y dijo: Llegó la subienda. ¿Me esperás, Nay de Gambia? Te puedo acompañar. Dejame lo pienso, decime, por lo pronto, si me vas a esperar. Sí. Sabés, Candelario Mezú, que yo sé escribir. ¡Ah, sí! Demasiado escribana es lo que sos…, dejame lo pienso. Bueno, Candelario Mezú. Quizá un día me dicte una carta. No le mencioné sus deficiencias, él las suple con la memoria y su conocimiento del sistema mercantil que surca los ríos y el océano, la estrategia de guerra la ha incorporado a su nueva actividad, sin embargo, dudo que sus precarias letras tengan buena proyección, pues, tal como ahora son, no se pueden intercambiar, apenas funcionan en el caserío. Ha desarrollado un código que sólo él sabe descifrar y lo combina con palabras claves, aprendidas de memoria, que él escribe como si dibujara un objeto: flete, carga, piezas, oro, varas, bultos, *gold*, reales, *money*. Contadas son sus palabras. Sobre números y ecuaciones básicas tiene cierta habilidad, esa es su trinchera y prefiere no enredarse con escribanos.

He recorrido los contados parajes, conociendo gente que está de paso, muchos se hospedan en la fonda del viajero, una barraca que es el lugar donde se reúne Candelario Mezú con los comerciantes. Se trata de una extensión de su casa, pero para extraños. La mujer que cocina y cura se llama Brígida, cuida la casa y se la pelea a la selva cada día, evapora el miasma que escurre por las deshabitadas paredes y mantiene la marmita crepitando en la hoguera, sartales de semillas y hierbas penden de las vigas para expulsar ponzoñas y aromar; rescató un par de cosas olvidadas para hacerse un altar que justifique las velas donde orbitan mariposas y cucarrones de luz. Un cuadro y una

escultura de bronce. Son el mismo santo. El cuadro exuda líquenes y colores de la tierra. Cuando el hospedaje tiene que abrir sus puertas ella tapa grietas abiertas por tallos y malezas en las mamparas.

Recalan en este caserío del San Juan mercancías que entran y salen por bocas y afluentes: sal, vinos, telas, cosas refinadas. Ahora tengo enaguas de encaje y un pañolón de seda para ponerme un turbante, un estuche con dos frascos de primorosa manufactura y exquisito perfume; una escarcela de tafilete para guardar mis papeles, no sé para qué más pueda servir, ya que yo no sé llevar ese tipo de lujos, y también tengo papel, ¡tanta cosa tengo y nada he pedido! De este puerto salen pájaros, carne ahumada de manatí. Y oro: patenas y filigranas, oro en polvo, figuras de las guacas, con tanto oro que el San Juan vierte por sus siete bocas, yo me pregunto cuánto puede mi pretina. También llegan mujeres y se sueltan a sonar el tambor y la marimba. La tripulación entonces puede esperar mientras calafatean el paquebote y restauran partes oxidadas, dice Candelario Mezú que ahora tiene un astillero con su propio aserrío, él, boga, nunca lo imaginó, se ríe, dice que enlaza con comercio y tránsito, ha entrado en el sistema industrial. Hombres yacos y noanamás traen estopas y resinas al estero donde está varado el paquebote. Los vientos que vienen del sur averiaron el puente de mando y abatieron palos, la experticia del capitán lo salvó de zozobrar contra los acantilados, dicen. De las minas han llegado libertos a trabajar en la fragua. Ellos reparan herrajes y clavazones.

Ahora hago un servicio, pero, sobre todo, voy a mirar la embarcación, empiezo a permitirle a mi Sundiata salir conmigo. Me acompaña y conoce los alrededores, vamos a campo traviesa, los hombres que volean hacha en el manglar se dicen a gritos sus instrucciones, de pronto nos cruzamos con Candelario, él, de pasada supervisa los trabajos, hace cálculos, regresa al muelle y recauda los costes de tránsito. Las comisiones y los asuntos relacionados con el movimiento cimarrón los trata en la fonda. También el capitán del barco llega a inspeccionar los trabajos. Con naturalidad pasa de su lengua a esta que ahora hablo, ambas son una. Hay entre la peonada hombres de la tripulación y libertos que ejecutan las tareas sin necesidad de entender sus palabras enredadas menos por la pronunciación que por la mezcla que él hace de las dos lenguas. Yo arrimo al astillero con refresco

para todos, también cargo gasas, alhucemas, unturas y espinas para hacer brotar esquirlas, suturar heridas, aliviar dedos machucados. Traigo conmigo el talante de andar en los campamentos, invisible mi yegua retinta, pero en ella voy, llevo una fusta que ahora se llama Candelario Mezú, por eso reciben mis atenciones con cierta distancia, hay miradas y gestos que la franquean, y yo los guardo por si el momento llega en que aplique sinapismo, retire cataplasma o tenga que hurgar con mi espina sanadora. Aprendo a mirar el maderamen. Sus muchas tablazones y sitios donde estar se me revelan entre opresores y magníficos. Reconozco la boca de la sentina y el redondel que recorríamos al trote, bajo el peso de las cadenas. Soles de vidrio penetraban por entre los párpados abotagados y las lagañas lloradas, y se clavaban en las pupilas. Ráfagas de aire exacerbaban las fiebres o el miedo de la piel. Baldados de agua astillaban nuestros huesos. Nos subían a cubierta mientras sacaban los muertos y limpiaban la sentina. Y nos hacían bailar una danza entumecida. Las cadenas trituraban nuestros tobillos. Y dejaron su cordón de oprobio en mi tobillo izquierdo. Soles, agua y aire entretejían una cálida gasa y se evaporaban nuestros humores enfermos. De manera que poco supe acerca de la magnífica estructura de los barcos hasta ahora, cuando veo uno varado en la playa. Entre los trabajadores, aquellos que forman parte de la tripulación vociferan más que cualquier otro. Al vuelo agarro algunas palabras: cubierta, palo mayor, puente de mando, sentina, portañolas, arboladuras, obenque; interpreto palabras soeces, expresiones ofensivas. Alguna me alude. Y mientras ellos ajustan pernos, embuten estopa y brea y ensamblan tablas y palos, yo leo presagios a nuestro favor y lo cubro de rezos porque ese barco es mío. En algunas ocasiones coincido con el capitán pues el barco también es suyo. La primera vez, sus oficiales le daban un reporte y él salió del corrillo para hacer una inclinación, ¡nunca en mis quince lluvias vividas aquí fui objeto de saludos con ese minué! Y no se trató de burla ni finura, sino de presagio. A mi hijo le habló: Eh, *boy*, mejórate y vienes a mi barco. Le dio unas últimas precisiones al grupo disperso y se trepó en el maderamen, probó la fuerza de algunas piezas, hurgó en las junturas. ¡Eh, *boys*, ya casi zarpamos, a ver si apuran! Y, tú qué haces aquí, ¿vigilas?, me preguntó desde arriba. Miro el barco, dije. Abrió los brazos para abarcar su navío y todo lo que

cabe en él, dijo: ¡Trecientas toneladas!, pájaros, madera, manatí: pieles, carne ahumada. Tú sabes. Tripulación. Y yo pregunté por lo que he venido pensando: ¿Pasajeros? Esta vez un clérigo, un naturalista, no sé quién más, quizá ocho o diez más, ya se sabrá en Panamá, luego, directo a San Francisco. ¿Qué condiciones deben tener los pasajeros? ¡Money! ¿Oro? Mucho mejor. No pude decirle que puedo vaciar mi pretina de oro en sus manos, la emoción no me dejó hablar. Pero estuve esperando que se recostara en la hamaca a fumar eso que lo hace feliz. Entonces mira sus ensoñaciones, las encuentra en la llovizna, en los insectos, les sigue los vuelos con el dedo, se ríe. Estira la mano y busca una botella, yo, que esperaba la palabra más precisa, le alcancé su bebida, él la recibió, pero sólo se interesó en beber. Encendió otro cigarrillo, aspiró y, con el humo retenido, habló: ¿Por qué será que los negros tienen presencia de sombra? Silencio. Liviana, callada. Silencio. De no ser tan penetrante el olor de la yerba que fuma, sería agradable. Por primera vez me miró ¿Sabes, negra, que las sombras amenazan? O esperan, capitán. ¿Me buscas a mí? Sí, capitán, quiero que me lleve en su barco, voy para África, puedo pagar. ¿Te escapas? Viajo, con mi hijo, como viajan el fraile y el naturalista: libres. Necesitas mucho más que dinero para viajar. ¿Qué? Linaje, lo tiene el cura, lo tiene el naturalista, lo tengo yo, en la piel lo tienen los hombres blancos de mi tripulación, y el par de negros que hay entre ellos me tienen a mí, y también tienen el riesgo, ¿entiendes? Y los pasajeros de su barco, ¿tienen a quién? Mira, negra, yo no voy para África. Pero me deja más cerca de lo que ahora estoy. ¡Eres testaruda!

Entre mayores es ahora la charla con vos, hijo mío, la sangre del gobernador no se te pegó de la nariz, esa misma noche sosegaste los temores de mi pulso, vos le infundiste movimiento a mi tendón engarrotado, tuyas fueron las decisiones, me lavaste esa sangre con arrullos de luna marina y la grupa de los ríos, hijo, por tu mano respiré. No fuiste hombre por una prueba de iniciación, sino por la vida, no ha sido el bosque tu adversario, sino la maldad, recorrerlo en ciega vigilia cuando ramas y malezas le tienden trampas a tu valor, internarte entre acechanzas feroces sin más camino de vuelta que las estrellas en cielo nublado no se compara con la horca que le apuntaba al hueso de nuestro aire.

He de hablarte, poco a poco, de cosas que tengo en esta cabeza. Pacha, la mujer de la fonda, allá en el Cauca, me habló de agua, de mucha agua, también de hombres y de oro, no sé si mal recuerdo, si estoy interpretando según los dictados de mis deseos palabras que no entendí, pero a eso llevan los presagios del tabaco; como son enigmáticos y difusos, lo dicen todo y nada. Responden, como ahora, en el futuro y sin necesidad de hacer preguntas. No le entiendo, madre. ¿Sabías que Pacha lee el tabaco? Sí, madre, y usted me está contando que le dijo cosas. Sí, cosas que ahora traigo a mi cabeza como un pretexto para seguir pensando. ¿Qué, madre? Una locura; o no sé si tengo miedo, no sé. ¿La locura que yo sé, madre? No, madre, no es miedo; es que ya llegó. ¿Sí, hijo? Sí, madre, yo creo. Ahora que veo el barco empiezo a creer eso que dijo Pacha: «Agua, mucha agua». ¿Te conté que cuando llegué a Turbo le pedí al capitán, que era hermano de Sardick, que me llevara de regreso a África? *Yo te serviré y buscaremos a Sinar…*, le dije. Era una posibilidad, pero entonces, yo no tenía oro. ¡La pensé!, ¿ves, hijo?, en ese momento de desamparo y despojo, ante el mismo hombre que me había quemado con la carimba, la pensé. ¿Para eso compraba usted el oro, madre?, ¿el oro de su pretina? Sí, hijo, el oro empuja los barcos.

De un momento a otro zarparía el navío que se llamaba Princesa, entonces decidí hablar con Candelario Mezú, después de un encuentro amoroso le propuse: Vámonos en ese barco. ¿En cuál barco? En el barco que se va a llevar los pájaros y el oro. ¿Estás loca, mi Nay? Sí, loca perdida y vos los sabés. Nay de Gambia, yo nací aquí, aquí quiero quedarme y vivir libre. Ahora soy contrabandista y el dueño de los caminos, pero estoy armando mi ejército para volver a la lucha. Entonces, no te vas con nosotros. Pero yo quiero volver a África. Nadie ha vuelto allá, mi Nay. Los traficantes sí. No un esclavo. Yo no soy esclava. Tampoco un liberto. ¿Lo ha intentado alguno? En Santa Ruda supe de una fámula que acompañaría a una mujer enajenada hasta Londres y luego la embarcarían con un grupo humanitario hacia África. ¿Y ella quería irse? Imagino que sí, pobrecita si no. Has de saber, Nay de Gambia, que un negro en un barco corre el riesgo de que lo conviertan otra vez en esclavo. Eso le sucedió a José Prudencio Padilla, un héroe de la independencia. Sí, ya sé y lo he pensado, pero tengo un plan. A ver, mi Nay. El fraile quizá

quiera emplearme o hacer una labor humanitaria simulando que me ha empleado. Los frailes, curas, monjes y cosas parecidas no hacen la caridad a una sola persona porque eso no se nota, mi Nay, ellos hacen obras que abarquen pueblos y como tal se llamen: pueblo de negros o pueblo de indios. Ellos no hacen un bien de menor tamaño y menos a una mujer y menos todavía a una mujer negra. Nada se pierde con averiguarlo. Además, Nay de Gambia, estás sola. Tengo a mi hijo. Es un muchacho. Ya es un hombre. Mi Nay, mi Nay, uno no puede nadar contra la corriente. ¡Y lo decís vos que fuiste boga! ¿Con ese pensamiento qué clase de libertad vas a lograr, Candelario Mezú?, le dije y le ofrecí de comer. Sin rencor me dirigí a la hoguera, una ristra de pescado ya se ahumaba, en el rescoldo había masas de choclo.

Candelario Mezú no le diría nada al fraile, quizá quería retenerme a su lado, los términos de nuestra relación, sin embargo, nunca nos han obligado el uno al otro, nos profesamos una sincera amistad y gratitud, la suya data de tres años cuando, con ocasión del paso de Obando y su ejército, estuvo en el caserío convenciendo a los indecisos; de esa fecha hasta su exilio en la selva fue admiración en mi caso. Y la esperanza de encontrar a Sinar, o a él, me llevó a no perderle el rastro. El gusto del uno por el otro nos atrinchera en el aposento. Yo sé de mi cuerpo gracias al suyo, que no es refugio sino fuerza, fuego, furia, fusión, nos gusta desfallecer juntos. Nunca he sido tan libre como en el aposento con él cuando lo hago mío, pero no me ata porque me llama la hoguera de mi aldea. De manera que busqué la complicidad de Brígida para que me contara todo sobre fray Fernando Cruz Smith. Lo creí menos pobre porque llegó en una chalupa con toldo y lo acompañaba un muchacho de algún resguardo. La feligresía del último caserío adonde llegó a catequizar, a enseñar las primeras letras y algunas técnicas agrícolas, entendió su necesidad de volver a España y recogió algunas onzas de oro para ayudarle a financiar los costes del viaje pues su pobreza era franciscana no tanto por mandato del fundador de la orden como porque el gobierno de Márquez no sólo expulsó a los frailes de su convento, en Pasto, sino que confiscó todos los bienes y no les permitió vender sus cosechas. El superior y otros dos religiosos se fueron para Ecuador, pero fray Fernando Cruz Smith se quedó esperando que Los Supremos ganaran la guerra y restituyeran lo arrebatado a su congregación,

que en ese convento de Pasto contaba con apenas cuatro santos varones. Con Obando ahora en el exilio, los ejércitos en desbandada y la amnistía a punto de firmarse, decidió regresar a su país. El caserío lo mandó, además, con provisiones suficientes para cruzar el océano, con él despacharon a un muchacho que tenía la misión de dejarlo en estas playas y regresar. De camino a este litoral del San Juan hizo algunos trabajos en capitanías de río, de manera que por bendiciones impartidas, enseñanzas e intermediaciones recibió algún estipendio de los más pudientes, entonces pagó hospedajes y completó los costes del viaje en una nave contrabandista que resultó ser el paquebote Princesa. Mientras le sirvo el almuerzo, en un gesto de ayuda a Brígida que despacha los alimentos para la cuadrilla que calafatea el paquebote, busco palabras para abordar a un hombre de Dios. Cuando había personas a su alrededor, él parecía ausente, quizá no quisiera reparar en la desnudez, los bogas andan sin camisa y hay músculos que quieren reventar el pantalón, el torso de esos hombres todo lo sugiere y todo lo promete, su vigor se palpa, se huele, pide mordiscos y besos. Las mujeres llevan una bayeta terciada, se la anudan en un hombro, el otro va descubierto, la ciñen al cuerpo con fibras vegetales, correas de piel de nutria o manatí, la bayeta así vestida, sin arte de costurera que corte piezas y zurza vuelos para bien cubrir las redondeces, las vuelve más voluptuosas; la mujeres del resguardo llegan apenas con sus collares, los senos libres, algunas son bellas. Mujeres y hombres, sin embargo, van en función de sus quehaceres. Quizá el clérigo no lo pueda ver así, de tan cubierto que está, entiendo que él amarra sus instintos o los azota, ¿cómo pudo este hombre sobrevivir tantos meses por fuera del convento? ¿Sin mirar, sin oler, con una caparazón de indiferencia? Su espíritu ha de ser inquebrantable, pero ¿acaso eso le impide hablar? Con Brígida, que prepara su comida y limpia su aposento apenas se permite responder cuando ella le habla, sentada en la terraza, mientras desgrana maíz y llueve, y él ya no encuentra las letras de su breviario y la selva empieza a replegar el caserío. Ella le dice: En mis años, que ya son bastantes, nunca había visto cura sin convento. Silencio. Del cierre de los conventos escuché hace ya varios meses, yo estaba en Buenaventura y por el puerto salieron cosa de quince o veinte clérigos. Quizá más. Había unos que tenían el mismo hábito que usted lleva. De seguro eran mis

hermanos. Unos echaron hacia el sur, otros hacia el norte. Nunca hay tanto clérigo junto en el puerto, de manera que a uno le dio la impresión de que algo había pasado. El poder infame nos sacó del territorio apenas con lo que llevamos puesto. ¿Y qué fue de los bienes? ¿No son ustedes los dueños de lo que hay en los conventos? El gobierno se quedó con todo. Todo el que manda se queda con lo de los demás. ¿Quién te dijo eso, negra? La vida.

A veces, a la hora de comidas, cruzan palabra: Esto sabe bien, negra, ¿qué es? Armadillo endiablado. ¿Queda algo en esa marmita? Algo queda. Que no lo sepa Dios. Dios no lo sabrá. ¿Sabes que la gula es pecado? ¿Qué es gula? Comer sin hambre. ¿Y es que acaso uno come sólo porque tiene hambre?, vea, fray Fernando, si se trata del hambre de todos los días, uno come por hambre y por gusto; todas las necesidades del cuerpo proporcionan gusto cuando se sacian, pero la barriga siempre quiere más. Ella se estira para darle gusto a las ganas. ¡Aparta de mí ese cáliz! ¿El cáliz es cosa mala? ¿¡...!? Entonces son palabras que cruza con Brígida. Con Candelario Mezú y con el capitán del barco habla; y con el naturalista habla y también pasea, a menudo los veo internarse por los caminos que abren los noanamás. Para fray Fernando Cruz Smith los demás no existimos, y en este caserío no lo ha requerido nadie, sólo yo busco qué decirle: ¿Se va usted para su tierra en el paquebote Princesa? Con la voluntad de Dios. Ha de ser un suceso feliz volver a la tierra de uno, ¿cierto fray Fernando? Es un evento que Dios me puso en el camino: volver. Es un evento que yo quiero para mí. Elevadas son tus aspiraciones, negra. A mí me parecen justas, fray Fernando. ¿Qué es justo para ti? Que yo vuelva a mi tierra. ¿Y cuál es tu tierra? África. Mira, negra: negro que de allá viene, no vuelve. ¿Le parece a usted justo eso, fray Fernando? Es la voluntad de Dios. Y usted cómo lo sabe. Lo sé porque para ti es imposible volver. Y, por qué para usted sí es posible, fray Fernando Cruz Smith. ¿De dónde sacas tanto verbo, negra?, ¿por qué hablas tan bien, dime? Es una larga historia de aprendizaje, fray Fernando Cruz S. Pero, fray, no nos desviemos del tema: para usted es más posible que para mí, usted tiene grandes ventajas y sobre mí pesan dos cosas, mi raza y mi sexo. Pero esas desventajas me pesan, no me amarran. ¡Con que eres insolente!, a ver, ¿cómo te quitas de encima tamaño lastre? Con la ayuda de Dios y la suya en nombre de Él. Ahí sí me planteas un galimatías,

si me explicas, te entiendo. Yo le planteo el negocio, después, en el paquebote podremos trenzarnos en discusiones teologales. El negocio es este: yo cubro los costes de mi viaje y el de mi hijo y paso por servidora suya. El amparo que usted me otorgue, yo se lo pagaré. Podemos acordar, ahora mismo, un estipendio. Creo, en lo más profundo de mí, que usted es un hombre de Dios. También estoy convencida de que usted necesita vivir, sufragar gastos. Estás loca, negra, lo que tienen que hacer es volverte a encadenar, ¡sal de mi vista! Enrareces el aire, me dañas el almuerzo.

SUNDIATA DE GAMBIA

El cobertizo se ha desparramado por todo el caserío, la gente aletea, como los pájaros, y es igual de colorida y trina, los hombres les cantan a las muchachas alegres, ellas llegaron en una piragua con festones, plantaron una barraca, colgaron cortinas rojas, por las tardes cuando llegan los hombres que calafatean el barco, ellas salen con sombrillas, entonces la llovizna tiene gracia, esta selva florece, ellas hacen algarabía, juegan, revolotean por ahí, yo salgo a mirarlas y la chirimía no para de tocar, aplauden el arribo de los barcos que traen tabaco y aguardiente y también carne de res, baten sus faldas de colores, usan collares y pulseras sonoras, yo voy detrás oliendo sus rastros perfumados, no quiero que se detengan cuando levantan sus faldas para que no las embadurne el lodo, y me parecen suculentos sus escotes apretados, sueño que sus senos estallan en mi boca, yo salgo a mirarlas, alguna me sonríe y yo no sé qué hacer, y soy yo el que estalla. Yo quiero que la pajarera se vista como ellas, siempre lo pienso, pero no le digo nada, nada sobre las muchachas, pero ella lo sabe todo y no le gusta, por eso me dio un momento de miedo y felicidad que quiero repetir con ella y con las muchachas, sino con todas, con esa que me sonríe. Ella me llamó con los ojos, en ellos brillaba todo lo que vino después, hice lo que más quería: tocarla allá. Tibia y mojada. Yo no paraba de temblar y sentía vergüenza por eso, suave, suave, decía ella, pero yo estaba como los pájaros de sus jaulas, ¡silbame!, ¡silbame!, y ella me besaba y yo quería entrar en ella, tenía idea de cómo era porque yo me quedaba espiando en los matorrales cuando pasaba y encontraba parejas afanadas en sus amores y yo respiraba fuerte y sentía la sangre y sentía tristeza y sentía vergüenza de mirar a los otros, y ahora estaba yo ahí queriendo hacer lo que había visto, pero temblaba y por mi piel asustada escurría el sudor, ya sé, era el llanto de mi miedo, un miedo

acalorado que pedía un soplo de aire para mi pecho apretado, pero me daba miedo soltarla, que batiera sus alas encendidas y se me volara, entonces ella, que todo lo sabe, me sopló la cara con su boca de consolar pájaros, y yo respiré su aliento, tomé fuerzas para hacer el primer intento con mi purrunga, por dónde, por dónde, y fui tonto, navegaba en sus cosas ricas, pero no encontraba el camino, por dónde, por dónde, tenía urgencia y miedo, entonces ella me salvó de llorar, tanto tiempo hace ya que no lloro que me sentía ese Sundiata que quería ser. Con su mano llevó la mía a recorrerla toda, ¡ah!, los senos, las nalgas que tanto me gusta mirar, ahora las tocaba, y, otra vez ella jugosa, y mis dedos obedientes, suave, suave, de pronto su boca, su lengua, sus dientes, tan mansos sus dientes, me besó así como ella decía, suave, ella me besaba y yo aprendía, y me elevó a punta de besos y me dejó allá, flotando alto, con los ojos cerrados, y bajó hasta mi purrunga, entonces tuve una respiración de vida y muerte, me sorbía, me sorbía, me sorbía, ¡ah!, sus dientes mansos. Me sorbía y yo me morí, morí hasta que ella me fue trayendo otra vez hasta este mundo, me olió, mordisqueó mis turmas, y ellas saltaron, después me dio sus senos y yo me los bebí, como ella dijo, suave, suave, y, de pronto estaba tumbado en un tapete de plumas amarrado entre sus piernas y entonces pude entrar en ella. Con todo el placer y todo el dolor de este mundo.

Como lo supe por mi madre que me lo contó, ella debe ser mi confidente en este momento de preocupación por la suerte del naturalista, tengo temor de que ella me retire su confianza, de que me reclame por no haberle consultado, él era su nueva esperanza, me lo dijo varias veces: Mi Sundiata, pienso que quizá el naturalista pueda sernos más útil que el fraile. ¿Te imaginás cuántos pájaros se mueren durante las semanas de travesía? He de hablar con él. No le presté atención, estaba tallando las muescas. Empecé a buscar los palos cuando mi madre me contó lo del fraile. Primero hice las estacas como debía: con mucha rabia. Estuve ocupado preparando lianas, midiendo palos y haciendo cálculos sobre los pasos del fraile. Ellos salen por la mañana, ambos llevan guambías, el uno carga frascos y el otro lo que caza. Llaman a Bartolo, le dicen: idiota, agarra el machete. Y él no dice nada, se adelanta y abre trochas. Yo, en cambio, no lo llamé, le hice señas y Bartolo entendió. Había estado viéndome mientras yo amarraba los palos. Sé volverme paso de jaguar,

carrera de ardilla, salto de mico, me zambullo en la hojarasca y repto como una culebra, si voltean a mirar, soy las bestias del monte y sus ruidos, puedo hasta morder y no ser yo. Llegaron a un claro de la manigua, el fraile encontró un tronco caído y se sentó a espantar los gusarapos, a quitarse las espinas del hábito, a un lado había lodo, pringamozas al otro y hojarascas por donde pasar el naturalista cuando estuviera de vuelta. Todo lo cruzan lianas. Con una seña nos entendimos Bartolo y yo, él se zambulló en la manigua y supo qué encontrar: una rana azul de piel iluminada. Dijo: Los noanamás, los yacos, los emberas las ponen al calor del rescoldo para que suelten el veneno que les ponen a las flechas, el veneno que mata, mata de todo, jaguares, micos y gente. El fraile miró, dijo: Muéstrala de lejos, qué es eso, ¿una gema? Ya le dije, una rana, una rana que mata. ¿Y por qué no te hace nada a ti, grandísimo estúpido? Ya le dije, porque hay que ponerla al calor para que suelte el veneno, ¿quiere probar? Quizá sir Birdwhistle esté interesado en llevarles una curiosidad de esas a los duques. ¿Y esos quiénes son? Si tienes que ser idiota para atreverte a preguntar. Si son de los que usan cosas en los sombreros, la señora podría poner allí la rana. ¡Idiota, acabas de dejarla caer! No se preocupe, fray Fernando, primero le preguntamos al naturalista de qué color la quiere, y si la prefiere de dos colores, o si le puede interesar una rana nariz pico de loro con ojitos rojos, dijo Bartolo, cuando vio que yo ya había sembrado la trampa, cuando vio que me escabullía a la espera del accidente. De su cuenta corría pasar por encima de la trampa o quedarse de último.

Me alegraría lustrarle apenas una bota, si es que acepta la oferta de mi madre, la otra bien puede dejarla por ahí, herida de muerte. Me daría rabia tener que botar su palangana, pero lo haría por lo mismo que mi madre está dispuesta a soportar que nos llamen esclavos. Porque eso es lo que pedimos que diga, en caso de ser necesario: Son mis esclavos, así es como dicen los blancos, mi madre y yo estamos dispuestos a bajar la cabeza si eso nos acerca a nuestro sueño. El sueño de ella también es el mío. Pero estoy yéndome lejos, ahora no sé qué podrá pasar, lo primero, será confesarle a mi madre que la presa era el hombre de Dios, así llama ella a ese hombre que no quiso recibir el favor de servirlo. No entiendo cómo mi madre anda sin rencor y todavía lo llama de ese modo, no sé si todavía espera, pero mi

madre no espera, ella busca y encuentra.

Entre Bartolo y el fraile lo trajeron con el pie crucificado, la sangre inundaba la bota, se derramaba por los bordes, fray Fernando pedía auxilio en el nombre de Dios, mi madre corrió a recibirlo, y allí mismo, bajo el aguacero, ella retiró la estaca. Aparecieron lienzos y marmitas con aguas aromadas y yerbas maceradas para detener la hemorragia. Él decía tener el pie encalambrado hasta el tobillo y mi madre y Brígida le hacían pruebas a la estaca para saber si estaba envenenada. Y, aunque descartaron envenenamiento, el pie ha tomado una coloración violácea y está inflamado. Él se queja del dolor y mi madre se lo quita con remedios que lo hacen dormir. Aun cuando está dormido, mi madre le pone emplastos; ella lo cura y Brígida hace sahumerios.

NAY DE GAMBIA

La costumbre de sanar, la caridad y la fe fueron los resortes de mi carrera. Un poco, también, que lo había mirado y mirado, tantas vueltas a su cobertizo de pájaros quietos di, boba mariposa en el eje de la llama, viéndolo encorvado sobre plumas y picos clavados en el buche, tratando de convencer párpados tristes de pájaros abatidos, lo vi, mugriento su chaleco blanco, del lado derecho brillaba la leontina de plata, puntual consultaba su reloj perezoso, volvía a alzar las alas de las altas aves, el naturalista. Pero hasta antier que lo trajeron con el pie ensartado en una estaca pude acercarme. Por ese sentimiento que empezaba a incubar pensando que él era el hombre, que él sí podía cobijarnos bajo el ala de su estirpe a mi hijo y a mí, pues qué hacía con vísceras, trapos y delantales manchados y malolientes, qué con redomas y morteros, qué hacía con él mismo tan mugroso y pensativo en el viaje trasatlántico, qué hacía sin alguien como yo, qué hacía sin mí, por eso lo asistí por encima de las aprensiones de fray Fernando Cruz, por eso liberé su pie y expulsé los venenos disueltos en su sangre y luego amarré su pie con la gasa que tenía reservada para percances nuestros. Infusiones de malva y cordoncillo refrescaron los ardores de su pie, las reacciones de su cuerpo agitado cedieron con tomas de la siempreviva, la palma de cristo paró la hemorragia y, ahora, con la primera estrella, lo hago bogar el agüita de sombrerito del diablo para que despabile todo lo que desde el cuerpo y el alma lo pueda proteger de larvas malas. La inflamación del pie amoratado cederá si permiten que procedan los espíritus del matarratón, la fumea kedua y el lagartijo, yo los amarro en emplastos sobre la herida de entrada y la herida de salida. Le doy de beber sorbos tibios de la dormidera, y duerme.

Me ama, cómo me ama Candelario Mezú, con humilde desesperación, llega a mis senos de rodillas, abre su boca y

espera, se aferra a mi cintura, sus manos la ciñen toda con firmeza de rama nutrida con todas las fuerzas de la tierra, prendido de mis senos gime su deseo, luego se mete en mi pecho y mi corazón y mi alma, quiere un instante de nido, entre mis senos, soñar con mis senos mismos, los suspira, luego toma mi cara, me mira con ojos mareados y hondos, en mi cara escribe su ternura para siempre: besos, besos, cálidos besos con su boca y las yemas de sus dedos. Ahora quiero olvidar el pie moribundo que me deja exhausta y con incertidumbres, quiero atizar el deseo de Candelario Mezú, que de una vez yo desfallezca, llegue al abismo de mí misma y el último aire sea también el primero, entonces, bajo y la sonda voraz de mi boca despierta el efluvio seminal, bebo, y bebo también las desconsoladas lágrimas de su ombligo, las exhalaciones de su piel, subo a tomar resuello, lo amarro con mis piernas y lo obligo a penetrar en mí, brutal, puntual, letal dios de mi mal. Y, entrelazadas las manos, empezamos a hablar: El paquebote Princesa, princesa mía y de Sinar, ya está listo para zarpar, se preparan vituallas, se hace el inventario de cargas manifiestas, las que figuran en actas y patentes, entre el capitán Livingston y el naturalista negocian la otra que excede las disposiciones de a bordo, hay que tasarla, gramo a gramo; la tripulación ajustó palos y cordajes, se adecuaron cabinas, se levantaron mamparas, se hicieron reposiciones de tablas en cubierta y en beques, el capitán prueba su artillería oxidada, ¿qué harás, mi Nay? Esa noticia me deja fría, Candelario Mezú, me da miedo. ¿De qué? De que el barco se vaya sin mí. Verás, hay una situación que están tratando de resolver el naturalista y el fraile: la travesía en Panamá, hasta el Caribe, puede resultar muy penosa para el naturalista. Por si no lo sabés, el paquebote Princesa los deja en Panamá y continúa navegando por el Pacífico. Hace un par de días que ya está listo, en el agua, trabajando a pérdida porque ya está cargado. De ser otro sir Birdwhistle, de no tener la protección de esos que llaman duques, el capitán zarparía sin él…, de haber sido el fraile el accidentado, el paquebote zarparía sin él, ¿entendés, Nay de Gambia? ¿Qué debo entender? Decímelo vos. No sé a qué te referís. Este caserío tiene sus defensas naturales, aquí llegan los bogas que conocen los ríos, ellos saben de las corrientes que tan pronto van al mar como se devuelven; aquí llegan los chocoes, noanamás, yacos, ellos saben andar su selva, y por el mar llegan los

contrabandistas, no hay riesgo de intrusos. ¡Ya!, y qué me decís de los cazadores. Ellos saben dónde sembrar sus trampas, pero, perdé cuidado, Nay de Gambia, eso no lo saben ni el fraile ni el naturalista. Has de saber, Candelario Mezú, que a mí no se me ocurren artimañas como esa. Perdoná, princesa mía y de Sinar, mirame, por favor, yo te conozco, lo tuyo es sanar, a mí me sanás de todo, de este cuerpo y de este corazón, lo tuyo es sanar. ¿Entonces? Pensaba en el muchacho. Voy a preguntarle, Candelario Mezú. Pero decime, mi Nay, ¿has hablado con el naturalista? No, y como están las cosas, él hablará conmigo. ¿De verdad, lo creés? Sí. Y vos, Candelario Mezú, ¿nos vas a dejar ir solos? De eso ya hablamos, mi Nay. Si esa es tu decisión, entonces, ¿qué voy a hacer con el amor que te tengo, Candelario Mezú?

Mientras Brígida espantaba gusarapos, tapaba orificios por donde entran ponzoñas y la selva con sus pelos urticantes, y raspaba la humedad de las mamparas y expulsaba las bilis del naturalista con su escoba de las siete hierbas y aseguraba la gasa contra la ventana para que nítida se colara una débil y gris claridad, y que nada entrara a perturbar el pie del hombre, mientras yo extirpaba purulencias y le aplicaba un emplasto con panela raspada, hablamos ella y yo, nos contamos toda la historia de nuestras vidas, mezcladas esta lengua en la que escribo y nuestras lenguas heredadas que en algún punto de esta diáspora se entrelazaron y ahora nos permiten entendernos mejor de lo que nos hubiéramos entendido estando hoy, ella en su Angola y yo en mi Gambia. Para Birdwhistle, sir Charles Birdwhistle dicen, en letras doradas, su gran baúl y la maleta donde carga sus efectos de tocador, para él eran palabras llovidas en una pausa de los aguaceros, nada preguntó esta vez, se frunció sin protestar con el par de apretones en su herida, nada pidió para una mayor comodidad, tampoco recomendó hacer lo que ya sabe que se hará, nosotras hablábamos de lo que en común teníamos, la forma como nos sacaron de nuestras aldeas, las casi cuatro lunas en la sentina húmeda y muriente, la carimba marcada en el mismo punto de la espalda. Nos apartábamos en los sueños, ella comprendió el mío, yo hice votos por el suyo, que es trabajar sacando oro en el canalón de un grupo de mujeres libertas. Ya ha pedido que la admitan, lo único que posee es su palabra de que no bien empiece el mazamorreo, iniciará el pago de su matrícula.

Brígida, le pregunté, bien entiendo tu deseo de sacar oro, pero ¿por qué no te gustaría volver a tu tierra? Porque aquí aprendí a sufrir y a vivir, aquí los hijos de mis hijos me dicen mamá, esta ya es mi tierra. Sí, Brígida, así también puede ser: que la tierra de los hijos sea, también, la tierra de uno. Yo, en cambio, no quiero quedarme, sueño con la libertad, mi primera libertad fue Sinar, con él me descubrí y, durante casi quince lluvias, lo busqué con toda el alma, y vea, uno no encuentra lo que busca, pero encuentra, ¡tantas cosas, Brígida! Yo vine detrás de Candelario Mezú, él me llevaba a Sinar, a veces él era los dos, otras, amable y comprensivo, lo buscaba para mí entre la mucha gente que ve y conoce, yo sé que sí, y, casi siempre, Candelario Mezú era él mismo, como nunca vi otro, solamente Sinar, ¿entendés?, y mirá lo que me encuentro: un paquebote anclado entre los manglares, con el nombre que una vez yo tuve, Princesa. Aunque le dije a Candelario Mezú que este señor será el que me pida que lo acompañe, no estoy segura, ahora pienso que tengo que armarme de mis propios salvoconductos y sellos y costes, todavía no establecidos ni patentados, Brígida, no me basta lo que a los otros. ¡Ah!, mi Nay, pensando que no tiene lo que ya está en sus manos. ¡Si eso es suyo, mi Nay!, resucite a este naturalista despacito, despacito, con mañita quítele las fiebres, y también póngaselas, que sin sus manos sanadoras se le engusanen las purulencias, que el dolor lo haga gritar si sus manos no machacan las yerbas que lo calman; y arda en fiebres que achicharran si usted no tiende la estera de matarratón; y la dormidera no cure sus insomnios de pesadilla mientras no la beba de infusiones por sus manos bendecidas, y desaparezcan los espíritus de la fumea kedua y el lagartijo y el zapotillo mientras no tengan el soplo de sus fuelles; y bien podrido se muera si no habla y pide que lo sane. Que los bichos y gusarapos que este sahumerio se lleva engarzados en su cola, en su cola vuelvan si no le pide en el nombre de los mil espíritus sanadores, en el nombre de Dios y el de los santos, que lo asista en el paquebote y luego en el viaje por la mar océano, hasta que usted así lo quiera, amén. Amén.

Entonces sir Charles Birdwhistle se despabiló, dijo: ¿Cuánto tiempo más tendré que esperar, negra, que ustedes terminen esa salmodia en lenguas? Hablamos, señor Birdwhistle, y sí, soy negra como usted es blanco, y tal como usted, tengo nombre: yo me llamo Nay, Nay de Gambia. ¡Insolente!, ¿qué quieres decir?

Eso mismo señor: que Nay es mi nombre. Dije. Y su pie cayó purulento, febril, inflamado, dolorido, pesado, íngrimo, atolondrado, con su foco de muerte sanguinolenta y amarilla, en la litera. ¡Ay!, gritó.

Ambas salimos del aposento. Cuando está solo él se ahoga en el sopor del miasma y la soledad y empieza a morirse por su pobre pie, pero, valiente, se levanta y a saltos llega a la mesa donde se le sirve el pescado con plátano. Fray Fernando Cruz se sienta con él, encuentran muchas cosas que decirse el uno al otro, también ellos hablan en lenguas, el naturalista le tiene paciencia al balbuciente inglés que habla fray Fernando y que heredó de su madre. Brígida los atiende sin que ninguno de los dos a ella le importe, luego desaparece. Que retiren las hojas en las que se les sirve o, de otro modo, respiren moscas, que encuentren la tinaja del guarapo de palma, o en su guargüero seco se destrocen las palabras; que busquen el abanico y se ventilen y aseguren las gasas en las ventanas, y prendan las velas y soplen los humos de las conocidas yerbas que espantan los insectos que se los comen y les siembran huevos en la piel; y miren a ver si buscan la pomada de azafrán y vean a ver si encuentran el agua para su tinaja.

SUNDIATA DE GAMBIA

Busqué a mi madre, primero su regazo libre de Candelario Mezú, que en él se recuesta para que ella le busque los piojos que no tiene en esa cabeza calva. Yo recosté mi cabeza para que ella me perdonara lo que le iba a contar, si le hablo de frente no es lo mismo que si le hablo recostado en ella. Entonces sus uñas caminan con pasos de insecto por mi cabeza. Pero ahora no podía quedarme callado y luego dormido. Ahora tenía que hablar, le dije; Madre, le voy a confesar un pecado…, yo puse la trampa. Ella suspiró y sé que aventó lejos un poco del enojo, yo quise acurrucarme como el hijo no nacido pero seguro en su panza, que un día fui. También quise correr. Entonces ella habló: Hijo, nosotros no podemos cargar con un muerto. Perdone, madre, pero ¿ya no hay un muerto? Pero estamos libres de culpa, no lo cargamos, se nos olvidó, las infamias se olvidan, ¿oíste? Para poder andar se dejan, ellas pesan como piedras en la guambía. Sundiata, levantate y mirame, ¡estamos libres de culpa! ¿Sabés por qué fue? ¿Tenés idea de lo que te iba a pasar? ¿Tan inocente sos, Sundiata? No, madre, sé que el gobernador me iba a violar. Y luego, Sundiata, iban a pasar cosas muy malas. Sí, madre, yo todo lo supe en ese momento, yo pensé que si corría, que si no me dejaba, ese hombre la iba a azotar a usted, madre, y a mí me iba a acusar de algún delito y sus alguaciles me iban a encontrar porque yo no me iba a internar en la selva para no dejarla a usted. Aunque tenía miedo, yo estaba seguro de que a usted no la iba a dejar. Bueno, entonces tenés claridad de que te iban a encadenar a vos y también a mí. Madre, ni siquiera estuvo usted encadenada cuando la encadenaron en el barco. Bueno, no nos desviemos del tema, el caso es que este señor de acá no es como el gobernador que bien muerto está, su vida era una desgracia para muchos; la del naturalista, en cambio, sería una vida arrebatada a su tonta felicidad de disecar pájaros…, a su felicidad

de amasar oro. ¿Se va a morir? Pensé que así sería, el médico de a bordo no ha podido dar con la cura: no le han servido las cataplasmas de unos polvos desinfectantes diluidos en alhucemas, y la quina en la forma como él la maneja no le baja las fiebres, y de nada le han valido las sangrías; el médico, además, tiene problemas. Sí, madre, bebe, fuma y tiembla. Hoy vinieron el fraile y el capitán a pedirme que continuara haciéndole mis curaciones y yo les dije que bien podía morirse. Pero sólo estaba dándome algo de importancia.

Madre, yo no pensé que él se muriera porque usted lo puede sanar, además, la estaca no estaba envenenada. Has de saber, hijo, que el humor de la madera también puede envenenar, y también envenenan las heridas que no sanan. Usted lo puede sanar, es lo que yo pensé, y también pensé que él, en agradecimiento, nos podía dar ese respaldo que necesitamos para el viaje. Hijo, si acaso sana, él no nos va a agradecer nada, de eso podés estar seguro ahora y para siempre: nunca un blanco le agradecerá nada a un negro; yo estaba tratando de hacerme necesaria para negociar, ¿ves, hijo?, aquí no se trata de agradecimiento, sino de negociación. Ahora, sabiendo que fue tu intención lastimarlo, iré a negociar con vergüenza, ¿te imaginás, hijo, qué ganancia se puede sacar si uno negocia de esa manera?

NAY DE GAMBIA

No vi lo notable que es hasta que sentí en mis dedos ecos del elefante, estaba en el cobertizo anexo a la pajarera, entre ellos un tabique de hojas de palma, la palma lo es todo en esta selva, y desaparece lo que uno quiera, también un piano. Entre cajas de buena fábrica, con rúbricas y sellos dorados, que no de oro, mermadas unas, repletas otras de lujos que vienen de Europa: cristales y porcelanas, y sedas de Holanda, y perfumes y borceguíes, peines, piedra lipis, enaguas y corsés, estaba, enorme, negro y lustroso el piano. Levanté la tapa y estuve husmeando sus teclas: color, textura, solidez. Sacudí la idea de que los tales listones provinieran del elefante. Las incrustaciones que tenía el bargueño del señor Sahal también eran de marfil. De eso hablamos una tarde de domingo, recuerdo: María, Ema, la señora, habían ido a Buga con ocasión de un bautizo. El señor, que andaba atendiendo sus negocios en Cali, regresó antes de lo previsto. Pidió vino y colaciones, pidió el aguamanil, el suyo era grande y de porcelana, casaba con la jofaina. Él saboreaba las colaciones y bebía su vino, yo lo refrescaba, le hacía masajes, él me desnudaba y me hacía pensar que yo era su mayor deleite. Nos sentamos en su silla de escritorio, su desnudez respiraba en mi espalda, anhelantes las tetillas, tibio el nido, dormido. Él revisó un par de folios, yo tocaba el bargueño, las tallas y arabescos, él me dijo: Esos los hacen con marfil, ¿sabés qué es?, los colmillos de elefante. *…tanta copia de elefantes, que por la cantidad de marfil que sacan se cree mataran en un año al pie de cinco mil*, dice uno de esos libros que sólo leemos los hombres. ¿Por qué no las mujeres? Son muy sensibles y pueden malinterpretar palabras de mucha envergadura. ¿Está aquí ese libro? Ese que está allí en aquel rincón. Me puse de pie, sentí su mirada redonda en mis nalgas. Me empiné, leí: *De Instauranda Aethiopum Salute.*

Necesito mucho aire para seguir adelante y no pedirle a este cielo del Pacífico que los tales alisios, que así llaman a estos vientos que doblegan el paquebote, que lo hacen dar bandazos y atragantarse con espumarajos furiosos de las olas, confundan esa brújula que dicen que tiene el capitán en su cabeza, y lo dirijan hacia los altos acantilados y lo dejen a él encallado y a nosotros náufragos un instante mientras percibimos rumores de agua dulce y seguimos el hilo de un río que me lleve de vuelta adonde Candelario Mezú. La costa se diluye en los nubarrones que tienden las olas despedazadas, el capitán, dicen, lucha por no perder el rumbo, veo la altura del mar, lo veo que se agiganta gris y se funde con el cielo encapotado, llueve a cántaros, sin embargo es más la agitación que producen la ventisca y el golpe de las olas despedazadas. La marinería se ocupa en maniobras que buscan despejar el curso de los vientos, en cubierta permanezco aferrada a la baranda, por mi cara escurren torrentes de sal, tengo revueltas las vísceras, y entre todas ellas juntas me ahorcan el corazón. Entonces desfallezco y caigo, y mi Sundiata me recoge y carga conmigo hasta el camarote, me frota con alhucema, me da a beber las aguas que los débiles beben de mis manos.

Este camarote huele a humedad oxidada, a maderas abatidas, tiene un perchero de donde cuelgan todas nuestras pertenencias. En la litera dormimos mi hijo y yo, al lado improvisamos una mesa, la lámpara se fija a la mampara que separa este camarote del de sir Birdwhistle. Él cedió para nosotros, sus servidores, parte del espacio destinado a su mesa de estudio y a los arcones, el de los pájaros y el otro donde guarda su ropa, algún muestrario de alta ciencia, folios y, en caletas, el oro. Cuando me refugio en este lugar después de curar el pie y asistir al naturalista en algunas otras tareas, también soy su asistente en trabajos de reconocimiento de yerbas y disección de pájaros, y pongo en orden su espacio y su persona; cumplidos mis compromisos, entro a mi camarote y escribo estas letras. Me estiro en la litera un instante, pero el que necesita reposar es mi espíritu, mi espíritu no cabe en mi cuerpo, mi espíritu necesita volar en la chalupa de estas palabras prestadas, entonces escribo. También paseo mi nuevo estado por la cubierta, en los tramos en que puedo estar protegida del asedio rapaz de algún marinero, nadie pensaría que lo hago más por él y menos por mí, mi cuchillo aprendió sobre fieras y sombras. Me embriagan la brisa y la imagen del océano,

pero a veces, tal como le pasa a este paquebote, pierdo la ruta. Mis alisios propios se llaman Candelario Mezú. Ha de estar tan carente de mí. Entonces contemplo pensamientos absurdos, zozobrar aquí para recalar en él, suelo estrujar su recuerdo en mi cabeza, y luego lo expulso con las sales que escurren por mi cara. Sólo esta vez, segura estoy de que no habrá otra, me desvanecí.

El aire estaba petrificado en la sal de las bisagras. La alhucema lo renovó devolviéndole sus etéreas dimensiones. Lo suspiro hondo, se restablecen mis blanduras, también mi espíritu, abro los ojos y veo mi sueño aquí mismo, mi sueño palpado, menos agitado ahora, en un paréntesis de los alisios. La cara de mi Sundiata es el futuro. La esperanza no es apenas un suspiro. Ahora lo sabemos, sonreímos, cada tarea nuestra en el barco, cada paso y cada palabra, cada inhalación y cada risa, los bocados de comida y aun cada dolor y arcada son nuevos, somos nuevos, los nuevos, no hay otros, todos son viejos. Suma Sundiata sabe cuánto me restablecen sus palabras: Madre, veo hacia delante días enteros para nosotros, que usted no tenga que estar pendiente de nadie ni vivo ni muerto, y sepa que lo buscado ya lo encontró, ¿no era volver a África lo que usted le pedía al amo Efraín cuando él era niño? Sí, en ese tiempo era ingenua y estaba convencida de que lo iba a cumplir. Jejejé, ¿quién lo iba a cumplir, madre? Jejejé, ¿quién, hijo? Usted, madre. Nosotros, nosotros dos, hijo. ¿Sabés mi Sundiata que ya no tenemos amos?, sólo son señores con los que negociamos, ya no son amos tampoco los hombres de la sierra, ahora son los señores Sahal. ¿Cuántas veces se ha caído, madre, en este paquebote y yo no me he enterado por andar aprendiendo de todos: del cordelero, del herrero, del contramaestre y del capitán? Jejejé, un par de veces, entonces corro y me hago esta misma cura que vos me hiciste ahora, pero tus curas siempre son más sanadoras. Torna el paquebote a cabalgar sobre la grupa impetuosa de este Pacífico, la lámpara parpadea, amenaza con quedarse ciega y astillada, y nosotros, dando botes, hacemos una fiesta, ya sabemos que si el trance lo sorteamos riendo es que somos felices.

Aunque sir Birdwhistle no golpeó la mampara con sus nudillos delicados, voy a atenderle su pie. Suele mirarlo con una lupa, descubre exudaciones y puntos de pus, me hace mirar, pero yo no veo nada, le digo que la herida pronto será cicatriz, un impecable punto en su empeine, mis yerbas, en verdad, surten efecto, a

veces pareciera que lo duda, sin embargo pide abluciones y emplastos a horas, y también los pide para su cabeza que, según dice él, se le calienta demasiado cuando, encerrado en su camarote, hace sus trabajos. Yo hago más de lo acordado porque el tiempo se demora en altamar, le gustan las olas, no quiere ser ni tiempo de vivir ni tiempo de morir sino eterno, de terrenal conserva sus puntuales colores. Ese tiempo en mis manos alcanza para los quehaceres y la sanación en bien de sir Birdwhistle, más lo primero que lo segundo, y me alcanza para mí, para mirar el mar y para subir a cubierta a los pájaros, tarea esta que el naturalista siente ser para él, pero que en realidad es para ellos y para mi pasado. Fui pájaro que ahora emerge de la sentina a darse baños de luz. Algunos empiezan a conocerme, otros no encuentran consuelo. Todos los días, sir Birdwhistle recibe un informe detallado del estado de su mercancía. Me he dado cuenta de que a veces me observa, él nada insinúa o dice, sólo observa. Torna a conectarnos con el mundo de a bordo la campana que anuncia que es hora de llevar al naturalista a cubierta bajo el toldo que se improvisa para comodidad y esparcimiento de él y de fray Fernando Cruz Smith, a las dos se sientan a almorzar, el contramaestre y el capitán a veces los acompañan. Después permanecen durante horas charlando: Por qué embalsamar sólo pájaros, pregunta el fraile. Porque en mis jornadas de cacería no di con un jaguar. Pero hay otros animales, micos, por ejemplo y por montones. Yo afino mi puntería en ellos, nada más. Los dedos de esos simpáticos animalitos me impresionan. Algunas veces hablan en inglés, pero pareciera que al naturalista le produce impaciencia el tartamudo inglés del fraile, entonces, pasa al castellano. Entre charla y gagueos toman vino, el fraile suele vomitar, su estómago acostumbrado al vino todavía no se aviene al vaivén de las olas.

SUNDIATA DE GAMBIA

Mi madre dice que bastan sus manos para curar y servir al naturalista y me ha recomendado, en lo posible, no cruzarme con él ni con el fraile. Y ha contratado al contramaestre por un estipendio que pagará en oro, su pretina no está diezmada porque los costes del viaje los cubre el naturalista, ha hecho trato con él para que me enseñe principios básicos de navegación, que conozca las estrellas del mar y los rumbos, me ha recomendado ella escudriñar hasta conocer el nuestro, por eso me saco un ojo con la rosa de los vientos. Él me da un par de indicaciones, pero no me aproxima al sextante porque este instrumento tiene tal ciencia que apenas soy digno de pasar el estuche en el que lo guarda. Apenas miro al contramaestre cuando hace los cálculos, me atrevo y le pregunto, qué se ve, y él me dice que la orientación y que luego, luego, lo entenderé. Por primera vez me ha dicho que busca una estrella. No sé cómo puede ser porque el espacio que queda entre sus hombros encorvados y yo también lo ocupa él. Ya sé que hay gente que tiene dos cuerpos, uno que se ve y otro invisible. Sé que el instrumento lo ayuda a no perderse en el océano, y yo aprendo más de verlo que de lo que dice. Fuma y masca su tabaco, y escupe y me tiene de mandadero, alguna vez me habla de tal o cual maniobra mientras la ejecuta y yo adivino más que entiendo para qué sirve porque habla mascando tabaco, hasta hablar riendo o llorando yo sabía, por eso se me hace difícil entenderlo, a veces no dice nada, se queda mirando no sé qué si no hay sino mar y cielo, yo trato de mirar como él, pero no veo nada, entonces me canso de estar a su lado y me escabullo. El cordelero tiene más cosas qué mostrarme, además habla de los puertos y de las mujeres y eso me gusta porque yo ya sé sobre ellas y espero los puertos, las palabras del cordelero llaman a la pajarera, entonces ella me asalta y yo tengo que correr a liberarme de su tormento. Los primeros días se me fueron en

aprender a sosegar mi estómago y a caminar no obstante el movimiento bajo mis pies, ya di mis primeros pasos en firme, ni patiabierto, ni de pies cruzados como los borrachos, me sostengo en el propio lomo de una ola y no sólo hago mandados sino que olvido algunos sólo para tener el gusto de devolverme a caminar las mismas olas, ahora las desafío. Ayer, durante una arremetida de los vientos, supe mirar a cuál hombre de la tripulación asistir y me olvidé de mi madre, que se aferraba a la baranda y no sé por qué se cayó, si hemos remontado ríos torrentosos y corrientes que se devuelven, la pleamar nos causó los primeros mareos. Sentíamos, mi madre y yo, que estábamos navegando al revés. Pero ella no se desvanecía como ahora. Entonces la rescaté, la recogí del suelo, casi a horcajadas estaba en un barrote de la barandilla, sino es ella la que se salva, son sus piernas las que responden, un trozo de ella, o soy yo, parte también de mi madre.

Tanto lo buscó, pero ella no zarpó feliz, le hizo un largo adiós a Candelario, el adiós no es una despedida, son unas ganas inmensas de quedarse. O de irse con el que se va. Candelario voleaba su camisa desde la chalupa y nos siguió hasta muy entrado el mar o perdida la costa, luego lo vimos permanecer hasta que fue un punto y luego una imagen que nos sigue todavía no sé hasta cuándo: Candelario en la chalupa, detrás del barco, voleando su camisa. La tristeza que sentía mi madre era tan grande que se le salía del cuerpo y me invadía a mí. Clavados quedamos ella y yo en la popa, pero ella estaba muerta de tristeza, entonces agarré su mano y la sostuve pegada a mi pecho. Mi corazón palpitó por los dos cuerpos, el de ella de trapo, trapo almidonado; de carne y callos el mío, y con un remolino en la garganta. Salobre.

NAY DE GAMBIA

El camino de Las Cruces se alargó unas horas debido al par de mulas que rechazaron al naturalista, la primera hizo el deber durante el tramo de ingreso a la selva, las fosas nasales se bebían el miasma, y las orejas se orientaban hacia los alegatos de los monos y la algarabía de los pájaros libres, los de la cargazón revoloteaban sin voz. Se dejó guiar hasta cuando los nativos que abren las trochas empezaron a descabezar los ruidos, y los pasos de la caravana a mascar anhelantes el lodo de hojas y carroña. También nosotros llevábamos machete porque las lianas lo atan a uno por las piernas, los brazos o el cuello, depende de la intención que tengan, si jugar o matar, o distraerlo a uno de la caravana para luego dejarlo perdido. La mula empezó a sacudir al pasajero, y a destrozar las riendas. Le buscaron tábanos en los oídos y debajo de la cola, le buscaron mataduras, le hablaron con rebuznos y en lengua de gente, el arriero que se entendía con ella nos dijo a todos, evitaba dirigirse a sir Birdwhistle, nos dijo: Esto es raro porque ella es mansita, le gustan el cristiano y las palmaditas en el anca. Pero esta vez no la convencieron, buscó una garganta de lodo para hundirse con el naturalista aterrado en la silleta, y juntos boquearon bajando y subiendo los minutos que el músculo colectivo se demoró en ejecutar las maniobras de rescate, después de buscar varas, cortarlas, tantear con ellas, lanzar sogas, templar cuerdas, improvisar arneses, repartirse los hombres de un lado y del otro, dentro y fuera del lodazal. Tampoco la segunda mula paró de corcovear mientras tuvo al naturalista en la grupa. Entonces un arriero se ofreció como acémila siempre y cuando le ajustaran el pago. Fray Fernando se ocupó de la negociación mientras yo me ocupaba del pie de sir Birdwhistle, ahora lastimado, inquieto, lloroso, insoportable. La silleta debía cumplir ciertas condiciones, tener almohadilla en el espaldar, tener un posapiés y tener un toldo y una cortina, ¿con

qué se hacía?, con sus camisas y con los dientes, él, acémila, ya lo tenía sabido desde el principio de los siglos: hizo las adecuaciones, se ajustó un arnés, improvisó almohadillas, tenía, sin embargo, callosidades en la espalda. Agarró su cayado y echó a andar.

Su tórax es una cómoda donde guarda una provisión de resuellos y un mulo de piedra con ánima para cargar pasajeros y los lastres que a bien tengan. Este de ahora llevaba un pie recién nacido, envuelto en gasas, que brincaba de huida de los perdigones con alas, que lo golpeaban y querían sembrarle larvas en los cráteres convalecientes de su empeine y su planta. La selva les sacaba punta a sus espinas para clavarlas en las nazarenas llagas, y las pringamozas le ceñían el pie con sus lenguas de candela, bejucos y enredaderas, querían degollarle su pie amoratado de intemperies selváticas, dejarlo mocho a él que tiene que andar el nuevo mundo; y el acémila lo aventaba patas arriba en el lodazal. ¡Ay, *stupid*! ¡Qué eres bruto!, ¡animal comelodo! ¡*Shit* y más *shit*!, decía el naturalista mientras repartía sablazos a las bestias vegetales, a los perdigones alados, al hombre paciente con su cómoda donde guardaba la provisión de resuellos y un mulo de piedra con ánima. La recua laboriosa, con sus cargazones de pájaros asustados y de baúles, tanteaba cocodrilos dormidos entre los escombros putrefactos de vegetales con sus vegetales tripas descompuestas, troncos con entrañas de hormigas, alacranes y gusanos y serpientes que hervían y trepaban con nosotros la montaña sin cielo, encharcada de un miasma con humores de sargazo.

Las autoridades que inspeccionaron el paquebote Princesa, después de hacer un primer recorrido en compañía del capitán, y de revisar los folios sentados a la mesa que permite intercambios por debajo, pasaron a revisarnos a mi hijo y a mí, no sin tomar ciertas medidas de higiene y hacerse a ciertos recursos como mandarnos a bañar y servirse de palitos para estirar lo estirable y hurgar para mejor ver. Presentes estaban el capitán, sir Birdwhistle y fray Fernando Cruz, rondaba la tripulación, nos cercaban los alguaciles. Juzgaron ser nosotros piezas sanas. Luego pasaron a descifrar la rareza de que llegáramos en el paquebote. Entonces intervino sir Birdwhistle: Me sirven a mí, la mujer, además, cura mi pie y se encarga del mantenimiento de la cargazón; el muchacho es mi mozo de cámara y ayudante en

actividades menores relacionadas con mi ciencia. La autoridad dilató sus fosas nasales antes de preguntar: ¿Serán estos negros los que dieron muerte al gobernador de Buenaventura? Estos negros me han acompañado desde mi desembarque en Bocas del San Juan hace poco más de veintisiete días. Por los bogas nos enteramos del crimen; y si en el momento albergué algún temor, no fue contra estos miserables, ellos son inofensivos. Sin más aclarar, le extendió el folio que daba cuenta de nosotros. Si al otro le cupieron dudas, no se le notaron mientras leía: «El naturalista sir Charles Birdwhistle, pasajero del paquebote Princesa, con patente de investigador refrendada por los duques de Watershed Castle, tratante de especies exóticas con fines de estudio, catálogo, recreación y ornato, celebra contrato con los libertos María Casanga y Jesús Casanga, hijo este de aquella, mediante términos concertados del modo siguiente: estipendio que cubre costes de viaje, alimentación, y el equivalente en oro de dos pesos que habrán de reajustarse, de ser necesario y en monto moderado, durante el tránsito por el istmo. Firman las partes, contratante y servidora, ante la autoridad competente Benkos C. Mezú, ante el capitán de navío Thomas Phillips, ante los paisanos Basilio Mina y Brígida Cantalicia Mosquera, y el reverendo fray Fernando Cruz Smith». Las mismas credenciales, patentes, salvoconductos y cédulas se presentaron ante las autoridades de río en Chagres.

De mis triturados huesos y temores encajados en mi carne supe en una pausa de las corrientes, cuando caí de bruces en la litera y me quedé quieta dejándole al reposo la tarea de rehacerme con los mismos callos en los talones y los mismos abultamientos en las coyunturas de mis dedos y la escritura de la infamia en mi omoplato, pero nueva. Esta era una tarde jubilosa. Anaranjada y con salitre se colaba por las hendijas. Habíamos pagado un aposento contiguo a los establos de la posada donde se alojaron el fraile y sir Birdwhistle. Mi Sundiata fue a comprar comida, trajo guisado de caracol y camarones con una bebida refrescante. Comimos mirando nuestro alivio: yo en su cara, él en la mía. Luego salió suma Sundiata y yo le pedí que no se fuera a perder en el bullicio de Portobelo y que mirara los trueques que se hacen en la fonda, él regresó poco después de que el vocerío del comercio se trocara en algazara de fiesta. Hablamos mi hijo y yo: Madre, estamos lejos. Esto todavía es Nueva Granada, hijo.

Pero llevamos leguas de río y mar y selva, y ahora esta aldea de fiesta; hay, afuera, hombres borrachos, hay enamorados y luces en los barcos, hay antorchas en el fuerte y brisa de la que infla las velas, todo eso se lleva las cosas de antes. Sí, hijo, yo traía un cansancio que era demasiado pesado para ser apenas producto del viaje y los sobresaltos, me tumbó aquí mismo donde me encontrás, y dormí con los ojos abiertos, mis ojos no se cerraron, te juro que dormí sin dejar de sentir nada de lo que aquí pasaba, el estallido de la tarde en colores y ruidos y brisa, el vaho del establo dulcificado con sal marina, para qué cerrar los ojos y soñar lo de siempre, que no es bueno, yo me pregunto, hijo, por qué a las mejores cosas que nos pueden pasar les llamamos sueños si los sueños en nada se parecen a la realidad cuando la realidad se ilumina. De unos días para acá siento que veo la luz de otra manera, como si fuera la primera vez. ¡Ah!, la visión primera duele con dulzura en los ojos. Bueno, pues dormí sin cerrar los ojos, este era hoy el mejor lugar del mundo, sí, hijo, es como vos decís: algo va quedando atrás ¿Sabe qué otra cosa me gustó, madre? Que todas las caras son desconocidas. Si usted hubiera salido conmigo. Si hubiera salido con vos no me lo estarías contando como si lo estuvieras mirando otra vez. Y, decime, hijo, ¿los trueques? Pagan con moneda, con oro y con perlas más pequeñas que la que usted lleva colgada; creo, madre, que debemos comprar moneda de otra comarca y movernos, usted por el mercado y yo con el sir y el fraile. Sí, hijo, bien lo advirtió Candelario Mezú, empezaremos por ahí, no los podemos dejar solos, tratá de que no te sometan como si fueras su sirviente, pero no los perdás de vista, de buena gana nos abandonarían, ya el naturalista ha sanado. Por lo pronto, hay que hacer humareda y descansar, ¿ya viste los zancudos pegados a las paredes? Sí, madre, voy a buscar bosta seca. Me quedé sacudiendo paredes y rincones para espantar los zancudos, canté. Salían nubes de debajo del jergón, a encarnizarse en los oídos. Mi Sundiata volvió con bosta y con tizones y juntos hicimos la humareda, los vimos volar, los aplastamos, yo en su piel, mi Sundiata en la mía, los cazamos con palmadas y golpes de trapo, panzudos de nuestra sangre. Dormimos en paz oyendo la feria de Portobelo.

La mañana nos recibió con una taza de cacao y tostadas de plátano que nos trajo hasta este aposento un alma de la casa.

Estaba vestida de amarillo y llevaba turbante. De cuclillas se instaló en el umbral y en silencio escuchó que teníamos frío en las tripas y que un sueño voraz nos había dejado con los estómagos vacíos. Tampoco nosotros hablamos, hay ocasiones en que no tenemos necesidad de decir nada, con la dicha basta, con el gusto y también con la tristeza o el miedo. Bebido el chocolate hasta la última burbuja, caí en cuenta de que yo no esperaba tal atención y tampoco la había pedido, entonces pregunté: ¿Acaso vino al aposento equivocado? No, es el mismo, respondió ella. No le entiendo. Ya entenderá. Pero siga. Y siguió. Encendimos velas y vimos que ella era una negra color de la llama, junto con su vestido y su turbante; o era su negrura sumergida en tanta luz que arrojaban las velas, o la llama regocijada en su negrura y el color amarillo. Tenía la presencia de Dios y el dominio del verbo, de manera que nosotros quedamos muy limitados de palabra; ella lo dijo todo, nosotros hablamos a duras penas: Pagaron ustedes el hospedaje con oro de Chocó, ¿de allá vienen? Sí. ¿Vuelven a África? Sí. Serán los primeros y los únicos, al menos en cuerpo y en espíritu. Ojalá… Larga es la travesía, más por los riesgos que por la distancia. No tienen salvoconductos y los hombres con los que llegaron son cambiantes más que las olas y los vientos. Son un naturalista y un fraile; el uno se llama sir Birdwhistle y el otro fray Fernando Cruz Smith, los conocimos en Bocas del San Juan. Podrían diezmar sus recursos, esclavizarlos o intercambiarlos como mercancía si no sucede algo providencial como ya sucedió, ¿entienden? Sí, pero no sé cómo, porque otra estaca se volvería contra nosotros. La cruz de Legba y la cruz del Cristo los protegen. Deben cuidar el oro que llevan en la pretina. En Santo Tomás pagarán por los salvoconductos, hay un judío llamado Ishay que trabaja en las sombras con el cónsul de Cerdeña, asegúrense de que sea él y no otro el vendedor. Sin intermediarios. No oculten sus nombres verdaderos, esa carta de horro que carga es útil. No viajen con los pobres de proa, paguen un rincón en la bodega, vuélvanse invisibles, más peligrosos que los hombres con poder son los pobres de proa, blancos todos. Pero Nay, no será como en la sentina, alas vivas y alas muertas los salvaguardan. Y Sundiata tiene destrezas de baquiano, sabe de pisadas y tiene olfato para las estrellas; y usted sabe qué hacer con los pícaros y las capas raídas, las jaquecas perniciosas y las ínfulas. ¿Puede adivinar las estratagemas de los hombres cuando

hablan en otro idioma? Desde siempre y desde mi aldea y Turbo y El Paraíso. A ver las tazas, dijo, y entre los residuos de chocolate forjados con la rúbrica de nuestro aliento leyó: Buen viaje y buena mar.

Lo vi triste, de repente estaba viejo, cuando no rogaba con la palabra lo hacía con la mirada, quería salvarnos de los peligros, ser vendidos y otros oprobios, pero más cierto era que yo formaba parte de su ejército, ahora quedaría desmantelado por un rato y no se sabía hasta cuándo. Esperaban el paquebote Princesa y su piragua. Nos dolía separarnos. Durante los últimos días paseábamos la tristeza por la selva desolada como sólo puede ser ella cuando hay una separación. Los últimos tramos los hicimos tomados de las manos porque el suelo se hundía. De pronto nos acordábamos de respirar la salina humedad de los manglares y nuestros labios se juntaban en un beso de resurrección y hablábamos sobre lo ya dicho: ¿Te sentís bien conmigo, Nay? Sí, tanto que sos el único hombre sobre la Tierra. ¿Entonces por qué te vas? Tengo que volver. ¡Volver a qué, si acá estoy yo, mirame, Nay: yo estoy aquí para los dos; tu hijo es de acá, nada sabe de allá. También vos te fuiste, ¿no?, Candelario Mezú. ¿Por eso te vas? Me voy porque quiero cerrar una herida. Ahora no me hablés bonito; decime la verdad: ¿creés que allá vas a encontrar a Sinar? Llegué a pensar que lo habías olvidado. Sinar murió, me lo dijeron las mujeres de la comarca: Si no ha venido no es por cosa suya sino del mundo. Quizá no perdió el alma sino el cuerpo y me espera en el más allá. No, ya no busco a Sinar, sólo quiero volver porque entre África y yo hay una herida que sangra y yo la voy a cerrar; para eso quiero volver. ¿Cómo la vas a cerrar? Uniéndome a ella, hincando mis rodillas en esa tierra, abrazando a mi gente, hablando mi habla y elevando mis plegarias al cielo donde está mi Dios. Las cosas cambian, mi Nay, también Dios. Voy a recuperar un pedazo de mí. ¿Y me dejás a mí solo, sin vos? Vení conmigo, los dos juntos con mi hijo podemos ser más fuertes y llegar. Nunca fui esclavo, Nay, nunca me amarraron cadenas, no estoy marcado y aquí nací; ¿te conté que a José Prudencio Padilla, héroe de la independencia, lo pusieron a lavar retretes en un barco? Siempre me lo contás, Candelario Mezú. Nada se sabe de lo que pueda suceder en altamar, Nay, aquí negocio con sir Birdwhistle, pero en el barco a él se le olvida que le di a ganar. Además, no puedo perder lo que he construido, yo domino el

comercio y el contrabando en las bocas del San Juan, soy poderoso y seguiré luchando por la abolición de la esclavitud. Candelario Mezú, ya te he dicho lo que pienso de esa libertad. Mucho hablamos sus razones y las mías y la única cosa que sacamos en claro fue que nos amábamos, pero no fue suficiente para ninguno de los dos. La última noche embutió más oro en mi pretina; la perla me la colgó como amuleto: Es mejor que no salga de la funda, me dijo, que mientras no tengás respaldo, esa perla no compra nada. Y, mi Nay, que tampoco se te note el oro, vos ya sabés. Sí, Candelario Mezú, ya sé que si brillo me pueden matar.

SUNDIATA DE GAMBIA

Temprano en la mañana fuimos al cobertizo donde está la cargazón, le ayudo a mi madre a consolar pájaros, algunos ya nos conocen y nos reciben con trinos y nosotros los soplamos, entonces ellos se sacuden como cuando se bañan con tierra o con agua. Han descubierto que nos parecemos al sol de las ocho, entonces reclaman su ración de aliento, se acercan a la puerta y no se resisten cuando los tomamos para soplarles calor. Después llegó el sir, tan blanco, limpio y planchado como su camisa, llevaba abierta su casaca rosada con pespuntes de oro, el sir se transforma, así vestido como estaba pensé que iba a decir algo parecido al color de su traje, pero no. Nos dijo que el panorama para nosotros era incierto pues no bastaba con que pagáramos un sitio en tercera clase. Él haría lo posible por favorecernos, la noche anterior había recorrido los muelles buscando un capitán que estaba perdido, y de no encontrarlo hoy sería imposible negociar. Nos miramos mi madre y yo, si hasta aquí nos dura la dicha, lo siento tanto por ella, pero yo le voy a prometer que el mundo será mejor para nosotros donde quiera que nos tengamos que quedar. Mi madre siguió haciendo su oficio de pajarera, el sir me dijo que debía acompañarlo y le puso una tarea a mi madre, pero ella siempre está por encima de sus palabras necias. Ella hace más: ahuyenta la peste de los pájaros, las pústulas y los piojos.

Caminando por los muelles, de un lado a otro, empecé a sospechar que ni el naturalista ni el fraile viajarían en uno de los grandes barcos que se preparaban en la bahía para zarpar. Largas filas de hermanos subían llevando bultos de carbón, recuas de mulas llegaban con las cargas, capataces con sus rebenques daban órdenes a las cuadrillas, repartían fuete. Unos hombres les ayudaban a los arrieros a desamarrar los costales, los otros se los iban echando a la espalda, detrás iban niños recogiendo los

carbones que caían, y se armó un revuelo cuando se desfondaron un par de costales. Entonces caí en cuenta no sólo de que la cuadrilla cantaba sino de que seguía cantando a pesar del fuete, de los carbones caídos y las maldiciones de los capataces. Cantaban como si hablaran su canto negro de piel y carbón: el uno dice, los otros responden no sé qué. Pero sin entender me sonaba, y yo también quería cantar: *mmmmm, bimboroborombooo. Cuyeyé*.

El naturalista hacía averiguaciones, el fraile iba a su lado y yo tres pasos atrás cargando las pertenencias del sir y atento a lo que no podía oír, gestos, movimientos y, sobre todo, esa lengua que ellos hablan, inglés. Sin yo saberla, me dice cosas. Y ya sé: de pronto debemos huir. También en Portobelo hay palenques, y yo conozco la selva. Preguntaron por alguien y recorrieron el puerto buscándolo hasta que lo encontraron en un muelle alejado: había chalupas y barcos que hociqueaban, como el paquebote Princesa, que parecían encallados para siempre, que se iban a desarmar con la próxima marea, que querían abrir el agua y asentarse en el fondo, en la arena mullida, porque el agua los sacude y ellos hociquean, y las maderas, los palos y cordajes querían volverse otra cosa que no fuera barco, sino casa para peces y algas. No lo encontró el sir sino el otro a él, y le habló en inglés. ¡Qué manera de saludar esa del naturalista! Con requiebros y minués, diría mi madre. Sir sacó el pañuelo. No sé si formaba parte del saludo o si impedía que algo entrara o saliera de su nariz. Los pañuelos del sir, en todo caso, sirven para saludar. Tienen encajes. Hablaron palabras que con ser cortas debieron decir mucho pues ambos cambiaron de color, del blanco al rojo, como el bimbo. El uno dijo palabras que el otro no oyó por estar también hablando, luego el sir le dijo al fraile: No es este el capitán sino el contramaestre y acabo de decirle que usted es digno de confianza, de manera que hablaremos en castellano. Se lo agradezco, sir Birdwhistle, también seré sus oídos. Porque me hice el que miraba los barcos, tres pasos retirado de los tres, interpuesto el oleaje, por lo estrecho del muelle, porque me vuelvo pulga, porque ellos no saben que sé, pude oírlo todo: ¿Y su barco? La goleta Aurora, trecientas toneladas, ¡qué mares no ha surcado! Allá está, la de la franja amarilla. Ya veo, dijo el sir, pero mentía pues yo miré y no vi, y miró el fray y creo que tampoco vio. Los tres tuvimos que mirar y mirar para descubrir una franja con

desconchados y costras y costras y costras, y debajo un color que fue amarillo. En un barco que fue blanco, algo caído a estribor. Entonces habló el contramaestre: No bien termine el avituallamiento, zarpa la flota, ha habido un retraso de dos días por algunas dificultades con los comerciantes de carbón… pero hablemos del servicio que usted busca. Somos dos hombres de bien, aquí conmigo fray Fernando Cruz Smith, y su servidor Charles Birdwhistle, naturalista con credenciales para el comercio de especies del nuevo mundo. Llevo una cargazón de aves, algunas pieles… Viajan conmigo dos sirvientes, este negro y su madre. Vamos por partes: Digamos, cuarenta libras, una acomodación de primera clase, sabe usted, naturalista, que si lo desea con vista al mar hay un incremento. En cuanto a otras mercancías, las de bodega y las que ya sabemos, más estos negros, eso lo habla con el capitán... ¿Y qué tan legales son los sirvientes? No menos ni más que las cargazones que ustedes llevan. Pero le digo que tienen condiciones para ir en su barco. Hablemos de tarifa por sirviente, sir… ¿cómo dijo que se llama? Birdwhistle. ¡Ah, ya!, sir Birdwhistle, hablemos del asunto. Ese podemos definirlo más adelante, se lo aseguro. Usted sabe, sir Birdwhistle, cómo es con los negros. Mire, contramaestre, no hay mayores requisitos para la gente que viaja a Santo Tomás, legales serán los términos que ustedes y yo acordemos. Con los negros es diferente y, sí, es como usted dice: eso lo tenemos que negociar, sir Birdwhistle. Tengan en cuenta las calidades de mi compañero de viaje y las mías. Mire usted, sir Birdwhistle, somos comerciantes y en esos términos nos entendemos, de manera que poco nos importa si son naturalistas o curas. Les garantizamos, eso sí, que la goleta Aurora lo lleva a puerto seguro con su cargazón… Y libre de impuestos. De antemano tuve conocimiento del porcentaje sobre valores que usted pide; lo encuentro muy alto. Eso háblelo con el capitán, sir, lo encuentra en la fonda de las afueras antes de la medianoche, si resuelve. El estibador ya casi termina de acomodar la carga, sir, dijo antes de proseguir su camino.

NAY DE GAMBIA

Nos falta cruzar el Atlántico y al menos un puerto, según lo que me cuenta suma Sundiata, y me pregunto si a las nuevas condiciones que plantea el naturalista seguirán otras y otras. Esta mañana, después de la visita de Crisanta, fui a llevarle el desayuno y lo encontré calzando su borceguí derecho. Sostuvimos un diálogo muy parecido al de la primera vez, por lo regular no necesitamos palabras porque en la comunicación con él intervenimos yo y su pie o sus jaquecas o los pájaros muertos o su presentación personal, y a unos los manejan mis manos de seda, y los otros requieren actos que ya tengo aprendidos, las mínimas palabras las dice él cuando siente que, con todo y su presencia, él desaparece de mi vista. No es nadie. Esta vez hablamos: Verás, negra. Nay, Nay de Gambia, dije. De ahora en adelante habrás de pagar los costes del viaje. No fue lo acordado, puesto que lo curo y le sirvo. Como ves, las circunstancias cambian y con ellas, los negocios, a partir de ahora, no sólo pagarás el transporte, sino que me pagarás un estipendio tú a mí porque eres tú y es tu hijo los que sacan provecho de mi condición; sobra decir que, además, deberán continuar a mi servicio. ¿Cuánto le debo pagar? A su debido momento sabrás cuánto pagas y hasta dónde. ¿Qué quiere decir? Lo que oyes, es posible que aunque hayas pagado, no puedas avanzar más. Entonces deberás quedarte en alguna isla. Yo quiero creer que llegarás a Southampton, por lo menos. ¿Cuánto deberé pagarle? En principio, el doble de dos pasajes en primera. ¿En principio? Sí, puede haber un incremento, eso lo voy a discutir con el capitán, sólo entonces podré darte una cifra precisa. Según lo que dice usted, estaré pagando dos pasajes de ida y dos de regreso. En primera. Pero no viajaremos, mi hijo y yo, en primera. Necedad es que siquiera lo expreses de ese modo. Lo que debes considerar, negra, es que habrá un incremento ¿Un incremento de cuánto? Si me dices cuánto oro llevas, quizá

podamos negociar. Sólo dígame cuánto debo pagar y yo veré.

Me confunden un poco las conversiones de oro a la nueva moneda, y hago presunciones sobre lo que pueden pagar nuestras onzas, aquí empiezo a coser y a descoser mi pretina, el viaje de Palmira hasta el San Juan con ser que los bogas alegaban cada rápido y cada creciente y cada banco de arena para cobrar más, y los hospedajes se duplicaron, la funda no demandó tanto cuidado como ahora. En el mercado, mientras buscamos provisiones y yerbas, vamos descubriendo el movimiento del oro en los trueques. Para negociar, en mi faltriquera llevo lo que en la comarca de donde vengo se llama una uña de oro, digo que es oro de Chocó, y si acaso preguntan digo que soy de allá. Los hermanos negocian con perlas, la que llevo en la talega engarzada con semillas y miniaturas en tagua cuesta más que todas las que ruedan, por el tamaño de ella y del amor, esa la guardo para mí. Sé que el oro de mi pretina puede pagar todo y nada, ya lo dijeron Pacha, Brígida, Crisanta, Candelario Mezú, la hermana y el fraile. Como las de Candelario, las palabras de ellas me suenan a presagio, las del fraile a tormenta. Centinelas de mi oro y guías de mis pensamientos son; fuerza y milagro, el poder que yo invoco: que lo que mi oro no puede comprar, que la amenaza que por poseerlo se cierna sobre mí quede cancelada, conjurada, descartada, anulada, eliminada de una vez y para siempre; que no brille mientras yo sea invisible, y que brille a través de mí cuando llegue la ocasión y me de pan y voz, y en mi pretina incube y se multiplique; y no otra mano ni poder por él ni con él alce el vuelo; más bien que el negado o robado vuelva a mí o se torne en amparo y servicio para nuestro bien; sí, que mis centinelas y en ellos Dios y mis ancestros le muestren a sir Birdwhistle el camino de mis manos, que son ellas las que enderezan sus pasos torcidos; que ellos lo unjan crucificado y humilde, y toda falta por purgar, todo motivo de sanar, toda intención que me dañe, golpee, pierda o mate lo pague con su pie, sea talón, dedo o la misma llaga; invoco al espíritu de plantas con espinas y gusarapos con aguijones, clavo, estaca o rayo para que lo claven a mi mano y voluntad. Amén.

Esta es la goleta Aurora de turbios colores que traquea y da bandazos, y queda rezagada ahora que el vapor Amazonas soltó la soga con la que la remolcó hasta altamar. Los pasajeros se agarran de las barandas, se desvanecen, vomitan. Yo, que sé sobre

rápidos, sobre los vientos en contra del Pacífico, yo que sufrí la sentina; que vomité los mareos de la madre y del espíritu en hilachas; que con arcadas me hice a la idea de estar arrancando de mis entrañas a Candelario Mezú, voy a la bodega a aplacar los pájaros, a sosegarles el agua de beber, a moverles el aire, los abarco a todos con mi aliento, subo y bajo con la jaula de pasearlos porque yo sé todo lo que falta en la sentina: la piel pide sol. Lágrimas y oscuridades cuajadas en los ojos quieren que las atraviesen alfileres de fuego. Con tal de sentir el día tras la ceguera de pus, qué les importa a las pupilas si las atraviesan las mil puntas del sol. Si el salitre chisporrotea en sus heridas, si carcome el vacío que dejaron las imágenes perdidas, poco importa. La frescura soliviaba el dolor en el dolor. Soliviaba la humillación en el dolor. Se despabilaban cuerpo y espíritu por ese motivo vital: el aire libre. El pecho sentía y respiraba, respiraba y sentía junto con la barriga, el aire libre. Porque emergíamos del aire que no era libre, un aire humanado de secreciones oxidadas, de llorosas llagas, de carne en llamas; de nuestras miserias, orines y excrementos, porque el cuerpo mentía salud, con la ración de harina y la ración de agua le bastaba. Y se tornaba en aliento, engusanado aliento, pastoso de las fiebres. No era nauseabundo el aire; había dejado de serlo, era denso, y era gas de los sepulcros; respirándonos, yacíamos murientes aunque vivíamos. Estábamos sepultados, unos podíamos salir a asolearnos, abríamos las alas como los pájaros. Sorbíamos aire. Otros no. Cuando estuve encadenada.

En la bodega, con la carga de la goleta Aurora, al lado de un par de piezas de artillería que nos separan de los pájaros, están nuestras literas. Tres mamparas demarcan nuestra privacidad que pagamos como si fuera primera clase, era esta alternativa o pernoctar con los pasajeros de tercera cuyos reales no alcanzaron para cubrir el costo en camarotes de la segunda cubierta, y duermen hacinados en la proa y cuando llueve se amontonan en el comedor. Mi Sundiata estuvo satisfecho con la negociación, mejor dormir con los pájaros que estar expuesto a algún puñal, arma blanca de blanca mano, o a las bayonetas del odio. Yo preferí dormir y que durmiera mi cuchillo que ya conoce los pujos de las venas. Mi Sundiata duerme tranquilo, pero su pecho y su nariz le ponen reparo a los pulverizados humores de los pájaros. Porque se ofrece como grumete en las distintas faenas del

barco, lo invitaron a compartir un espacio en cubierta con la tripulación, pero él prefiere acompañarme. Llega cansado, saboreamos el melao y el pescado seco de nuestras provisiones. Parte de nuestra ración de agua la guardamos para esta cena complementaria. Y hablamos un rato, hablamos de los lagartos al sol en las laderas de Santo Tomás, de Charlotte Amalie con terrazas coloridas que se enlazan escalonadas desde los espigones; hablamos del judío. Negociamos con él como si Crisanta hubiera mediado a nuestro favor; ahora somos súbditos de la corona de Dinamarca, que reina sobre las Islas de las Once Mil Vírgenes adonde llegamos diez años atrás con carta de horro procedentes de Nueva Granada, auténticos son los sellos de nuestro pasaporte y auténtica la firma del gobernador; el cónsul de Cerdeña y el de la Corona Británica nos expidieron visas para permanecer en sus comarcas, somos comerciantes de pieles y de pájaros. Ishay nos instruyó en lo que debíamos decir: ni una palabra. Documentos y oficio lo dicen todo, punto, dijo Ishay, decir más es ponerle el cuello a la horca. Son ochenta libras o su equivalente en oro, dijo.

SUNDIATA DE GAMBIA

Quiero aprender a navegar, por eso sigo al grumete que va a arriar las velas, a subirlas, a ajustar cordajes, le paso las herramientas cuando atornilla pernos y cargo el balde cuando embute brea y cuando la goleta hace aguas; todo lo puedo porque la tripulación es insuficiente, cuatro hombres se negaron a embarcarse y los que deambulaban por el puerto, dicen los que siguieron fieles a la goleta Aurora, prefirieron barcos más grandes y seguros, dicen que a este lo azotaron los vientos del Caribe y ahora hociquea más, dicen que las corrientes lo pueden desbaratar, dicen que la paga es poca, dicen que este será el último viaje de la goleta. De buena gana reciben mi ayuda. Me tienen por mozo de cámara del sir, y yo me encargo de que eso piensen: dispongo las sillas plegables en cubierta para que se sienten el sir y el fraile a hablar en inglés, les sirvo el vino, sostengo el catalejo, el cuaderno, la pluma; me quedo un rato al lado, con la jaula de subir pájaros, a veces quiere observar uno en particular, entonces lo traigo y trato de sosegarlo para que él haga sus observaciones. Pero, de pronto, salgo a andar por el barco o me subo al palo de buenaventura, alguna vez descubro un barco, un cayo, descubro que puedo volar, descubro que quiero ser marinero. Para pasajeros y tripulación, soy mozo de cámara con un tratamiento que nadie puede creer. Entonces, el sir es más sir, y todos lo nombran, sir Birdwhistle, el amo que le permite a su mozo de cámara recrearse. Por la dignidad del sir, no esperan que yo haga tareas de limpieza, sería una afrenta, él no lo permitiría, lo saben pasajeros y tripulantes, y antes que ellos, lo supo mi madre y lo negoció con el sir, yo estuve presente: Mi hijo hará ciertas tareas para usted y yo le diré cuáles; todas se harán en cubierta y serán extensivas a fray Fernando Cruz, pero mi hijo no será fámulo, sino lo que él quiera. ¿Qué querés, hijo? Aprender las artes de la navegación. Usted se complacerá en ello,

sir Birdwhistle. ¿Qué dices, negra? Nay, señor, Nay de Gambia. Y le digo que usted no necesita decir ni hacer. Basta con guardar silencio cuando Sundiata, que aparenta ser su mozo de cámara, se va de su lado. Él no será su sombra ni eco de sus pensamientos, ni dirá las palabras que no son dignas de su boca, pero que usted piensa y quiere que se sepan. El sir se quedó callado, no dijo sí porque él nunca lo dice, por lo menos a mi madre, pero mi madre manda. Pero lo que más me gusta de ser marinero es saber cómo se orienta uno en el océano. Y conocer las corrientes marinas. Y leer las estrellas. Y la real altura del sol. Subo al castillo de proa y veo al capitán consultando las cartas de navegación y haciendo mediciones. Le digo que quiero ser capitán. ¿Qué te hace suponer que puedes ser capitán?, dice. Sé andar por la selva. ¿Qué tienen en común la selva y el océano? Que son inmensos y uno se puede perder. ¿Cómo te orientas en la selva?, pregunta. Primero con el oído, digo. Con los ojos. Y con otra forma de sentir que yo no sé dónde está. Aquí se hace primero con los ojos, dice, con esa forma de sentir que tú dices, y con los instrumentos de navegación. Este es el sextante, estos espejos recogen la imagen del astro, si pones este instrumento así, como ves, se juntan astro y horizonte; entonces, en esta escala, se miden la longitud y la latitud, las distancias entre el barco y unos puntos de referencia…, adviertes peligros, orientas la nave, ¿entiendes? Corriges desviaciones. Todo eso se hace en la selva, pero sin instrumentos como esos, apenas con el hacha y el machete. Y la única nave soy yo. No hay otra en la selva. Pero me gustan los instrumentos y los mapas, aunque no los entiendo. Si sabes leer ya los entenderás, ¿cómo dices que te llamas? Sundiata. En tu pasaporte dice que te llamas Juan Ángel, Juan Ángel de Gambia. Eso dice en el pasaporte porque lo dice la carta de horro. Pero mi nombre verdadero es el que me puso mi madre. Y ese es el que me gusta. ¿Por qué? Porque ese nombre es como yo soy. Sé que no entendió, pero tampoco preguntó, más bien me dijo una cosa sobre mi madre: Es la capitana de su barco. No dije nada porque no había necesidad de responder, sólo sé que muchas cosas son gracias a mi madre, y que yo he visto cómo el capitán la mira a ella, a ella que no mira a nadie. Ese día, después de varios que llevábamos hablando sobre todo lo que he anotado en mi cuaderno, que ahora se llama bitácora, ese día, el capitán me permitió mirar por el sextante y sentí emoción.

Nay de Gambia

No lo pedí, no esto, por mi cabeza no pasó, nos íbamos a despedir en Southampton, despedir es un decir; mi hijo y yo nos íbamos a perder en el puerto, por un par de miembros de la tripulación supo él que zarpaban metodistas con hermanos rescatados del tráfico ilegal. Confirmado quedó que las disposiciones de la corona británica frenaban en algún grado el tráfico esclavista, en Gran Bretaña, la servidumbre era blanca y cobraba paga, de manera que Balta, la mujer que mantuvo con vida a la mujer del inglés, de seguro, estaba en África. Y la muerta en vida, que no volvió por sí misma a su tierra, ella había resucitado. Y un dato más nutrió mi confianza en lugar de generar incertidumbre: a los negros los necesitaban en las colonias que tenían en África. También le informaron a mi Sundiata que, de tener cómo financiar el viaje, podríamos embarcarnos en un paquebote comercial con destino a algún puerto de África, o si estábamos de suerte, a menor costo, en un barco misionero. Todo eso me llevó a imaginar los eventos que pasarían cuando estuviéramos en tierra. Nos imaginaba, a mi hijo y a mí, liberados del naturalista, quizá ya no tuviera intereses en nosotros porque, además, estando él atento a sus arcones y valijas con sus caletas de oro, podíamos nosotros perdernos entre el fragor permanente del puerto. De manera que no tuvo por qué ocurrir, con la estaca y los aguijones en el paso por el istmo ya estábamos servidos. Ni fueron mis oraciones y conjuros. Porque yo no pedí este camarote con ventanita al mar, ni siquiera por la salud de mi hijo, aunque debo reconocer las bondades de estas nuevas condiciones, su pecho y su nariz ahora sin congestión nos permiten descansar. Me pregunto si también las aves ahora se vuelvan un plácido huevo de plumas en verdes ramas, altas y tupidas, quizá llegarán ateridas y saladas al cabo de cientos de millas náuticas. Si esta águila hubiera esperado un poco estaría

en un barranco durmiendo su digestión de roedores y no en mis manos que tratan de devolverle su anatomía y físico, el emplumado trapo espera mientras yo amarro y vuelvo a desamarrar el envoltorio de paja, porque no he podido concentrarme; preciado tesoro habría sido para el naturalista, lo estoy viendo estudiando la intención del vuelo, encorvado sobre el ave, introduciendo el alambre en el ala. Dándole la línea precisa al metal, la definitiva guía. Se entrecruzan su imagen viva y su imagen muerta. Y su última mirada: ¡Sálvame, negra, sálvame! Pero, aun antes de expirar, ya estaba muerto. Cómplice del acercamiento fue la bruma, rezagada la goleta Aurora, sus velas tomaban resuello, pero vinieron corrientes en contra y torcieron el rumbo al sureste, dice mi Sundiata, entonces una corbeta de bucaneros, no bien se despejaba la bruma inició el asalto. Busqué a mi Sundiata entre los hombres que corrieron a armarse, pasajeros en su mayoría, dando tiempo a que se emplazara la artillería, pero no lo vi, en cambio vi cómo se afanaba el naturalista con su rifle, de vez en cuando se volvía cazador de micos para afinar la puntería, pero no los tomaba, un cierto escrúpulo se lo impedía. Pero en el primer cruce de disparos lo vimos caer, se arrastró un trecho hacia algún lugar, arrastrándonos llegamos a él, y con él a rastras nos arrastramos el fraile y yo hacia la sentina, las descargas de cañón abatían palos y velas, pero el capitán, Joseph R. Well, con su excepcional puntería, abatió el timón, dice mi Sundiata. En apenas la primera descarga, hociqueó el barco enemigo, las corrientes lo agitaron en redondo, debieron los bucaneros ocuparse de sus vidas y de algún botín.

SUNDIATA DE GAMBIA

¿Fue miedo o sorpresa? O un miedo animado. Una aterrada emoción. Me gusta sentir la sangre en mis venas. Ella es caliente y yo me vuelvo roca, roca inflamada de sangre, roca que carga el rifle, apunta, dispara, roca emocionada, la sangre husmea, busca, inyecta los ojos y los dedos; hormiguea un batallón en ella; hierve con una fiebre limpia, que está más allá de la vida y de la muerte; llueven balas que pasan rozando mi cuerpo de roca; yo disparo las mías, mientras disparo siento mi sangre, ella ahoga heridas, golpes, ahoga el miedo, el grito y el dolor, ese dolor que no es dolor de cuerpo sino de muerte, ahoga los ruidos, por eso cuando el contramaestre grita sus órdenes, ellas me llegan de lejos, de lejos, de lejos, alguien me sacude: se prepara una descarga que va a cubrir la bala de cañón que, certera, apunta al timón, la dispara el capitán Well; entonces el barco del enemigo empieza a dar vueltas sobre el eje del naufragio, muriendo, muriendo. Y muriendo parece vivo, parece animal que sacude la cabeza y dobla las patas. Cesaron las balas de los bucaneros, ya no siento mi sangre. ¿Por qué la sangre hierve sólo cuando rugen las balas? Estoy seguro de que el naturalista sintió la última felicidad gracias a su sangre. ¿Hierve ella igual en todos?

Él estuvo, además, en los brazos de mi madre. Lo subieron al camarote para vestirlo. Mi madre le puso la casaca rosa de pespuntes dorados. Pero primero lo lavó, usó gasas y alhucemas, lo frotó con linimento. ¿Para qué, madre?, le pregunté. Para mi tranquilidad, dijo. Y con sábanas forró la parihuela en la que lo tuvieron en cubierta mientras el fraile decía sus rezos y unas palabras que hicieron llorar a los pasajeros. Y lo bendecía en castellano y en inglés. También habló el capitán Joseph. Dijo que sir Charles Birdwhistle había muerto como un héroe, y yo pensé para mis adentros: «Con la sangre caliente». La banda de violines empezó a tocar canciones llorosas, y la gente ya se dirigía a babor

para ver la maniobra de bajarlo al mar, cuando retumbó un revoloteo: la cubierta se llenaba de pájaros atolondrados que se posaban en los palos, en el castillo de proa, la borda, el muerto; unos a salticos ensayaban sus vuelos, otros volaron sin pensarlo. Tan sólo una guacamaya, una lora y el ave picón sobrevolaron las olas y volvieron. Detrás de los pájaros apareció mi madre. En sus brazos traía el águila quieta, como nadie espera que ella sea. Le preguntaron si estaba enferma y mi madre respondió que no, que estaba alicaída por la falta de volar.

NAY DE GAMBIA

De tinieblas que con el tiempo se disipan, de premonición y conocimiento, de humillación ¿y odio?, un odio no por lo que soy, sino por lo que represento, se llenan las palabras de fray Fernando Cruz Smith cuando me habla. Esta fue la segunda vez que cruzamos palabra, la primera, en el San Juan, yo lo abordé y por él supe sobre el real valor del oro, supe que unos tienen que pagar más porque su oro vale menos, supe que el oro de mi pretina necesitaba de alguien con poder para poder valer, confirmé que mi oro debía brillar menos, mucho menos porque mi oro bautizado con el sudor de mi frente necesitaba la bendición de un zángano. Ahora, en este tiempo oceánico que nos juntó en su rumor sin afán, el fraile trató dos asuntos que si bien atraviesan mis acciones más allá de lo que yo pienso, hasta ahora cobran palabra: el valor del enemigo y el de una lengua extranjera. El enemigo, incluido él, era mi aliado, y aliada también era esta lengua prestada en la que ahora escribo. Mi destino en tierra, en efecto, se complicaría pues de inglés sólo sé que lo hablan el señor Sahal y Sardick y lo hablaban sir Charles Birdwhistle y la madre de fray Fernando Cruz S., y él lo balbucea; y lo habla el capitán Well; y todo el mundo en Southampton, para mi perdición. El único recurso que yo tenía era el habla grotesca de los gestos. Pero también, después de la perorata del fraile, supe que el efecto de la palabra depende del que escucha.

Había entrado al camarote del difunto, ahora mío, ya empezaba yo a organizar un par de cajas y su valija de mano, la de llevar algunos efectos personales, sus pañuelos de seda y su diario, después de remendar y pegar con brea las tablas astilladas de los arcones, y luego rehacer los decorados, el abullonado terciopelo sujeto con taches forrados en gordo satín, un trabajo artesanal que hicimos mi hijo y yo siguiendo las recomendaciones del capitán: en el menor tiempo posible. Ahora, recogiendo las

menudas cosas, deshacía las huellas de sir Birdwhistle, a la sentina pasarían sus pertenencias, las que todavía lo son, las cosas que conserva después de muerto. Entraría el fraile a presenciar la definitiva desaparición del difunto: vacío en el lugar de sus arcones que, ahora despojados de los valores que todos quieren, habían pasado a la bodega. Estuvo mirando por la ventanita, luego hojeó un par de libros, algunos documentos que yo quería conservar, él se quedó con un cartapacho, yo no pude decir nada. En cambio, él habló lo que quiso: ¿Qué harás, negra, con el legado de sir Birdwhistle y sin su palabra? Fray, no le entiendo. Veo que aprendiste algo de su ciencia. El águila, ¿acaso la mataste? En Southampton alguien querrá comprarla, déjame ver: enhiestas las alas, bien emplumada la costura y, ¿cómo está de alma? Usted tantee, fray. ¿A quién pertenece ahora?, porque te digo, tú no posees más que lo que llevas puesto, y en el puerto vas a tener mucho menos, ¿sabes por qué? Porque no conoces el idioma. Aún con las limitaciones que dada tu condición, se te imponen, podría serte útil… ¿sabes tú de las restricciones que tienes con respecto al uso del lenguaje? Dígamelo usted, fray. Te hablaré de una, se trata de un dictado natural, surge de manera espontánea: dirigirte a personas con jerarquía, un cónsul, un hombre de ciencia, de letras o de leyes. Un hombre de armas, un lobo de mar o un hombre de Dios. Eso tiene una explicación sencilla: la investidura paraliza, te deja muda, ella admite poquísimas palabras. A ver, ¿cuántas veces te has dirigido a mí? Una sola vez, fray. ¿Para qué? Para proponerle un negocio. No, negra, corrección: para pedirme un favor. Las pocas palabras a las que me refiero son favores que se piden o palabras de admiración o de agradecimiento. ¿Le agradeciste acaso todo el respaldo que te otorgó sir Birdwhistle? Por las veces que intercedió por ti ante contramaestres, capitanes, hospederos, autoridades de río y de mar, inspectores de higiene, viajeros de primera clase, ¿le diste los reconocimientos que merecía? Todo lo pagué. Sabido es que la gente de tu condición no ve más allá de sus narices: sin el respaldo que te daba sir Birdwhistle habría abusado de ti y de tu hijo la bazofia de la tripulación; después, infecta y pestífera, te habrían tirado al mar. Pero lo tuviste a él, que te honró con su bondad y su ciencia. Mire, fray: no hizo parte del trato, pero recogí plumas y vísceras y guano, limpié instrumentos, embutí paja, me corté con los ojos de vidrio, me convertí en costurera de

buches. ¡Fuiste su aprendiz! El pupilo, sepa mucho o poco, empieza cumpliendo tareas sencillas; de ese modo no sólo se forma en el oficio, sino también en la humildad y en el reconocimiento de su maestro. Piensas tú que le ayudabas, pero inmortalizar esta águila ¿has pensado qué te puede significar? Porque has de saber que si el capitán determina que el águila te pertenece y te pertenecen la lora, la guacamaya y el pajarraco, entonces podrías bajar a tierra con algo distinto de tus harapos, de esa tosca bayeta que mal te cubre las protuberancias. A Europa le encantan las cosas del Nuevo Mundo, la exquisita Europa las describe, las estudia, las dispone en la parcela del saber que le corresponde a cada una; las aprecia, ¡cuánto las aprecia! Pero si el capitán les da otro destino a los pájaros, estarás en problemas. Sin señas palpables del legado de ese hombre de ciencia y sin sus dignidades que no sólo te exoneraban de explicar tu presencia, sino que hablaban por ti, es posible que retomes tu destino, el que te marcó Noé, ¡esclava de tus hermanos!… Destino que me marcó Noé; ¿es acaso Noé otro nombre de Dios? Mira, negra, yo te respondo de este modo: Si Dios se hizo hombre, ¿por qué no pensar que el hombre es Dios? ¡Cuán profundo suenan esas palabras prestadas! ¿Qué quieres decir? Mire, fray Fernando Cruz S., si primero las dijo Alonso de Sandoval o mejor, no las dijo sino que las escribió en *De Instauranda Aetiopum Salute*, y usted las dice ahora, entonces son palabras prestadas, y el autor merece que se le nombre. ¿Te he dicho ya que eres insolente?, ¿y de dónde sabes tú sobre *De Instauranda*? Después de fornicar en la oficina del señor Sahal, que me asaltaba cuando yo entraba a llevarle el refresco: retiraba folios, tintero, plumas y papeles de un manotazo y me depositaba en el escritorio como si yo fuera el más suculento de los libros; me devoraba con los ojos, yo era todo, sabiduría, líneas, misterio, letras, agua, sed. Él me veía brotar como una fuente y penetraba en mí. Luego, repuestos ambos del primer goce, mientras él comía, yo hojeaba libros. A menudo leía para él; le gustaba que yo le leyera. Me explicaba los significados de las palabras, me dejaba tareas; y entre los arrebatos del amor, mientras se devoraba mis protuberancias, yo le daba las lecciones.

Me sobrecogen las gélidas brisas y esta multitud nunca imaginada. Esperamos en el vestíbulo del edificio de aduanas al capitán que rinde declaración sobre los sucesos de a bordo y

entrega documentos y otras pertenencias de sir Charles Birdwhistle: valijas, el arcón de los pájaros y algunos de sus instrumentos de trabajo. Yo fui heredera, por disposición del capitán, de un estuche con instrumentos de disección que tienen empuñaduras de oro. Envueltas en un pañuelo de satín quedarán en custodia las piezas que figuraban en las actas: una patena con remates en filigrana, un par de figuras precolombinas y un aderezo de esmeraldas engastadas en orfebrería que no pueden ser de otro lugar distinto de Mompox. El resto del oro será un secreto guardado entre el capitán, el contramaestre y el fraile. En mis orejas, con delicada torpeza, puso el capitán unos pendientes que prefiero no usar para evitar suspicacias que puedan perjudicarnos a mi hijo y a mí, sin embargo, he visto un par de hermanas, cada una por su lado, que llevaban finos aderezos. Séquito, una de ellas. Del brazo de un hombre blanco, la otra. Quise hablarles, quizá fueran a África y pudieran informarnos, pero confiamos, mi hijo y yo, en la palabra del capitán que no bien termine las gestiones averiguará sobre cargas con destino a Cabo Verde, Senegal o Guinea. Me ha dicho que, con mayor seguridad, habrá barcos próximos a zarpar hacia esas tierras.

Pareciera perder la fe en que la goleta Aurora pueda convencer a algún comerciante. Ha quedado anclada, menos, mucho menos firme y estable que otras embarcaciones también de aspecto desvencijado, en un muelle escondido. Dada la gran dinámica de este puerto, llegué a pensar que sería posible bajar de una embarcación y abordar otra, quizá de manera inmediata, pero el capitán me dijo que también en los puertos de Europa, y en los de Gran Bretaña como en ningún otro, imponen condiciones y trabas según las leyes y el provecho que de la situación puedan derivar las autoridades tanto aduaneras como de a bordo. Mi hijo y yo, entonces, tomaríamos otro aire y comeríamos alimentos frescos en tierra, pero pernoctaríamos en la goleta el par de días que demoraran las gestiones. Sin embargo, debido a un brote de cólera en alguna isla de las Antillas, el departamento de higiene dispuso que nadie ni nada, a excepción de las ratas, pernoctara en las embarcaciones que de allá llegaran, y dispuso cuadrillas que se encargarán del exterminio de roedores y alimañas venidos de ultramar. Entonces, aquí estamos, con las aves vivas y también con el águila a punto de volar, parada en su estaca. La gente se detiene, observa, algunos preguntan cosas. Yo

siempre respondo lo mismo: Pájaros: lora, guacamaya, pájaro picón. Águila. Embalsamada. Mi hijo lleva la lora en su hombro, ella esconde la cabeza entre el plumaje, será para protegerse de las gélidas brisas, la guacamaya y el pájaro picón permanecen en la jaula una al lado del otro y los dos conmigo. Mojo en vino un pedazo de pan, les gusta más que los gusanos, las semillas, más que volar; la guacamaya se vuelve lora, cacatúa, perico, se vuelve todos los pájaros del paraíso; se vuelve ella misma colorada y azul, copete borracho, pieza de carnaval, lora mojada, amiga, mis alas. Convoca, se agolpa la gente. Presos a mi lado constituyen mi libertad de estar, salvoconducto, ellos dicen que no soy nadie de cuidado, sino cuidadora de ellos, a nadie sirvo, los sirvo a ellos y de nadie soy, soy de mí, estoy de paso, no represento amenaza alguna, soy pajarera del Nuevo Mundo, conmigo no perecen las aves, ni siquiera las aves muertas. De poder hablarle, se lo diría a fray Fernando Cruz S., que permanece con nosotros, sentado en el mismo escaño, entregado a sus lecturas, las gélidas brisas escurren por su nariz, le han cuarteado los labios, de poder hablarle le ofrecería manteca de cacao comprada en el mercado de Portobelo. Sirve para sanar golpes y resequedades. A disposición de las autoridades para rendir declaración sobre los eventos de a bordo, está él, fray Fernando Cruz S. No bien se aclare todo, tomará un barco rumbo a Cádiz. También él tenía licencia de permanecer a bordo el par de días que demorara la definición de un itinerario, pero ahora, como nosotros, buscará hospedaje. Esperamos sentados en el mismo escaño, yo, por todo lo sentido y sabido, nada digo; él lee su breviario y nada tiene que decirme, ya lo vio todo: Que el capitán rechazó el pedido de un pasajero que, no habiendo encontrado camarote en primera clase, viajaba con la gente que se acomodaba bajo un toldo en la proa y, muerto el sir, quiso ocupar el huérfano espacio. La negativa del capitán Joseph R. Well fue rotunda pues según argumentó, al asignarnos a mi hijo y a mí el camarote, obedecía la voluntad última del difunto. Debió confirmar el fraile las palabras del capitán sin que este hablara, apenas con el pedido de una mirada: En efecto, dijo el fraile, en gran estima tenía sir Charles Birdwhistle a esta mujer, liberta con carta de horro, que lo asistía en la enfermedad y en el trabajo. Todos han visto la eficiencia con que atiende las aves del Nuevo Mundo, y el enorme dolor que le causó la muerte de su amo, tanto que, en señal de

duelo infinito, liberó la mercancía que, con el alma de su benefactor, se elevó a los cielos. Sin embargo, ya tendría el fraile sus sospechas que no demoraría en confirmar cuando, en la mañana, me vio salir del camarote del capitán. Dada mi naturaleza lúbrica imaginaría mis noches, todo sería imaginado, no tenía por qué saber que fueron horas de confesiones y un poco de ternura.

Cuando mi estado anímico no era el mejor, iba a escrutar el horizonte desde la barandilla de proa, buscando tierra no por ella, puesto que ya tenía ideas sobre Southampton, sino debido a que el tránsito por este puerto me acercaba a África. A esas alturas, además, pesaban en mi ánimo leguas de corrientes adversas y de ríos al revés, amenazas y temores. Pero la brisa llegaba a disipar pensamientos, a triturar incertidumbres, me bautizaba con su sal, entonces desaparecía todo, incluso África, y quedábamos el océano y yo, yo siendo una con la proa, yo, sangre y madera, yo, de vuelta a mis aguas y a la inmensidad sin más, sin tormentos ni cicatrices. Éramos una. La Inmensidad y Yo. La brisa me recorría por dentro. Supe que a mi humanidad le faltaba este océano y esta proa que avanza como mi pecho protuberante, exultante, amante. De la libertad.

La navegación en la goleta Aurora se ha hecho más amable, este segundo itinerario transcurre sin incertidumbres, no obstante el estado de la embarcación, más inclinada a estribor y de avance lento. Aunque el capitán me ha indicado que la línea de flotación no registra el desnivel que aparenta, el barco se ve inclinado. El agudo chirrido de los mástiles y el traqueteo del maderamen siguen el ritmo de las corrientes. La embarcación se sacude con estertores calados de humedad. En el muelle, la goleta reflejaba estas condiciones, prometía esta navegación. Sin embargo, confiaron los comerciantes que fletaron doscientas toneladas de telas y vinos y armamento y zapatos y muebles hacia el fuerte James. Y la tripulación se embarcó por voluntad propia. En Santo Tomás habían pronosticado el último viaje de la goleta, agobiada por los moluscos de la América tropical, de manera que al llegar a Southampton se dispersaron, pero no bien el capitán fijó el aviso, llegaron los mismos hombres. Lo que resultó imposible fue que se engancharan dos o tres que hacían falta. Fray Fernando Cruz S., que fue a despedirse, permaneció en el muelle echando bendiciones, quizá pensara que la goleta Aurora zarpaba de

Southampton hacia el fondo del mar. Sin embargo, es plácido este viaje, diez pasajeros que por la urgencia de llegar no esperaron una embarcación en mejores condiciones yacen por horas en las sillas que se instalaron en cubierta. Por ratos se distraen con la guacamaya y el pájaro picón que andan por ahí. Piden que les traduzcan las palabras de la lora. Yo recorro el barco, voy hasta la proa, permanezco, espero. El capitán Joseph R. Well se acerca, él ve cosas que uno no ve, me enseña a mirar el mar, alguna vez han coincidido sus enseñanzas y mis apreciaciones. Me sustrae de la espera, quiere luz en su cabina de mando, se aferra a mí, a cualquier parte de mi cuerpo, la que esté más al alcance de sus ansias o de su soledad, me dice lo mismo que la primera vez: ¿Mujer, por qué tu negrura ilumina? Y yo le respondo lo que le dije entonces: Es que tengo un faro adentro. Desde que descubrió esta cualidad de mi ser, el capitán Joseph R. Well delegó en el contramaestre la función de estar, a horas de comida, con los pasajeros. Solemos comer en el puente de mando, me ofrece vinos y colaciones de la emperatriz; me ofrece el mar, su barco, uno de cabotaje que él sueña para navegar desde los puertos de Gran Bretaña hasta las costas de África. Yo miro el mar. Lo quiero con casco de metal. Todo, clavazones, anclas y pertrechos fabricados con hierro de Vizcaya. Yo miro el mar. Y traeré cobre del alto Perú para diseñar planchas y molduras repujadas que adornen tu camarote. Yo miro el mar. Haré una casa para ti en la isla Buthurst, está en Gambia, ¿lo sabes? Yo miro el mar. ¿Me aceptas? Yo miro el mar. Vendrás a navegar conmigo la mar océano y el Gambia. Yo miro el mar. Estaré cerca, rondándote. Yo miro el mar. Y siempre, siempre llegaré a esperarte en la casa para ti. Yo me doy vuelta y miro el mar. De sus ojos.

Ya nada se interpone entre mis deseos y África, el azar no teje el camino, ahora el camino es de tierra. Ya es posible pensar la vida próxima, la de los cotidianos afanes, en las riveras del Gambia. Un esfuerzo de la mente no es para figurarla a partir de recuerdos, sino para orientarme en la inagotable arena antes de poner un pie en ella, al cabo de quince lluvias. Luego, alguna pesquisa para buscar a mi padre, para encontrarme con alguien de mi aldea. Si nadie aparece, entonces estoy yo y está mi hijo, he llegado doble para más sentir la alegría de llegar. Después no sé. Con esta alegría basta. *Lii dee ndam*, porque alguien reciente en mi vida me piensa en una aldea del Gambia, *lii dee ndam*, porque

no pienso en la forma de llegar, sino en lo que haré cuando llegue. Si ya sé de África antes de pisarla es que estoy cerca. No, no estoy cerca, ya estoy. Lo que pasa es que caigo en la manera tosca de pensar las cosas, restándoles dimensiones. Porque África sale a recibirme, llega con las brisas, ellas traen la costa entera, el polvo de sus piedras y todo lo que los pasos muelen en ellas, la humedad de las palabras y de los suspiros, los vapores de sus ollas y un poco del humo de las hogueras diluidas con las estrellas bajitas. África sale a recibirme. Las olas que me mecen son los brazos líquidos de ella. *¡Maangi ci néég bi!*

SUNDIATA DE GAMBIA

El sol tiñe ese borde del cielo, el olfato marinero huele tierra, dijo el capitán que serían siete horas, las he contado yo, las ha sufrido mi madre, yo a su lado, puse su cabeza en mi hombro, le canté:

Suma doom
Kanam-i sa yaay
meew -i béy
Heleleheh
moom, isi na pur sa kóola
kóola –i pot
Heleleheh
ku isi naa ci suma boopa.

(Niño mío
cara de su madre
lechita de cabra
heleleheh
trae para tu panza
la panza de la tinaja
heleleheh
que traigo en mi cabeza).

Pero no se durmió. Ella dice que el tiempo ha llegado cansado a esta etapa, y que ya quisiera ella prestarle sus alas, para que avance como es su costumbre, en segundos, minutos y el resto, pero se ha quedado pegado en un segundo infinito, yo le canto y le hablo a mi madre para que no sienta ese trastorno del tiempo, pero se me agotó la saliva, traje la lora y a la lora también se le agotó, lo que significa que mi madre tiene razón: el tiempo se ha detenido. El capitán no se mueve de su puente de mando, está

atento a cualquier variación de los vientos y de las corrientes, el cielo está despejado, nítidas la luna y la estrella de la madrugada, el sextante marcó la exacta ubicación y el capitán dijo que en siete horas llegaríamos, yo hice cuentas, sería hacia las seis. El mar transcurre en calma, y mi olfato marinero siente que la tierra está cerca, abrazo a mi madre y la dejo aferrada a la barandilla de cubierta. Salto, trepo al palo de buenaventura, permanezco atento, he creído escuchar algo como canto, como voz, como pájaro; miro y vuelvo a mirar, eso que titila no es una estrella, ya conozco la luz de los faros. Quiero llorar cuando aparece, nítida, la costa; es apenas una línea con resplandores de hogueras. Me quito la camisa y la voleo con todas mis fuerzas. Y grito el único grito posible: ¡Madre!

Circasia, agosto 22 de 2014



Adelaida Fernández Ochoa

Cali, 1957. Licenciada en Lenguas Modernas de la Universidad del Valle; especialista en Enseñanza de la Literatura de la Universidad del Quindío; magíster en Literatura de la Universidad Tecnológica de Pereira. Ha ejercido la docencia universitaria y en educación básica primaria. Es conferencista y escritora. *Que me busquen en el río*, su primera novela, fue finalista en el Premio Nacional de Novela 2004 del Ministerio de Cultura. Con esta novela, titulada originalmente *La hoguera lame mi piel con cariño de perro*, ganó el Premio Casa de las Américas 2015.

Otros títulos de la colección

Era más grande el muerto
Luis Miguel Rivas

La tribu. Retratos de Cuba
Carlos Manuel Álvarez

Este es el futuro que estabas esperando
Frank Báez

Los infieles. Vol 1 Acto de pudor
Efraim Medina Reyes

La vida me vive amargando la vida

David Betancourt

El rey del Honka Monka
Tomás González

Ver lo que veo
Roberto Burgos Cantor

Adelaida Fernández Ochoa

Afuera crece un mundo

Es 1840 y varios cimarrones y libertos del Cauca se han unido al ejército de Los Supremos en espera de respaldo a su propia causa: la abolición de la esclavitud. Pero Nay de Gambia, negra que administra la lechería y la huerta de una de las haciendas del judío Ibrahim Sahal, está convencida de que la verdadera libertad no se adquiere a través de la ley. Para ella, la única forma de alcanzarla es retornar a su país de origen. Junto a su hijo, Sundiata, emprenderá un largo y dificultoso viaje en busca de este sueño.

Afuera crece un mundo **rescata a Nay de las páginas de** ***María*****, de Jorge Isaacs. Esta vez es ella la protagonista y narradora de su historia. Su voz, que es como un canto, nos descubre a una mujer orgullosa de su identidad, conocedora de sus poderes y que se sabe dueña de su vida y de su cuerpo. Siempre firme a su voluntad, Nay subvierte el imaginario que hemos construido sobre la mujer negra esclava.**

En esta novela, ganadora del Premio Casa de las Américas 2015, Adelaida Fernández consigue una proximidad extraordinaria con la atmósfera en la que ubica a sus personajes. Su libro es un volver necesario y revelador a la Nueva Granada del siglo XIX desde la mirada de aquellos que fueron esclavizados.

Seix Barral Biblioteca Breve